

# CESAR VALLEJO

EL TUNGSTENO - PACO YUNQUE

BIBLIOTECA LETRAS DEL EXILIO



PLAZA & JANES

P & J

EDITORES

Biblioteca  
Letras del Exilio

Director  
*Pedro Shimose*

100

*El tungsteno-Paco Yunque*

---

César Vallejo

PLAZA & JANES

P & J

EDITORES

Biblioteca  
Letras del Exilio

© Terceto, S.A. 1984

Diseño de colección y cubiertas  
Terceto, S.A. - Carlos Spagnuolo

Ilustración de cubiertas  
Carlos Killian

© Editorial Laia, Barcelona

© Por la presente edición  
Plaza & Janés Editores, S. A.  
Virgen de Guadalupe, 21-33  
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Depósito Legal: B. 38.149-1984

Primera edición: diciembre, 1984

ISBN: 84-01-90311-4

Fotocomposición  
Ormograp, S.A. Caspe, 108, Barcelona

Printed in Spain

Impreso en España por  
I. G. Printer  
Sant Vicenç dels Horts  
(Barcelona)

César Vallejo

---

*El tungsteno-Paco Yunque*

Comparto mi vida entre la  
inquietud política y social y mi  
inquietud introspectiva y personal,  
y mía para adentro.

CESAR VALLEJO

*En César Vallejo hubo por lo menos dos hombres: el artista genial, "creador de la profundidad", y el ciudadano lleno de mundo, solidario y luchador, enfrentado al destino de un modo trágico.*

*Su "inquietud introspectiva y personal" le inspiró los mejores poemas de su imponente obra lírica. Su "inquietud política y social", buena parte de su obra en prosa, sobre todo la novela El Tungsteno y el cuento Paco Yunque.*

*Vallejo -expulsado de Francia por el gobierno derechista de André Tardieu- se refugió en Madrid. Declinaba el año 1930.*

Allí escribe la "novela proletaria" El Tungsteno y el cuento Paco Yunque. La novela será editada por Cenit; el cuento, no. El editor lo rechaza por "demasiado triste".

En 1927 la revista "Amauta", de Lima, había publicado un relato de Vallejo titulado Sabiduría, que con ligeras modificaciones, fue incluido en El Tungsteno. Juzgadas con los preceptos de la retórica vanguardista de la época, El Tungsteno y Paco Yunque vendrían a ser obras fallidas, mediocres y ancladas en la estética del realismo decimonónico. Abundan en esquematismos, en diálogos discursivos, en planteamientos maniqueos, en errores de construcción, en ociosos y abusivos epítetos, en excesos de violencia. En cambio, desde la óptica del Vallejo de 1931, ambas narraciones son ejemplares, paradigmáticas, en el sentido de que constituyen el prototipo de novelas y cuentos que, años después, proliferarían en la frondosa literatura hispanoamericana.

Vallejo, muy reticente al hablar de su propia obra, jamás se preocupó por clasificarla. Fue la editorial quien la subtítulo "novela proletaria".

Después de su conversión política al marximo-leninismo, se ganaba la vida colaborando en diarios y revistas de Lima, Madrid y París. En 1930 publicó Un reportaje en Rusia, en la revista madrileña "Bolívar". (Vallejo escribirá con cierta jactancia: "Fui a Rusia antes que nadie".) También en Madrid publicará su reportaje Rusia en 1931 que, según críticos acuciosos, no es sino una ampliación de aquel. Por estas fechas trabaja febrilmente acumulando notas, pergeñando ensayos y escribiendo artículos sobre literatura, arte y política. Vallejo tiene el mérito de haber sido uno de los primeros novelistas en

*lengua española que reflexionó críticamente acerca de una posible "literatura proletaria", de un posible "arte revolucionario" y "en torno a la libertad artística". Sus ensayos El arte y la revolución revelan a un pensador original, de gran agudeza crítica, y a un escritor profundo de prosa diáfana y elegante. En ellos deberán apoyarse los juicios que se viertan sobre su obra narrativa. En "El arte revolucionario, arte de masas y forma específica de la lucha de clases", leemos:*

La forma del arte revolucionario debe ser lo más directa, simple y descarnada posible. Un realismo implacable. Elaboración mínima. La emoción ha de buscarse por el camino más corto y a quemar-ropa (*sic*). Arte de primer plano. Fobia a la media tinta y al matiz. Todo crudo —ángulos y no curvas, pero pesado, bárbaro, brutal, como en las trincheras.

*He aquí el enunciado teórico de El Tungsteno y Paco Yunque, con un lenguaje "directo, simple y descarnado. Un realismo implacable. Una elaboración mínima."*

Vallejo amaba el cine y admiraba a Eisenstein. Por eso su prosa narrativa tiene mucho de guión cinematográfico. Su descripción de ambientes, personajes y situaciones será un constante movimiento de cámara, "arte de primer plano", puesto que "la emoción ha de buscarse por el camino más corto y a quemarropa".

Movido por un sentimiento de fraternidad universal y con el propósito de educar y divulgar el nuevo modo de interpretar las relaciones sociales, Vallejo fue consciente de su propuesta maniquea ("Fobia a la media tinta y al matiz"), con lo que inventó un universo novelesco dividido en opresores y

oprimidos, en el cual podían, sin embargo, existir seres sumidos en crisis de conciencia y en situación de abatimiento y duda como el agrimensor Leónidas Benites, un ser meticoloso, enfermizo, vacilante, perfecto antihéroe que libra en su interior una lucha angustiosa al no decidirse por el pasado o el futuro, por la injusticia social o la revolución, por la defensa de los intereses imperialistas o la causa de los campesinos y obreros explotados.

Vallejo, sin proponérselo, proyectó en la figura patética de Leónidas Benites, la sombra de su propia tragedia; porque él es fundamentalmente un ser trágico. Se rebela contra una sociedad injusta (el Perú de los patronos, jueces, leyes, críticos literarios, directores de colegios) pero fracasa. Es la víctima y el verdugo, al mismo tiempo. Por eso su dolor será el dolor de todos los hombres; y su redención es liberación condicionada a la liberación de todos los seres. Así concebirá Vallejo su solidaridad con los demás hombres. Consciente de su finitud, de sus limitaciones, sabiéndose perecedero, el hombre sólo tiene una salida: la acción.

Exiliado del paraíso, despojado del tiempo de su infancia, desterrado de su tierra natal, expulsado de Francia, Vallejo encarna, de manera excepcional, la conciencia trágica de un escritor lúcido, auténtico y atormentado por un sentimiento de culpa: la culpa de haber nacido pobre. Lo que ya pensaba Anaximandro retorna —aunque en un sentido totalmente distinto— en Calderón: “el mayor pecado del hombre es el haber nacido”. En el caso de Vallejo, habría que añadir: “...el haber nacido pobre, humillado, oprimido, desamparado.”

Tampoco suelen escasear los reproches respecto al lenguaje

utilizado por Vallejo. El poeta rechazó la tentación de una prosa garrida, elaborada y pulcra; ni siquiera desarrolló la prosa vanguardista que él mismo anunciara en buena parte de sus Poemas en prosa y en *Contra el secreto profesional*.

El lenguaje en la prosa realista de Vallejo es arduo y descarnado; expresa un arte "todo crudo -ángulos y no curvas, pero pesado, bárbaro, brutal, como en las trincheras". Es directo como si se tratara de una transcripción del habla de los pobladores de la sierra peruana del norte.

A pesar de esta voluntad de estilo -aparente descuido de la forma- el artista verdadero reaparece en páginas memorables referidas al delirio de Leónidas Benites. Recuerdan otros textos como el extenso relato *Fabla salvaje* y el cuento "Los caynas", incluido en el libro *Escalas melografiadas*. En ellos se insinúan ya el realismo mágico y la literatura fantástica que caracterizan a una parte importante de la narrativa hispanoamericana posterior.

Su cuna, su condición social y económica, sus fracasos amorosos, su deambular de aquí para allá ganándose la vida como maestro, su bohemia entre fumaderos de opio, lupanares y tabernas, su prendimiento, proceso y posterior reclusión en la cárcel de Trujillo, la humillación y el menosprecio de la crítica oficial, "el sórdido ambiente espiritual de los poblachos serranos en el Perú", crean en el ánimo de César Vallejo un poso de amargura. En 1923 viaja a Francia, en cuya capital morirá pobremente. Antes escribiría un soneto premonitorio: Piedra negra sobre una piedra blanca. En él se describirá así: "...le pegaban/ todos sin que él les haga nada;/ le daban duro con un palo y duro/ también con una soga; son testigos/

*los días jueves y los huesos húmeros, / la soledad, la lluvia, los caminos..."*

*A Vallejo lo acusaron de incendiario, ladrón y homicida; por ello -y sin pruebas concluyentes- fue encarcelado. Ciro Alegría, alumno de Vallejo en un colegio de Trujillo, allá por el año 1915, cuenta cómo el maestro "fue asaltado por un grupo de forajidos que trataron de cortarle la melena" y cómo los vecinos de Trujillo se referían a Vallejo diciendo: "ése que se dice poeta", sosteniendo que "le faltaba un tornillo".*

*Pobre y desamparado -más desamparado aún a la muerte de su madre, en 1918- Vallejo partió voluntariamente al exilio, en un viaje que sería definitivo. Los caminos, las aldeas y las ciudades de Francia, la Unión Soviética y España le verían pasar magro, cetrino, con su gran melena lacia, abundante, negra como ala de cuervo; con su cara de líneas duras, angulosas; con el rictus doloroso de su boca carnosa; con un bastón entre las manos grandes, frías y nudosas; con "el intenso brillo de sus ojos como si hubiera lágrimas en ellos".*

*Callado, pensativo, casi ausente, aparentemente tranquilo, este Vallejo triste ocultaba en el fondo de su corazón las penas y las zozobras de un exilio misérrimo, la violencia contenida y la acendrada amargura de quien sabe que, a pesar de toda la adversidad del mundo, "había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que ésta se manifieste", tal como le hace decir al herrero Servando Huanca, personaje de El Tungsteno.*

*Madrid, julio 1984*

# EL TUNGSTENO

## I

Dueña, por fin, la empresa norteamericana Mining Society, de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento del Cuzcò, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esa avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiada, destinada al trabajo de las minas.

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones econó-

micas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarías públicas y en los juzgados. Los dólares de la Mining Society habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente. Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas. Las mozas de los arrabales salían a verlos pasar, y una dulce zozobra las estremecía, pensando en los lejanos minerales, cuyo exótico encanto las atraía de modo irresistible. Sonreían y se ponían coloradas preguntando:

-¿Se va usted a Quivilca?

-Sí. Mañana muy temprano.

-¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Así venían los idilios y los amores, que habrían de ir luego a anidar en las bóvedas sombrías de las vetas fabulosas.

En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, místers Taik y Weiss, gerente y subgerente de la Mining Society; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio, el comerciante José Marino, que había tomado la exclusividad del bazar y de la contrata de peones

para la Mining Society; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leónidas Benites, ayudante de Rubio. Este traía a su mujer y dos hijos pequeños. Marino no llevaba más parientes que un sobrino de unos diez años, a quien le pegaba a menudo. Los demás iban sin familia.

El paraje donde se establecieron era una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques. Allí encontraron, por todo signo de vida humana, una pequeña cabaña de indígenas, los soras. Esta circunstancia, que les permitiría servirse de los indios como guías en la región solitaria y desconocida, unida a la de ser ése el punto que, según la topografía del lugar, debía servir de centro de acción de la empresa, hizo que las bases de la población minera fuesen echadas en torno a la cabaña de los soras.

Azarosos y grandes esfuerzos hubieron de desplegarse para poder establecer definitiva y normalmente la vida en aquellas punas y el trabajo en las minas. La ausencia de vías de comunicación con los pueblos civilizados, a los que aquel paraje se hallaba apenas unido por una abrupta ruta para llamas, constituyó, en los comienzos, una dificultad casi invencible. Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable.

Los soras,<sup>1</sup> en quienes los mineros hallaron todo géne-

1. Indios del centro del Perú.

ro de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones que, en más de una ocasión, habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva, y, lo que es más, sin remuneración alguna. Se contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos. Por su parte, la Mining Society no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestarle los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peónada numerosa y suficiente. La Mining Society dejó, a este respecto, tranquilos a los soras, hasta el día en que las minas reclamasen más fuerzas y más hombres. ¿Llegaría ese día? Por el instante, los soras seguían viviendo fuera de las labores de las minas.

-¿Por qué haces siempre así? -le preguntó un sora a un obrero que tenía el oficio de aceitar grúas.

-Es para levantar la cangalla.

-¿Y para qué levantas la cangalla?

-Para limpiar la veta y dejar libre el metal.

-¿Y qué vas a hacer con metal?

-¿A ti no te gusta tener dinero? ¡Qué indio tan bruto!

El sora vio sonreír al obrero y él también sonrió maquinalmente, sin motivo. Le siguió observando todo el día y

durante muchos días más, tentado de ver en qué paraba esa maniobra de aceitar grúas. Y otro día, el sora volvió a preguntar al obrero, por cuyas sienes corría el sudor:

-¿Ya tienes dinero? ¿Qué es dinero?

El obrero respondió paternalmente, haciendo sonar los bolsillos de su blusa:

-Esto es dinero. Fíjate. Esto es dinero. ¿Lo oyes?

Dijo el obrero esto y sacó a enseñarle varias monedas de níquel. El sora las vio, como una criatura que no acaba de entender una cosa:

-Y qué haces con dinero?

-Se compra lo que se quiere. ¡Qué bruto eres, muchacho!

Volvió el obrero a reírse. El sora se alejó saltando y silbando.

En otra ocasión, otro de los soras, que contemplaba absortamente y como hechizado a un obrero que martilleaba en el yunque de la forja, se puso a reír con alegría clara y retozona. El herrero le dijo:

-¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?

-Sí. Yo quiero hacer así.

-No. Tú no sabes, hombre. Esto es muy difícil.

Pero el sora se empecinó en trabajar en la forja. Al fin, le consintieron y trabajó allí cuatro días seguidos, llegando a prestar efectiva ayuda a los mecánicos. Al quinto, al mediodía, el sora puso repentinamente a un lado los lingotes y se fue.

-Oye -le observaron-, ¿por qué te vas? Sigue trabajando.

-No -dijo el sora-. Ya no me gusta.

-Te van a pagar. Te van a pagar por tu trabajo. Sigue no más trabajando.

-No. Ya no quiero.

A los pocos días, vieron al mismo sora echando agua con un mate a una batea, donde lavaba trigo una muchacha. Después se ofreció a llevar la punta de un cordel en los socavones. Más tarde, cuando se empezó a cargar el mineral de la bocamina a la oficina de ensayos, el mismo sora estuvo llevando las parihuelas. El comerciante Marino, contratista de peones, le dijo un día:

-Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito. ¿Quieres que te socorra? ¿Cuánto quieres?

El sora no entendía este lenguaje de «socorro» ni de «cuánto quieres». Sólo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estarse quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso. Demostraban tal confianza en los otros, que en ocasiones inspiraban lástima. Desconocían la operación de compra-venta. De aquí que se veían escenas divertidas al respecto.

-Véndeme una llama para charqui.

Entregado era el animal, sin que se diese y ni siquiera fuese reclamado su valor. Algunas veces se les daba por la

llama una o dos monedas, que ellos recibían para volverlas a entregar al primer venido y a la menor solicitud.

\* \* \*

Apenas instalada en la comarca la población minera, empleados y peones fueron prestando atención a la necesidad de rodearse de los elementos de vida que, aparte de los que venían de fuera, podía ofrecerles el lugar, tales como animales de trabajo, llamas para carne, granos alimenticios y otros. Sólo que había que llevar a cabo un paciente trabajo de exploración y desmonte en las tierras incultas, para convertirlas en predios labrantíos y fecundos.

El primero en operar sobre las tierras, con miras no sólo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fue el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quivilca, José Marino. Al efecto, formó una sociedad secreta con el ingeniero Rubio y el agrimensor Benites. Marino tomó a su cargo la gerencia de esta sociedad, dado que él, desde el el bazar, podía manejar el negocio con facilidades y ventajas especiales. Además, Marino poseía un sentido económico extraordinario. Gordo y pequeño, de carácter socarrón y muy avaro, el comerciante sabía envolver en sus negocios a las gentes, como el zorro a las gallinas. En cambio, Baldomero Rubio era un manso, pese a su talle alto y un poco encorvado en los hombros, que le daba un asombroso parecido de cóndor en acecho de un cordero. En cuanto a Leónidas Benites, no pasaba de un asustadizo

estudiante de la Escuela de Ingenieros de Lima, débil y mojigato, cualidades completamente nulas y hasta contra-productentes en materia comercial.

José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras, y resolvió hacerse con ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también empezaron a despojar de sus bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

Los soras andaban seducidos por las cosas, raras para sus mentes absurdas y salvajes, que veían en el bazar: franelas en colores, botellas pintorescas, paquetes polícromos, fósforos, caramelos, baldes brillantes, transparentes vasos, etc. Los soras se sentían atraídos al bazar, como ciertos insectos a la luz. José Marino hizo el resto con su malicia de usurero.

-Véndeme tu chacra del lado de tu choza -les dijo un día en el bazar, aprovechando de la fascinación en que estaban sumidos los soras ante las cosas del bazar.

-¿Qué dices, taita?

-Que me des tu chacra de ocas y yo te doy lo que quieras de mi tienda.

-Bueno, taita.

La venta, o, mejor dicho, el cambio, quedó hecho. En pago del valor del terreno de ocas, José Marino le dio al sora una pequeña garrafa azul, con flores rojas.

-¡Cuidado que la quiebres! -le dijo paternalmente Marino.

Después le enseñó cómo debía llevar la garrafa el sora, con mucho tiento, para no quebrarla. El indio, rodeado de otros dos soras, llevó la vasija lentamente a su choza, paso a paso, como una custodia sagrada. Recorrieron la distancia —que era de un kilómetro— en dos horas y media. La gente salía a verlos y se morían de risa.

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa era justa o injusta. Sabía en sustancia que Marino quería su terreno y se lo cedió. La otra parte de la operación —el recibo de la garrafa— la imaginaba el sora como separada e independiente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora.

Y en esta misma forma siguió el comerciante apropiándose de los sembríos de los soras, que ellos seguían, a su vez, cediendo a cambio de pequeños objetos pintorescos del bazar y con la mayor inocencia imaginable, como niños que ignoran lo que hacen.

Los soras, mientras por una parte se deshacían de sus posesiones y ganados en favor de Marino, Machuca, Baldazari y otros altos empleados de la Mining Society, no cesaban, por otro lado, de bregar con la vasta y virgen naturaleza, asaltando en las punas y en los bajíos, en la espesura y en los acantilados, nuevos oasis que surcar y nuevos animales para amansar y criar. El despojo de sus intereses no parecía infligirles el más remoto perjuicio. Antes bien, les ofrecía ocasión para ser más expansivos y dinámicos, ya que su ingénita movilidad hallaba así más

jubiloso y efectivo empleo. La conciencia económica de los soras era muy simple: mientras pudiesen trabajar y tuviesen cómo y dónde trabajar, para obtener lo justo y necesario para vivir, el resto no les importaba. Solamente el día en que les faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso más los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, los soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible, de Marino y compañía.

Los peones, por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad.

-¡Qué temeridad! -exclamaban los peones, echándose cruces-. ¡Quitarles sus sembríos y hasta su barraca! ¡Y botarlos de lo que les pertenece! ¡Qué pillería!

Alguno de los obreros observaba:

-Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos.<sup>2</sup> Si les dan el precio, bien; si no les dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se la regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte!... ¡Que se frieguen!

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

-¡Oye, animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te

2. Tontos.

cuestan tu trabajo? ¿Y ya te vas a reír?... ¿No ves? Ya te vas a reír...

La señora se puso colorada de ira, y por poco no le da un tirón de orejas. El sora, por toda respuesta, fue a traerle un montón de ollucos, que la vieja rechazó, diciendo:

-Pero si yo no te digo para que me des nada. Llévate tus ollucos.

Luego la asaltó un repentino remordimiento, poniéndose en el caso de que fuesen aceptados por ella los ollucos, y puso en el sora una mirada llena de ternura y de piedad.

En otra ocasión, la mujer de un picapedrero derramó lágrimas, de verles tan desprendidos y desarmados de cálculo y malicia.

Les había comprado una cosecha de zapallos ya recolectados, por lo que, en vez de darles el valor prometido, les había dicho a última hora, poniendo en la mano del sora unas monedas:

-Toma cuatro reales. No tengo más. ¿Quieres?

-Bueno, mama -dijo el sora.

Pero como la mujer necesitase dinero para remedios de su marido, cuya mano fue volada con un dinamitazo en las vetas, y viese que todavía podía apartar de los cuatro reales algo más para sí, le volvió a decir, suplicante:

-Toma mejor tres reales solamente. El otro lo necesito.

-Bueno, mama.

La pobre mujer cayó aún en la cuenta de que podía apartar un real más. Le abrió la mano al sora y le sacó otra moneda, diciéndole, vacilante y temerosa:

-Toma mejor dos reales. Lo demás te lo daré otro día.

-Bueno, mama -volvió a contestar, impasible, el sora.

Fue entonces que aquella mujer bajó los ojos, enternecida por el gesto de bondad inocente del sora. Apretó en la mano los dos reales que habrían de servir para el remedio del marido y la estremeció una desconocida y entrañable emoción que la hizo llorar toda la tarde.

\* \* \*

En el bazar de José Marino solían reunirse, después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac -todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío-, -místers Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial.

Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la exportación de tungsteno, cuyas cotizaciones aumentaban diariamente. Por fin se departía sobre los chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la vida privada. Al llegar al caso de los soras, Leónidas Benites decía, con aire de filósofo y en tono redentor y adolorido:

-¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos.

Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia!

Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:

—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie...

Estas últimas palabras eran dichas con marcado retintín. Y todo, por la manía de socarronear y acallar a los demás, que era rasgo dominante en el carácter de Marino. Benites comprendía la alusión y se turbaba visiblemente, sin poder replicar a un hombre fanfarrón, y que, además, estaba borracho. Pero los contertulios sorprendían el detalle, gritando a una voz y con burla:

—¡Ah! ¡Claro! ¡Natural, natural!

El ingeniero Rubio, rayando con la uña, según su costumbre, el zinc del mostrador, argumentaba con su voz tartamuda y lejana:

—No, señor. A mí me parece que a estos indios les gusta la vida activa, el trabajo, abrir brechas en las tierras vírgenes, ir tras de los animales salvajes. Esa es su costumbre y su manera de ser. Se deshacen de sus cosas, sólo por lanzarse de nuevo en busca de otros ganados y otras chozas. Y así viven contentos y felices. Ignoran lo que es el derecho de propiedad y creen que todos pueden agarrar indistintamente las cosas. ¿Recuerdan ustedes lo de la puerta?...

-¿Lo de la puerta de la oficina? -interrogó el cajero, tosiendo.

-Exactamente. El sora, de buenas a primeras, echó la puerta al hombro y se la llevó a colocar a su corral, con el mismo desenfado y seguridad del que toma una cosa que es suya.

Una carcajada resonó en el bazar.

-¿Y qué hicieron con él? Es divertido.

-Cuando le preguntaron adónde llevaba la puerta, «A mi cabaña», contestó sonriendo con un candor cómico e infantil. Naturalmente, se la quitaron. Creía que cualquiera podía apropiarse de la puerta, si necesitaba de ella. Son divertidos.

Marino dijo, guiñando el ojo y echando toda la barriga:

-Se hacen los tontos. ¡Son unas balas!

A cuyo concepto se opuso Benites, poniendo una cara de asco y piedad:

-¡Nada, señor! Son unos débiles. Se dejan despojar de lo que les pertenece, por pura debilidad.

Rubio se exasperó:

-¿Llama usted débiles a quienes se enfrentan a los bosques y jalcas, entre animales feroces y toda clase de peligros, a buscarse la vida? ¿A que no lo hace usted, ni ninguno de los que estamos aquí?

-Eso no es valor, amigo mío. Valor es luchar de hombre a hombre; el que echa abajo el otro, ése es el valiente. Lo demás es cosa muy distinta.

-¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre?... ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un

individuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa!...

-Ni más ni menos. Soy una persona incapaz de hacer daño a nadie. Todos me conocen. Pero yo me creo obligado a defender mi vida e intereses, si se me ataca y me despojan de ellos.

Marino terció:

-Yo no digo nada. En boca cerrada no entran moscas... ¿Qué, se bebe? ¿Quién manda? ¡Vamos! ¡Déjense de zonceras!

El agrimensor no le hizo caso:

-Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que me faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.

Marino se cansaba de preguntar quién pedía las copas, y como Benites, su socio en lo de la cría y los cultivos, no le hiciese caso, embebecido como estaba en la discusión, el comerciante dijo, con una risa de cortante ironía, para hacerle callar:

-Yo no digo nada. ¡Benites! ¡Benites! ¡Benites! Acuértese de que en boca cerrada no entran moscas...

El cajero Machuca tuvo un acceso de tos, pasado el cual dijo, congestionadas por el esfuerzo las mantecas de su cuello:

-Yo sé decir...

Le volvió la tos.

-Yo sé decir que...

No podía continuar. Tosió durante algún tiempo, y, al fin, pudo desahogarse:

-Los soras son unos indios duros, insensibles al dolor ajeno y que no se dan cuenta de nada. He visto el otro día a uno de ellos suspenderse a una cuerda, que sujetaba por el otro extremo un muchacho, arrollada a la cintura. El sora, con el peso de su cuerpo, templó la sogá y la ajustó de tal manera que iba a cortarle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerse y pataleaba de dolor, poniendo morada la cara y echando la lengua. El sora le veía, y, sin embargo, seguía en su maroma riéndose como un idiota. Son unos crueles y despiadados. Unos fríos de corazón. Les falta ser cristianos y practicar las virtudes de la Iglesia.

-¡Bravo! ¡Bien dicho! ¿Pide usted las copas? -dijo Marino.

-Déjeme, que estoy hablando...

-Pero pide usted...

-¡Maldito sea!! Sirva usted no más...

Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora, había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el

trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades. Leónidas Benites solía decir a Julio Zavala, maestro de la escuela:

-Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en estos dos apotegmas supremos, que, en mi concepto, sintetizan la moral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!

Después, emocionándose y dando una inflexión de sinceridad a sus palabras, añadía:

-A mí me crió una mujer y vivo agradecido a ella, por haberme dado la educación que tengo. Por eso puedo manejarme de la manera que todos conocen: trabajando día y noche y esforzándome en hacerme una posición económica, bien humilde por cierto, pero libre y honrada.

Y su crónica mueca de angustia se desembarazaba. Le brillaban los ojos. Como si se acordase de algo, explicaba a Julio Zavala:

-Y no crea usted... Una cosa es el ahorro y otra cosa es la avaricia. De Marino a mí, por ejemplo, hay esa distancia: de la avaricia al ahorro. Usted ya me comprende, mi querido amigo...

El preceptor daba señal de que le comprendía, y luego parecía reflexionar hondamente en las ideas de Benites.

El agrimensor tenía, en general, íntima y sólida convicción de que era un joven de bien, laborioso, ordenado, honorable y de gran porvenir. Siempre estaba aludiendo a su persona, señalándose como un paradigma de vida que todos debían imitar. Esto último no lo expresaba claramente, pero fluía de sus propias palabras, pronunciadas con dignidad apostólica y ejemplar, en ocasiones en que se perfilaban problemas de moral y de destino entre sus amistades. Peroraba entonces extensamente sobre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la sinceridad y el tartufismo y otros temas importantes.

\* \* \*

Debido a la vida ordenada que llevaba Leónidas Benites, jamás sufrió quebranto alguno su salud.

-¡Pero el día en que se enferme usted... -vociferaba José Marino, que en Quivilca se las echaba de médico empírico-, ya no levanta nunca!

Leónidas Benites, ante estas palabras sombrías, cuidaba aún más de su conservación. La higiene de su cuarto y de su persona era de una pulcritud esmerada, no dejando nada que tachársela. Andaba siempre buscando el bienestar físico, valiéndose de una serie de actos que nadie sino él, con su paciente meticulosidad de anciano desconfiado, podía realizar. Por la mañana, ensayaba, antes de salir a su trabajo, distintas ropas interiores, para ver cuál se conformaba mejor al tiempo reinante y al estado de su salud, no escaseando ocasiones en que volvía de mitad del camino, a

ponerse otra camiseta o calzoncillo, porque había mucho frío o porque los que llevó le daban un abrigo excesivo. Lo mismo ocurría con el uso de las medias, calzado, sombrero, chompa<sup>3</sup> y aun con los guantes y su cartera de trabajo. Si caía nieve, no sólo cargaba con el mayor número de papeles, reglas y cuerdas, sino que, para ejercitarse más, sacaba sus niveles, trípodes y teodolitos, aunque no tuviese nada que hacer con ellos. Se le veía otras veces agitarse y saltar y correr como un loco, hasta ya no poder. Otras veces, no salía de su cuarto por nada, y si alguien venía, abría con sigilo y lentamente la puerta, a fin de que no entrase de golpe el ventisquero. Pero si había sol, abría todas las puertas y ventanas de par en par y no quería cerrarlas. Así es como un día, estando Benites en la oficina del cajero, el muchacho a quien dejó cuidando la puerta abierta de su cuarto, se distrajo y entraron a robarle el anafe y el azúcar.

Mas no era esto todo. Tratándose de medidas preventivas contra el contagio de los males, su pulcritud era mayor. De nadie recibía así no más un bocado o bebida, sino exorcisándola previamente y echando sobre las cosas cinco cruces, ni una más ni una menos. El cajero vino a verle un domingo en la mañana, en que la cocinera le acababa de traer de regalo un plato de humitas calientes. Entró el cajero en el preciso momento en que Leónidas echaba la tercera cruz sobre las humitas.<sup>4</sup> Olvidó la cuenta de las

3. Jersey.

4. Pasta dulzona de maíz.

cruces y este fue el motivo por el cual ya no se atrevió a probar el regalo y se lo dio al perro. Poco afecto a tender la mano era. Cuando se veía obligado a hacerlo, tocaba apenas con la punta de los dedos del otro, y luego permanecía preocupado, con una mueca de asco, hasta que podía ir a lavarse con dos clases de jabón desinfectante, que nunca le faltaba. Todo en su habitación estaba siempre en su lugar, y él mismo estaba siempre en su lugar trabajando, meditando, durmiendo, comiendo o leyendo *Ayúdate*, de Smiles, que consideraba la mejor obra moderna. En los días feriados de la Iglesia, hojeaba el *Evangelio según San Mateo*, librito fileteado de oro, que su madre le enseñó a amar y a comprender en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos.

Con el correr del tiempo, su voz se había apagado mucho, a consecuencia de las nieves de la cordillera. Esta circunstancia aparecía como un defecto de los peores a los ojos de José Marino, su socio, con quien frecuentemente disputaba por esta causa.

-¡No se haga usted! ¡No se haga usted! -le decía Marino, en tono socarrón y en presencia de los parroquianos del bazar-. ¡Hable usted fuerte, como hombre! ¡Déjese de humildades y santurroneerías! Ya está usted viejo, para hacerse el tonto. Beba, coma bien, enamore y ya verá usted cómo se le aclara la voz...

Algo respondía Leónidas Benites, que en medio de las risas provocadas por las frases picantes de Marino, no se podía oír. Su socio, entonces, le gritaba con mofa:

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué cosa? ¡Pero si no se le oye nada!...

Las risas redoblaban. Leónidas Benites, herido en lo profundo por la burla y el escarnio de los otros, se ponía más colorado y acababa por irse.

En general, Leónidas Benites no era muy querido en Quivilca. ¿Por qué? ¿Por su género de vida? ¿Por su manía moralista? ¿Por su debilidad física? ¿Por su retraimiento y desconfianza de los otros? La única persona que seguía de cerca y con afecto la vida del agrimensor era una señora, madre de un tornero, medio sorda y ya entrada en años, que tenía fama de beata y, por ende, de amiga de las buenas costumbres y de la vida austera y ejemplar. En ninguna parte se complacía de estar Leónidas Benites, descontado el rancho de la beata, con quien sostenía extensas tertulias, jugando a las cartas, comentando la vida de Quivilca, y, muy a menudo, echando alguna plática sobre graves asuntos de moral.

Una tarde vinieron a decirle a la señora que Benites estaba enfermo, en cama. La señora fue al punto a verle, hallándole, en efecto, atacado de una fiebre elevada, que le hacía delirar y debatirse de angustia en el lecho. Le preparó una infusión de eucalipto, bien cargada, con dos copas de alcohol y dispuso lo conveniente para darle un baño de mostaza. Se produciría así una copiosa transpiración, signo seguro de haber cedido el mal, que no parecía consistir sino en un fuerte resfrío. Pero, efectuados los dos remedios, y aun cuando el enfermo empezó a sudar, la fiebre persistía y hasta crecía por momentos.

La noche había llegado y empezó a nevar. La habitación de Benites tenía la puerta de entrada y la ventanilla

herméticamente cerradas. La señora tapó las rendijas con trapos, para evitar las rachas de aire. Una vela de esperma ardía y ponía toques tristes y amarillos en los ángulos de los objetos y en la cama del paciente. Según éste se moviese o cambiase de postura, movido por la fiebre, las sombras palpitaban ya breves, largas, trucas o encontradas, en los planos de su rostro cejijunto y entre las almohadas y las sábanas.

Accesaba Benites y daba voces confusas de pesadilla. La señora, abatida por la gravedad creciente del enfermo, se puso a rezar, arrodillada ante un cuadro del Corazón de Jesús que había a la cabecera de la cama. Dobló la cabeza pálida e inexpresiva, como la mascarilla de yeso de un cadáver, y se puso a orar y gemir. Después se levantó reanimada. Dijo, junto al lecho:

-¿Benites?

Se oía ahora más baja y pausada su respiración. La señora se acercó de puntillas, inclinóse sobre la cama y observó largo rato. Habiendo meditado un momento, volvió a llamar, aparentando tranquilidad:

-¿Benites?

El enfermo lanzó un quejido oscuro y cargado de orfandad, que vino a darle en todas sus entrañas de mujer.

-¿Benites? ¿Cómo se siente usted? ¿Le haré otro remedio?

Benites hizo un movimiento brusco y pesado, agitó ambas manos en el aire, como si apartase invisibles insectos, y abrió los ojos que estaban enrojecidos y parecían inundados de sangre. Su mirada era vaga y, sin embargo,

amenazadora. Hizo chasquear los labios amoratados y secos, murmurando sin sentido:

-¡Nada! ¡Aquella curva es más grande! ¡Déjeme! ¡Yo sé lo que hago! ¡Déjeme!...

Y se volvió de un tirón hacia la pared, doblando las rodillas y metiendo los brazos en el lecho.

En Quivilca no había médico. Lo habían reclamado a la empresa, sin resultado. Se combatía las enfermedades cada uno según su entendimiento, salvo en el caso de pulmonía, en cuyo tratamiento se había especializado José Marino, el empírico del bazar. La señora que asistía a Benites no sabía si acudir al comerciante, por si fuese neumonía, o procurarse otra receta por cuenta propia, sin pérdida de tiempo. Daba mil vueltas por el cuarto, desesperada. De cuando en cuando, observaba al paciente o ponía oído a la puerta, atenta a la caída de la nieve. Podría ser que su hijo acertase a acudir en su busca o que cualquier otro pasase, para pedirle consejo o ayuda.

A veces, el enfermo se sumía en un silencio absoluto, del que la señora no se apercibía por su sordera, pero, en general, la noche avanzaba poblándose de los gritos dolorosos y las palabras del delirio. Contiguo había, por toda vecindad, un extenso depósito de mineral. El resto de los ranchos quedaba lejos, en plena falda del cerro, y había que llamar a gritos para hacerse escuchar.

La señora decidió hacerle otro remedio. Entre las cosas útiles que por precaución guardaba Benites en su mesita, encontró un poco de glicerina, sustancia que le sugirió de golpe la nueva receta. Encendió otra vez el anafe. Ha-

biéndose luego acercado de puntillas a la cama, examinó al paciente, que hacía rato permanecía en calma, y se percató de que dormía. Decidió entonces dejarle reposar, postergando el remedio para más tarde y para el caso de que la fiebre continuase. Fue a arrodillarse ante el lienzo sagrado y masculló, con vehemencia dolorosa y durante mucho tiempo, largas oraciones mezcladas de suspiros y sollozos. Después se levantó y llegóse de nuevo a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de percal. Benites continuaba tranquilo.

-¡Dios es muy grande! -exclamó la señora, enternecida y con voz apenas perceptible-. ¡Ay, divino Corazón de Jesús! -añadió, levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí-. ¡Tú lo puedes todo! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga! ¡Padre mío, protégenos en este valle de lágrimas!...

No pudo contener su emoción y se puso a llorar. Dio algunos pasos y se sentó en un banco. Allí se quedó adormecida.

Despertó de súbito. La vela estaba para acabarse y se había chorreado de una manera extraña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un solo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama. Acomodó la vela, y como notase que Benites no había cambiado de postura y que seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro. «Duerme», se dijo, y resolvió no despertarle.

Leónidas Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús, que pendía en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del delirio, envuelta en el blanco arrebol de la caliche del muro. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión. En el delirio vio que el comerciante Marino se quedaba con su dinero y le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes. Caía en la fuga por escarpadas vías y, al doblar de golpe un recodo del terreno fragoso, se daba con otra parte de sus enemigos. El susto le hacía entonces dar un salto. El Corazón de Jesús entraba inmediatamente en el conflicto y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer súbitamente, dejándole desamparado, en el preciso momento en que míster Taik, muy enojado, le decía a Benites:

—¡Fuera de aquí! ¡La Mining Society le cancela el nombramiento, en razón de su pésima conducta! ¡Fuera de aquí, zamarro!

Benites le rogaba, cruzando las manos lastimeramente. Míster Taik ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos soras sonriendo, como si escarneciesen

su desgracia. Le cogían por los brazos, arrastrándole, y le propinaban un empujón brutal. Entonces, el Corazón de Jesús acudía con tal oportunidad, que todo volvía a quedar arreglado. El Señor se esfumaba después en un relámpago.

Benites, poco después, sorprendía a un sora robándole un fajo de billetes de su caja. Se lanzaba sobre el bribón, persiguiéndole, impulsado no tanto por la suma que le llevaba, cuanto por la cínica risa con que el indio se burlaba de Benites, montado sobre el lomo de un caimán, en medio de un gran río. Benites llegó a la misma orilla del río, y ya iba a penetrar en la corriente, cuando se sintió de pronto entorpecido y privado de todo movimiento voluntario. Jesús, aureolado esta vez de un halo fulgurante, apareció ante Benites. El río se dilató de golpe, abrazando todo el espacio visible, hasta los más remotos confines. Una inmensa multitud rodeaba al Señor, atenta a sus designios, y un aire de tremenda encrucijada llenó el horizonte. A Benites le poseyó un pavor repentino, dándose cuenta, de modo oscuro, pero cierto, de que asistía a la hora del juicio final.

Benites intentó entonces hacer un examen de conciencia, que le permitiera entrever cuál sería el lugar de su eterno destino. Trató de recordar sus buenas y malas acciones de la tierra. Recordó, en primer lugar, sus buenos actos. Los recogió ávidamente y los colocó en sitio preferente y visible de su pensamiento, por riguroso orden de importancia: abajo, los relativos a proceder de bondad más o menos discutible o insignificante, y arriba, a la mano, sobre todos, los relativos a grandes rasgos de virtud, cuyo

mérito se denunciaba a la distancia, sin dejar duda de su autenticidad y trascendencia. Luego pidió a su memoria los recuerdos amargos, y su memoria no le dio ninguno. Ni un solo recuerdo roedor. A veces, se insinuaba alguno, tímido y borroso, que bien examinado, a la luz de la razón, acababa por desvanecerse en las neutras comisuras de la clasificación de valores, o, mejor sopesado aún, llegaba a despojarse del todo de su tinte culpable, reemplazando éste, no ya sólo por otro indefinible, sino por el tinte contrario: tal recuerdo resultaba ser, en el fondo, el de una acción meritoria, que Benites reconocía entonces con verdadera fruición paternal. Felizmente, Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad discursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

Muy poco le faltaba a Benites, según lo intuía, para presentarse ante el Salvador. Al razonarlo, un gran miedo le hizo arrebujarse en su propio pensamiento. De allí vino a sacarle un alfilero de Accoya, al que no veía muchos años, y a quien la madre del agrimensor solía comprarle hierba para sus cuyes, echándole maldiciones por su codicia y avaricia. Por rápida asociación de ideas, recordó que él mismo, Benites, amó también, a veces, el dinero, y quizás con exceso... Recordó que en Colca, una noche, había oído en una vasta estancia desolada, donde dormía a solas, ruido de almas en pena. Empezaron en la oscuridad a empujar la puerta, Benites tuvo miedo y guardó silencio. Rememoraba que al otro día, refirió a los vecinos lo acontecido, no faltando quien le asegurase que en aquella casa

penaban las almas a menudo, a causa de un entierro de oro que dejó allí un español, encomendero de la Colonia. Como se repitiesen después los ruidos nocturnos, el ansia de oro tentó, al fin, a Benites. Y una media noche, cuando fueron a empujar la puerta sumida en tinieblas, el agrimensor invocó a las penas.

-¿Quién es? -interrogó, incorporándose en la cama, y dándose diente con diente de miedo.

No contestaron. Siguieron empujando. Benites volvió a preguntar, anheloso y sudando frío:

-¿Quién es? Si es un alma en pena, que diga lo que desea.

Una voz gangosa, que parecía venir de otro mundo, respondió con lastimero acento:

-Soy un alma en pena.

Benites sabía que era malo correr de las penas, y argumentó al punto:

-¿Qué le pasa? ¿Por qué pena?

A lo que le replicaron casi llorando:

-En el rincón de la cocina dejé enterrados cinco centavos. No me puedo salvar a causa de ellos. Agrega noventa y cinco centavos más de tu parte y paga con eso una misa al cura, para mi salvación...

Indignado Benites por el sesgo inesperado y oneroso que tomaba la aventura, gruñó, agarrando un palo contra el alma en pena:

-¡He visto muertos sinvergüenzas, pero como éste, nunca!...

Al siguiente día, Benites abandonó la posada.

Recordando ahora todo esto, ya lejos de la vida terrenal, juzgó pecaminosa su conducta y digna de castigo. Sin embargo, estimó, tras de largas reflexiones, que sus palabras injuriosas para el alma en pena fueron dictadas por un estado anormal de espíritu y sin intención malévolá. No olvidaba que, en materia de moral, las acciones tienen la fisonomía que les da la intención y sólo la intención. Respecto a que no pagase la misa solicitada por el alma en pena, suya no había sido la culpa, sino más bien del párroco, a quien una fuerte dispepsia impedía por aquellos días ir al templo. A Benites no se le ocultaba, dicho sea de paso, que dicha enfermedad del sacerdote no era mayor que alcanzase a sustraerle del todo del cumplimiento de sus sagrados deberes. Por último, en un análisis más juicioso y serio, quizá no fue, en realidad, una alma en pena, sino una broma pesada de alguno de sus amigos sabedores de sus cuitas en pos del supuesto tesoro. Puesto en este caso, y de haberse oficiado la misa, la broma habría tenido una repercusión de burla y de impiedad, con Benites de por medio, como uno de sus promotores. Indudablemente, había, pues, hecho bien en proceder como procedió, defendiendo subconscientemente los fueros de seriedad de la Iglesia, y su conducta podía en consecuencia, aparejar mérito suficiente para un premio del Señor. Benites puso este recuerdo en medio, exactamente en medio, de todos sus recuerdos, movido de una dialéctica singular e inextricable.

Un sentimiento de algo jamás registrado en su sensibilidad, y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció de pronto que se hallaba en presencia de Jesús. Tuvo

entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que le poseyó la visión entera de cuanto fue, es y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y material, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente en los destinos de Dios. Y fue entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni sentir por sí mismo ni en sí mismo exclusivamente. Su personalidad, como yo de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial y solidario de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divina oriflama por la antena mayor de su corazón. Después, volvió en sí, al sentirse apartado del Señor y condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni ocaso, un dolor indescriptible y jamás experimentado, le llenó el alma hasta la boca, ahogándole, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas siquiera ni pasar. Su tormento interior, la funesta desventura de su espíritu, no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infinita que vio o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus pies. ¡Oh, qué mortal tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por aquella gran tristeza, Benites sufría un dolor incurable y sin orillas.

-¡Señor! -murmuró Benites suplicante-, ¡Al menos, que no sea tanta tu tristeza! ¡Al menos, que un poco de

ella pase a mi corazón! ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu gran tristeza!

El silencio imperó en la extensión trascendental.

-¡Señor! ¡Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde está mi sangre? ¿Dónde está mi yo, sin saber cómo, la dejé coagulada en los abismos de la vida, avaro de ella y pobre de ella! ¡Señor! ¡Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada! ¡Cuando estuvo en mis manos ser el Adán sin tiempo, sin mediodía, sin tarde, sin noche y sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embriagar y sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Absoluto en lo Cambiante! ¡Cuando estuvo en mis manos realizar mis fronteras homogéneamente, como en los cuerpos simples, garra a garra, pico a pico, guiija a guiija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos desgajar los senderos a lo largo y al través, por diámetros y alturas, a ver si así salía yo al encuentro de la Verdad!... ¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón! ¡Cuando hasta pude no haber nacido! ¡Cuando pude, al menos, eternizarme en los capullos y en las vísperas! ¡Felices los capullos, porque ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque duerman en sus selladas entrañas, estambres escabrosos! ¡Felices las vísperas, porque ellas no han llegado y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles! ¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inmanente: Dios!...

Estalló Benites en un grito de desolación infinita, que luego de apagado, dejó al silencio mudo para siempre.

Benites despertó bruscamente. La luz de la mañana inundaba la habitación. Junto a la cama de Benites, estaba José Marino.

-¡Qué buena vida, socio! -exclamaba Marino, cruzándose los brazos-. ¡Las once del día y todavía en cama! ¡Vamos, vamos! ¡Levántese! Me voy esta tarde a Colca.

Benites dio un salto:

-¿Usted a Colca? ¿Hoy se va usted a Colca?

Marino se paseaba a lo largo de la pieza, apurado.

-¡Sí, hombre! ¡Levántese! ¡Vamos a arreglarnos de cuentas! Ya Rubio nos espera en el bazar...

Benites, sentado en su cama, tuvo un calofrío:

-Bueno. Me levanto en seguida. Tengo todavía un poco de fiebre, pero no importa.

-¿Fiebre, usted? ¡No friegue, hombre! ¡Levántese! ¡Levántese! Lo espero en el bazar.

Marino salió y Benites empezó a vestirse, tomando sus precauciones de costumbre: medias, calzoncillo, camiseta, camisa, todo debía adaptarse y servir al momento particular por el que atravesaba su salud. Ni mucho abrigo ni poca ropa.

A la una de la tarde, el caballo en que debía montar José Marino esperaba ensillado a la puerta del bazar. Lo sujetaba por una soga el sobrino del comerciante. Dentro del bazar se discutía a grandes voces y entre carcajadas. Arregladas las cuentas entre Marino, Rubio y Benites, da-

ban la despedida al comerciante, sus dos socios, el cajero Machuca, el profesor Zavala, el comisario Baldazari y místers Taik y Weiss. Las copas menudeaban. Machuca, ya un tanto bebido, preguntaba zumbonamente a Marino:

-¿Y con quién deja usted a la Rosada?

La Rosada era una de las queridas de Marino. Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empurpuradas mejillas candorosas, la trajo de Cólca como querida un apuntador de las minas. Sus hermanas, Teresa y Albina, la siguieron, atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible. Las tres vinieron a Quivilca, huidas de su casa. Sus padres -unos viejos campesinos miserables- las lloraron mucho tiempo. En Quivilca, las muchachas se pusieron a trabajar, haciendo y vendiendo chicha, obligándolas este oficio a beber y embriagarse frecuentemente con los consumidores. El apuntador se disgustó pronto de este género de trabajo de la Graciela y la dejó. A las pocas semanas, José Marino la hizo suya. En cuanto a Albina y a Teresa, corrían en Quivilca muchos rumores.

Marino, a las preguntas repetidas de Machuca, respondió con desparpajo:

-Juguémosla al cachito,<sup>5</sup> si usted quiere.

-¡Eso es! ¡Al cacho! ¡Al cacho! ¡Pero juguémosla entre todos! -argumentó Baldazari.

5. Juego de dados.

En torno al mostrador se formó un círculo. Todos, y hasta el mismo Benites, estaban borrachos, Marino agitaba el cacho ruidosamente, gritando:

-¿Quién manda?

Tiró los dados y contó, señalando con el dedo y sucesivamente a todos los contertulios:

-¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Usted manda!

Fue Leónidas Benites a quién tocó jugar el primero.

-¿Pero qué jugamos? -preguntaba Benites, cacho en mano.

-¡Tire no más! -decía Baldazari-. ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

Benites respondió turbado, a pesar de su borrachera:

-¡No, hombre! ¡Jugar al cacho a una mujer! ¡Eso no se hace! ¡Juguemos una copa!

Unánimes reproches, injurias y zumbas ahogaron los tímidos escrúpulos de Leónidas Benites, y se jugó la partida.

-¡Bravo! ¡Que pague una copa! ¡El remojo de la sucesión!

El comisario Baldazari se ganó al cacho a la Rosada y mandó servir champaña. Machuca se le acercó diciéndole:

-¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así!...

El cajero, diciendo esto, abrió en círculo los brazos e hizo una mueca golosa y repugnante. Los ojos del comisario también chispearon, recordando a la Rosada, y preguntó a Machuca:

-¿Pero dónde vive ahora? Hace tiempo que no la veo.

-Por la Poza. ¡Mándela traer ahora mismo!

-¡No, hombre! Ahora, no. Es de día. La gente puede vernos.

-¡Qué gente ni gente! ¡Todos los indios están trabajando! ¡Mándela traer! ¡Ande!

-Además, no. Ha sido una broma. ¿Usted cree que Marino va a soltar a la chola? Si se fuera para no volver, sí. Pero sólo se va a Colca por unos días...

-¿Y eso qué importa? Lo ganado es ganado. ¡Hágase usted el cojudo!<sup>6</sup> ¡Es una hembra que da el opio! ¡A mí me gusta que es una barbaridad! ¡Mándela traer! ¡Además, usted es el comisario y usted manda! ¡Qué vainas!<sup>7</sup> ¡Lo demás son cojudeces! ¡Ande, comisario!

-¿Y cree usted que va a venir?

-¡Pero es claro!

-¿Con quién vive?

-Sola, con sus hermanas, que son también estupendas. Baldazari se quedó pensando y moviendo su foete.

Unos minutos más tarde, José Marino y el comisario Baldazari salieron a la puerta.

-Anda, Cucho -dijo Marino a su sobrino-, anda a la casa de las Rosadas y dile a la Graciela que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quiénes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

-Sí, tío.

-¡Cuidado con que te olvides! Dile que estoy solo, que

6. Estúpido, calificativo grosero.

7. Exclamación.

no hay nadie más en el bazar. Deja el caballo. Amárralo a la pata del mostrador. ¡Anda! ¡Pero volando! ¡Ya estás de vuelta!...

Cucho amarró la punta de la soga del caballo a una pata del mostrador y partió a hacer el mandado.

-¡Volando, volando! -le decían Marino y Baldazari.

José Marino adulaba a todo el que, de una u otra manera, podía serle útil. Su servilismo al comisario no tenía límites. Marino le servía hasta en sus aventuras amorosas. Salían de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero. El gendarme volvía entonces solo a la Comisaría, y Marino, igualmente solo, a su bazar. ¿Por qué las adulaciones del comerciante al comisario? Las causas eran múltiples. Por el momento, el comerciante iba a ausentarse y le había pedido al comisario el favor de supervigilar la marcha del bazar, que quedaba a cargo del profesor Zavala, que estaba de vacaciones. De otro lado, el comisario le estaba consumiendo ahora en gran escala en el bazar, al propio tiempo que entrenaba a los otros a hacer lo mismo. Las tres de la tarde y ya José Marino había vendido muchas botellas de champaña, de cinzano, de coñac y de whisky... Pero todas éstas no eran sino razones del momento, y muy nimias. Otras eran las de siempre y las más serias. El comisario Baldazari era el brazo derecho del contratista José Marino, en punto a la peonada y en cuanto a los gerentes de la Mining Society.

Cuando Marino no podía con un peón, que se negaba a reconocerle una cuenta, a aceptar un salario muy bajo o trabajar a ciertas horas de la noche o de un día feriado, Marino acudía al comisario, y éste hacía ceder al peón con un carcelazo, con la «barra»<sup>8</sup> (suplicio original de las cárceles peruanas) o a foetazos. Asimismo, cuando Marino no podía obtener directamente de místers Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades o, en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y éste intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino. Nada, pues, de extraño que el comerciante estuviese ahora dispuesto a entregar a su querida al comisario, ipso facto y en público.

Al poco rato, la Graciela aparecía en la esquina, acompañada de Cucho. Los del bazar se escondieron. Solamente José Marino apareció a la puerta, tratando de disimular su embriaguez.

—Pasa —dijo afectuosamente Marino a la Graciela—. Ya me voy. Te he hecho llamar porque ya me voy.

La Graciela decía tímidamente:

—Yo creía que se iba usted a ir así no más, sin decirme ni siquiera hasta luego.

Una repentina carcajada estalló en el bazar, y todos los contertulios aparecieron de golpe ante Graciela. Colorada, estupefacta, dio un traspies contra el muro. La rodearon, unos estrechándole la mano, otros acariciándola por el

8. Colgar a una persona por las muñecas.

mentón. Marino le decía, desternillándose de risa:

-Siéntate. Es la despedida. ¡Qué quieres! ¡Los amigos!  
¡Nuestros patrones! ¡Nuestro grande y querido comisario!  
¡Siéntate! ¡Siéntate! ¿Y qué tomas?...

Cerraron a medias la puerta y Cucho jaló de afuera la  
soga del caballo, sentándose en el quicio a esperar.

Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras  
en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de  
aire doloroso y apurada, llegó corriendo.

-¿Ahí está tu tío? -le preguntó jadeante a Cucho.

-Sí; ahí está. ¿Para qué?

-Para que me venda láudano. Estoy muy apurada,  
porque ya se muere mi mama.

-Pase usted, si quiere.

-¿Pero quién sabe está con gente?

-Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere...

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una  
angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar  
la sogá del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de  
un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela,  
las armas de la patria. La mujer iba y venía, desesperada y  
sin atreverse a entrar al bazar. Aguaitaba lo que adentro  
sucedió, se ponía a escuchar y volvía a pasearse. Le pregun-  
taba a Cucho:

-¿Quién está ahí?

-El comisario.

-¿Quién más?

-El cajero, el ingeniero, el profesor, los gringos... Están  
bien borrachos. Están tomando champaña.

-¡Pero oigo una mujer!...

-La Graciela.

-¿La Rosada?

-Sí. Mi tío la ha mandado llamar, porque ya se va.

-¡Ay, Dios mío! ¿A qué hora se irán? ¿A qué hora se irán?...

La mujer empezó a gemir.

-¿Por que llora usted? -le preguntó Cucho.

-Ya se muere mi mama y don José está con gente...

-Si quiere usted, lo llamaré a mi tío, para que le venda...

-Quién sabe se va enojar...

Cucho aguaitó hacia adentro y llamó tímidamente:

-¡Tío Pepe!...

La orgía estaba en su colmo. De la tienda salía un vocerío confuso, mezclado de risas y gritos y un tufo nauseante. Cucho llamó varias veces. Al fin, salió José Marino.

-¿Qué quieres, carajo? -le dijo, irritado, a su sobrino.

Cucho, al verle borracho y colérico, dio un salto atrás, amedrentado. La mujer se hizo también a un lado.

-Para que venda usted láudano -murmuró Cucho, de lejos.

-¡Qué láudano ni la puta que te parió! -rugió José Merino, lanzándose furibundo sobre su sobrino. Le dio un bofetón brutal en la cabeza y le derribó.

-¡Carajo! -vociferaba el comerciante, dándole de puntapiés-. ¡Cojudo! ¡Me estás jodiendo siempre!

Algunos transeúntes se acercaron a defender a Cucho. La mujer del láudano le rogaba a Marino, arrodillada:

-¡No le pegue usted, taita! Si lo ha hecho por mí. Porque yo le dije. ¡Pégume a mí, si quiere! ¡Pégume a mí, si quiere!...

Algunas patadas cayeron sobre la mujer. José Marino, ciego de ira y de alcohol, siguió golpeando al azar, durante unos segundos, hasta que salió el comisario y lo contuvo.

-¿Qué es esto, mi querido Marino? -le dijo, sujetándolo por las solapas.

-¡Perdone, comisario! -respondía Marino, humildemente-. ¡Le pido mil perdones!

Ambos penetraron al bazar. Cucho yacía sobre la nieve, llorando y ensangrentado. La india, de pie, junto a Cucho, sollozaba dolorosamente:

-Sólo porque lo llama, le pega. ¡Sólo por eso! ¡Y a mí también, sólo porque vengo por un remedio!...

Apareció un indio mocetón llorando y a la carrera:

-¡Chana! ¡Chana! ¡Ya murió mama! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ya murió!...

Y Chana, la india del láudano, se echó a correr, seguida del indio y llorando.

El caballo de José Marino, espantado, había huido. Cucho, secándose las lágrimas y la sangre, lo fue a buscar. Sabía muy bien que, de irse el caballo, «las nalgas ya no serías tuyas», como solía decir su tío, cuando le amenazaba azotarle. Volvió, felizmente, con el animal, y se sentó de nuevo a la puerta del bazar, que continuaba entreabierta. Se agachó y aguaitó a hurtadillas. ¿Qué sucedía ahora en el bazar?

José Marino conversaba tras de la puerta, en secreto y

copa en mano, con míster Taik, el gerente de la Mining Society. Le decía en tono insinuante y adulator:

-Pero, míster Taik: yo mismo, con mis propios ojos, lo he visto...

-Usted es muy amable, pero eso es peligroso -replicaba muy colorado y sonriendo el gerente.

-Sí, sí, sí. Míster Taik, decídase no más. Yo sé por qué le digo. Rubio es un enfermo. Ella (hallaban de la mujer de Rubio) no lo quiere. Además, se muere por usted. Yo la he visto.

El gerente sonreía siempre:

-Pero, señor Marino, puede saberlo Rubio...

-Yo le aseguro que no lo sabrá, míster Taik. Yo se lo aseguro con mi cuello.

Marino bebió su copa y añadió, decidido:

-¿Quiere usted que yo me lleve a Rubio un día fuera de Quivilca, para que usted aproveche?

-Bueno, ya veremos. Ya veremos. Muchas gracias. Usted es muy amable.

-Tratándose de usted, míster Taik, ya sabe que yo no reparo en nada. Soy su amigo, muy modesto, sin duda muy humilde y muy pobre, el último, quién sabe, pero amigo de veras y dispuesto a servirle hasta con mi vida. Su pobre servidor, míster Taik. ¡Su pobre amigo!

Marino se inclinó largamente.

En ese momento, míster Weiss, del otro extremo del bazar, llamaba al comerciante:

-¡Señor Marino! ¡Otra tanda de champaña!...

José Marino voló a servir las copas.

Entretanto, la Graciela estaba ya borracha. José Marino, su amante, la había dado a beber un licor extraño y misterioso, preparado por él en secreto. Una sola copa de este licor la había embriagado. El comisario le decía en voz baja y aparte a Marino:

-¡Formidable! ¡Formidable! Es usted un portento. Ya está más para la otra que para ésta...

-Y eso -respondía Marino, jactancioso-, y eso que no le he puesto mucho de lo verde. De otro modo, ya habría doblado el pico hace rato...

Abrazaba a Baldazari, añadiendo:

-Usted se lo merece todo, comisario. Por usted todo. ¡No digo un «tabacazo»! ¡No digo una mujer! ¡Por usted, mi vida! Créalo.

La Graciela, en los espasmos producidos por el «tabacazo», cantaba y lloraba sin causa. Se paraba de pronto y bailaba sola. Todos hacían palmas, entre risas y requiebros. La Graciela, con una copa en la mano, decía, bamboleándose y sin pañolón:

-¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¿Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo sólo soy una pobre, y nada más...

Las risas y los gritos aumentaban. José Marino, del brazo del comisario, le dijo entonces a la Graciela, como a una ciega, y ante todos los contertulios:

-¿Ves? Aquí está el señor comisario, la autoridad, el más grande personaje de Quivilca, después de nuestros

9. Alcohol mezclado con tabaco.

patrones, míster Taik y Weiss. ¿Lo ves aquí, con nosotros?

La Graciela, los ojos velados por la embriaguez, trataba de ver al comisario.

-Sí. Lo veo. Sí. El señor comisario. Sí...

-Bueno. Pues el señor comisario va a encargarse de ti mientras mi ausencia. ¿Me entiendes? El verá por ti. El hará mis veces en todo y para todo...

Marino, diciendo esto, había muecas de burla y añadía:

-Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes? ¿Me oyes Graciela?...

La Graciela respondía, la voz arrastrada y casi cerrando los ojos:

-Sí... Muy bien... Muy bien...

Después vaciló su cuerpo y estuvo a punto de caer. El cajero Machuca soltó una risotada. José Marino le hizo señas de callarse y guiñó el ojo a Baldazari, significándole que la melaza estaba en punto. Los demás, en coro, le decían a media voz a Baldazari:

-¡Ya, comisario! ¡Entre no más! ¡Entrele!...

El comisario se limitaba a reír y a beber.

Graciela, agarrándose del mostrador para no caer, fue a sentarse, llamando a grandes voces:

-¡Don José! ¡Venga ustedd a mi lado! ¡Venga usted...

José Marino insinuó de nuevo a Baldazari que se acercase a la Rosada. Baldazari volvió, por toda respuesta, a beber otra copa. A los pocos instantes, Baldazari se encontraba completamente borracho. Hizo servir varias veces champaña. Los demás estaban, asimismo, ebrios, y en una inconsciencia absoluta; Rubio hablaba de política interna-

cional a gritos con míster Taik, y, de otro lado, el profesor, Leónidas Benites y míster Weiss, se abrazaban en grupo. José Marino y el comisario Baldazari rodeaban siempre a la Graciela. Un momento, la Rosada abrazó a Marino, pero éste se escabulló suavemente, poniendo en su lugar a Baldazari en los brazos de Graciela. La muchacha se dio cuenta y apartó bruscamente al comisario:

-¡Besa al señor comisario! -le ordenó entonces Marino, irritado.

-¡No! -respondió Graciela enérgicamente y como despertando.

-¡Déjela! -dijo Baldazari a Marino.

Pero el contratista de peones estaba ya colérico, e insistió:

-¡Besa al señor comisario te he dicho, Graciela!

-¡No! ¡Eso, nunca! ¡Nunca, don José!

-¿No le besas? ¿No cumples lo que yo te ordeno? ¡Espérate! -gruñó el comerciante, y fue a preparar otro «tabacazo».

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios -menos Benites, que se había quedado dormido- conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero

Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último. Lo hizo en medio de una batahola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso sostuvo, durante su acto horripilante, con sus cómplices. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única seña de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra...

Y cuando encendieron luz en el bazar viéronse botellas y vasos rotos sobre el mostrador, champaña derramado por el suelo, piezas de tejido deshechas al azar, y las caras macilentas y sudorosas. Una que otra mancha de sangre negreaba en los puños y cuellos de las camisas. Marino trajo agua en un lavador, para lavarse las manos. Mientras se estaban lavando, todos en círculo, sonó un tiro de revólver, volando el lavador por el techo. Una carcajada partió de la boca del comisario, que era quien había tirado.

-¡Para probar mis hombres! -dijo Baldazari, guardando su revólver-. Pero veo que todos han temblado.

Leónidas Benites despertó.

-¿Y la Graciela? -interrogó, restregándose los ojos-. ¿Ya se fue?...

Míster Taik, limpiando sus lentes, dijo:

-Señor Baldazari: hay que despertarla. Me parece que debe irse ya a su rancho. Ya es de noche.

-Sí, sí, sí -dijo el comisario, poniéndose serio-. ¡Hay que despertarla; usted, Marino, que es siempre el hombre!

-¡Ah! -exclamó el comerciante-. Eso va a ser difícil. Contra el «tabacazo» no hay otro remedio sino el *sueño*.

-Pero, de todos modos -argumentó Rubio-, no es posible dejarla botada así, en el suelo... ¿No le parece míster Taik?

-¡Oh, sí, sí! -decía el gerente, fumando su pipa.

Leónidas Benites se acercó a Graciela, seguido de los demás. La Rosada yacía en el suelo, inmóvil, desgredada, con las polleras en desorden y aun medio remangadas. La llamaron, agitándola fuertemente y no dio señales de despertar. Trajeron una vela. Volvieron a llamarla y a moverla. Nada. Seguía siempre inmóvil. José Marino puso la oreja sobre el pecho de la moza y los otros esperaron en silencio.

-¡Carajo! -exclamó el comerciante, levantándose-. ¡Está muerta!...

-¿Muerta? -preguntaron todos, estupefactos-. ¡No diga usted disparates! ¡Imposible!

-Sí -repuso en tono despreocupado el amante de Graciela-. Está muerta. Nos hemos divertido.

Míster Taik dijo entonces en voz baja y severa:

-Bueno. Que nadie diga esta boca es mía. ¿Me han oído? ¡Ni una palabra! Ahora hay que llevarla a su casa. Hay que decir a sus hermanas que le ha dado un ataque y que la dejen reposar y dormir. Y, mañana, cuando la hallen muerta, todo estará arreglado...

Los demás asintieron, y así se hizo.

A las diez de la noche, José Marino montó a caballo y partió a Colca. Y, al día subsiguiente, se enterró a Graciela.

En primera fila del cortejo fúnebre iba el comisario de Quivilca, acompañado de Zavala, de Rubio, de Machuca y de Benites. De lejos, seguía el cortejo Cucho, el sobrino del amante de la muerta.

Todos los del bazar volvieron del cementerio tranquilos y conversando indiferentemente. Sólo Leónidas Benites estaba muy pensativo. El agrimensor era el único de los del bazar en quien la muerte de Graciela dejó cierto pesar y hasta cierto remordimiento. En conciencia, sabía Benites que la Rosada no había fallecido de muerte natural. Verdad es que él no vio nada de lo que ocurrió con Graciela en la oscuridad, por haberse quedado profundamente dormido; pero lo sospechaba todo, aunque sólo fuese de modo oscuro y dudoso. Benites, de regreso del entierro se encerró en su cuarto, arrepentido de la escena del bazar, cosa a la que no estaba acostumbrado y que, en principio, le repugnaba, y se tendió en su cama a meditar. Después, se quedó dormido.

Por la tarde ese mismo día, se presentaron de pronto en el escritorio del gerente de la Mining Society, míster Taik, las dos hermanas de la muerta, Teresa y Albina. Venían llorando. Otras dos indias, chicheras también, como las Rosadas, las acompañaban. Albina y Teresa pidieron audiencia al patrón, y, tras de una breve espera, fueron introducidas ante el yanqui, a quien acompañaba a la sazón su compatriota, el subgerente, míster Weiss. Ambos chupaban sus pipas.

-¿Qué se les ofrece? -preguntó secamente míster Taik.

-Aquí, patrón -dijo Teresa llorando-, venimos por-

que todos dicen en Quivilca que a la Graciela la han matado y que no se ha muerto ella. Nos dicen que es porque la emborracharon en el bazar. Por eso. Y que usted, patroncito, debe hacernos justicia. Cómo ha de ser, pues, que maten así a una pobre mujer y que todo se quede así nomás...

El llanto no la dejó continuar.

Míster Taik se apresuró a contestar, enojado:

-¿Pero quién dice eso?

-Todos, señor, todos...

-¿Han ido ustedes a quejarse al comisario?

-Sí, patrón. Pero él nos dice que son habladurías y nada más, y que no es cierto.

-¿Entonces? Si así les ha contestado el señor comisario, ¿a qué vienen ustedes aquí y por qué siguen creyendo tonterías y chismes imbéciles? Déjense de zonceras váyanse a su casa tranquilas. La muerte es la muerte y el resto son necedades y lloriqueos inútiles... ¡Váyanse! ¡Váyanse!

-añadió paternalmente míster Taik, disponiéndose él también a salir.

-¡Váyanse! -repitió también en tono protector, míster Weiss, chupando su pipa paseándose-. No hagan caso de tonterías. Váyanse. No estamos para cantaletas y majaderías. Hagan el favor...

Los dos patrones, llenos de dignidad y despotismo, indicaron la puerta a las Rosadas, pero Teresa y Albina, cesando de llorar, exclamaron, a la vez, airadas:

-¡Sólo porque son patrones! ¡Por eso hacen lo que quieren y nos botan así, sólo porque venimos a quejarnos!

¡Han matado a mi Graciela! ¡La han matado! ¡La han matado!...

Vino un sirviente y las hizo salir de un empujón. Las dos muchachas se alejaron protestando y llorando, seguidas de las otras chicheras, que también protestaban y lloraban.

## II

José Marino fue a Colca por urgentes negocios. En Colca tenía otro bazar, que corría de ordinario a cargo de su hermano menor, Mateo. Los hermanos Marino, tenían, además, en Colca, la agencia de enganche de peones para los trabajos de las minas de Quivilca. En suma, la firma Marino Hermanos consistía, de una parte, en los bazares de Colca y de Quivilca, y, de otra, en el enganche de peones para la Mining Society.

La Mining Society celebró un contrato con Marino Hermanos, cuyas estipulaciones principales eran las siguientes: Marino Hermanos tomaban la exclusiva de proporcionar a la empresa yanqui toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca, y, en segundo lugar, tomaban, asimismo, la exclusiva del abastecimiento y venta de víveres y mercaderías a la población minera de Quivilca, como medio de facilitar el enganche y reenganche de la peonada. Marino Hermanos, de este modo, se constituían en intermediarios, de un lado, como verdaderos patronos de los obreros, y, de otro lado, como agentes

o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana.

Este contrato con la Mining Society estaba enriqueciendo a los hermanos Marino con una rapidez pasmosa. De simples comerciantes en pequeño, que eran en Colca, antes de descubrirse las minas de Quivilca, se habían convertido en grandes hombres de finanza, cuyo nombre empezaba a ser conocido en todo el centro del Perú. El solo movimiento de mercaderías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales. En el momento en que José Marino venía a Colca, después de la jarana<sup>10</sup> y la muerte de Graciela, en el bazar de Quivilca, Marino Hermanos iban a decidir de la compra de unos yacimientos auríferos en una hoya del Huataca. Tal era el principal motivo del viaje de José Marino a Colca.

Pero, el mismo día de su llegada, por la noche, después de comer, la atención de los hermanos Marino, en el curso de una larga conferencia, fue de pronto y preferentemente atraída hacia diversas cuestiones relativas al enganche de peones para Quivilca. Antes de su partida a Quivilca, José Marino había tenido acerca de este asunto una extensa conversación con mister Taik. La oficina de la Mining Society en Nueva York exigía un aumento de la extracción de tungsteno de todas sus explotaciones del Perú y Bolivia. El sindicato minero hacía notar la inminencia en que se encontraban los Estados Unidos de entrar en la guerra europea y la necesidad consiguiente para la empresa, para acumular en el día un fuerte *stock* de metal listo

10. Juerga.

para ser transportado, a una orden telegráfica de Nueva York, a los astilleros y fábricas de armas de los Estados Unidos. Míster Taik le había dicho secamente a José Marino:

-Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas...

-Haré, míster Taik, lo que yo pueda -respondió Marino.

-¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocios, no hay nada imposible...

-Pero, míster Taik, fíjese que ahora es muy difícil traer peones desde Colca. Los indios ya no quieren venir. Dicen que está muy lejos. Quieren mejores salarios. Quieren venirse con sus familias. El entusiasmo de los primeros tiempos ha pasado...

Míster Taik, sentado rígidamente ante su escritorio, y después de chupar su pipa, puso fin a los alegatos de José Marino diciendo con implacable decisión:

-Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y míster Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos. Pero un diálogo tal -dicho sea de paso-, lejos de enfriar la amistad -si amistad era eso-, entre ambos hombres, la afianzó más. José Marino volvió al bazar, y en lo primero que pensó fue en hacer venir por medio de un amigo, el cajero Machuca, a míster Taik, a la reunión de despedida al comerciante.

-Traígame a míster Taik y a míster Weiss.

-Va a ser difícil.

-No, hombre. Vaya usted a traerlos. Hágalo como cosa suya, y que no se den cuenta que yo se lo he dicho. Dígalos que sólo van a estar unos minutos.

-Va a ser imposible. Están los gringos<sup>11</sup> trabajando. Usted sabe que sólo vienen al bazar en la tarde.

-No, hombre. Vaya usted nomás. Ande, querido cajero. Además, ya va a ser hora de almuerzo...

Machuca fue y logró hacer venir a los dos yanquis. Entonces José Marino se deshizo en reverencias y atenciones para míster Taik, lo que, naturalmente, no modificó en nada las exigencias de la Mining Society, en orden al tungsteno destinado a los Estados Unidos y a la guerra mundial.

-Una vez en el bazar -refería José Marino a su hermano en Colca-, volví a hablarle al gringo sobre el asunto y volvió a decirme que no eran cosas suyas, y que él tenía que cumplir las órdenes del sindicato, muy a su pesar.

-Pero, entonces -argumentaba Mateo-, ¿qué vamos a hacer ahora? En Quivilca mismo, o en los alrededores, no será posible encontrar indios salvajes. ¿Y los soras?

-¡Los soras! -dijo José, burlándose-. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas...

11. Norteamericanos, despectivamente.

-¿Entonces? -volvió a preguntarse con angustia Mateo-. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?

-¿Cuántos peones hay socorridos? -preguntó, a su vez, José.

Mateo, hojeando los libros y los talonarios de los contratos, decía:

-Hay 23, que debían haber partido a Quivilca este mes, antes del 20.

-¿Los han hecho llamar? ¿Qué dicen?

-He visto a algunos, a nueve de ellos, hace quince días, más o menos, y me prometieron salir para Quivilca a fines de la semana pasada. Si no lo han hecho, habría que ir a verlos de nuevo y obligarlos a salir.

-¿Está aquí el subprefecto?

-Sí; aquí está precisamente.

-Bueno. Entonces, no hay más que pedirle dos soldados mañana mismo, para ir por los cholos inmediatamente. ¿Dónde viven? Mira en el talonario...

Mateo hojeó de nuevo el talonario de los contratos, recitando, uno por uno, los nombres de los peones contratados y sus domicilios. Luego dijo:

-Al Cruz, al Pío, al viejo Grados y al cholo Laurencio, se les puede ir a ver mañana juntos. De Chocoda se puede pasar a Conra y después a Cunguy, de un solo tiro...

José replicó de prisa:

-No, no, no. Hay que verlos a todos mañana mismo, a los nueve que tú dices, aunque sea de noche o a la madrugada...

-Bueno. Sí. Naturalmente. Claro que se les puede ver.

A los gendarmes les damos su sol a cada uno, su buen cañazo, su coca y sus cigarros, y ya está...

-¡Claro! ¡Claro! -exclamaba José, en tono decidido.

Ambos se paseaban en el cuarto, calzados de botas amarillas, un enorme pañuelo de seda al cuello y vestidos de «diablo-fuerte».<sup>12</sup> Los hermanos Marino eran originarios de Mollendo. Hacía unos doce años que fueron a establecerse a la sierra, empezando a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad: azúcar, jabón, fósforos, kerosene, sal, ají, chancaca,<sup>13</sup> arroz, velas, fideos, té, chocolate y ron. ¿Con qué dinero empezaron a trabajar? Nadie, en verdad, lo sabía a ciencia cierta. Se decía solamente que en Mollendo trabajaron como cargadores en la estación del ferrocarril y que allí reunieron cuatrocientos soles, que fue todo el capital que llevaron a la sierra. ¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron, acaso -una vez de propietarios de la tienda de Colca-, siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo? Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fue patética. El brinco de la historia fue cruento, coloreado y casi geométrico, a semejanza de ciertos números de fondo de los circos.

Era el santo del alcalde de Colca y los Marino fueron

12. Pana.

13. Pan de miel de caña de azúcar.

invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde. Era la primera vez que se veían solicitados para alternar con la buena sociedad de Colca. La invitación les cayó tan de lo alto y en forma tan inesperada, que los Marino, en el primer momento, reían en un éxtasis medio animal y dramático, a la vez. Porque era el caso que ni uno ni otro tenía el valor de hacer frente a tamaña empresa. Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones proletarios no soportarían un aire semejante. Y tuvieron, a causa de esto, una disputa. José le decía a Mateo que fuese él a la fiesta, y viceversa. Lo decidieron por medio de la suerte en un centavo: cruz o cara. Mateo fue a la comida del alcalde. Se puso su vestido de casimir,<sup>14</sup> su sombrero de paño, camisa con cuello y puños de celuloide, corbata y zapatos nuevos de charol. Mateo se sintió elegante y aun estuvo a punto de sentirse ya burgués, de no empezar a ajustarle y dolerle mucho los zapatos. Primera vez que se los ponía y no tenía otro par, digno de aquella noche. Mateo dijo entonces, sentándose y con una terrible mueca de dolor:

-Yo no voy. Me duelen mucho. No puedo casi dar un paso...

José le rogó:

-¡Pero fíjate que es el alcalde! ¡Fíjate el honor que vas a tener de comer con su familia y el subprefecto, los doctores y los mejor de Colca! ¡Anda! ¡No seas zonzo! Ya verás que si vas al banquete, nos van a invitar siempre, a todas

14. Cashmir.

partes, el juez, el médico y hasta el diputado, cuando venga. Y seremos nosotros también considerados después como personas decentes de Colca. De esta noche depende todo. Y vas a ver. Todos está en entrar en la sociedad, y el resto ya vendrá: la fortuna, los honores. Con buenas relaciones, conseguiremos todo. ¿Hasta cuándo vamos a ser obreros y mal considerados?...

Ya se hacía tarde y se acercaba la hora del banquete. Tras de muchos ruegos de José, Mateo, sobreponéndose al dolor de sus zapatos, afrontó el heroísmo de ir a la fiesta. Mateo sufría lo indecible. Iba cojeando, sin poderlo evitar. Al entrar a los salones del alcalde, entre la multitud de curiosos del pueblo, con algo tropezó el pie que más le apretaba y le dolía. Casi da un salto de dolor, en el preciso instante en que la mujer del alcalde aparecía a recibirle a la puerta. Mateo Marino transformó entonces, y sin darse cuenta cómo, su salto de dolor en una genuflexión mundana, improvisada e irreprochable. Mateo saludó con perfecta corrección:

-¡Señora, tanto honor!...

Estrechó la mano de la alcaldesa y fue a tomar asiento, con paso firme, desenvuelto y casi flexible. El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado. La mujer del alcalde le decía, días después, a su marido:

-¡Pero resulta que Marino es un encanto! Hay que invitarle siempre.

En Colca no tenían los Marino más familia que Cucho, hijo de Mateo y de una chichera que huyó a la costa con otro amante.

Mateo vivía ahora en una gran casa, que comunicaba con el bazar, ambos -casa y establecimiento- de propiedad de la firma Marino Hermanos. Allí, en una de las habitaciones de esa casa, estaban ahora conferenciando acerca de sus negocios y proyectos.

-¿Y cómo dejas los asuntos en Quivilca? -preguntó más tarde Mateo a su hermano.

-Así, así... Los gringos son terribles. Míster Taik, sobre todo, no se casa ni con su abuela. ¡Qué hombre! Me tiene hasta las orejas.

-Pero, hermano, hay que saber agarrarlo...

-¡Agarrarlo! ¡Agarrarlo! -repitió José con sorna y escepticismo- ¿Tú piensas que yo no he ensayado ya mil formas de agarrarlo?... Los dos gringos son unos pendejos. Casi todos los días los hago venir a los dos al bazar, valiéndome de Machuca, de Rubio, de Baldazari. Vienen. Se bebe. Yo les invito casi siempre. Con frecuencia, los meto con mujeres. Nos vamos de juerga al campamento de peones. Muchas veces, los invito a comer. En fin... Hasta de alcahuete les sirvo...

-¡Eso es! ¡Así hay que hacerlo!

-¿Sabes la que le he metido en la cabeza a míster Taik? -le dijo José riendo-. Como yo sé que es un mujerero endemoniado, le he dicho que la mujer de Rubio se muere por él. Se lo he dicho el día de mi viaje, porque como acababa de joderme con la cuestión de los peones, yo quise engatusármelo así, para que se ablandara y retirase su exigencia de los cien peones para este mes...

-¿Y qué resultó?

-Nada. El gringo sólo se reía como un idiota. Más a más, casi me oye y se da cuenta Rubio. Después, quise emborracharlo y tampoco se ablandó. Por último, llamé a Baldazari y le dije que viese la manera de tocarle el punto a lo disimulado. Pero tampoco hubo manera de agarrarlo. Con Baldazari se hacía el cojudo. ¡Total, nada!

-¿Pero, en verdad, está la mujer de Rubio enamorada de él, o tú le sacaste ésa?

-¡Qué va a estar enamorada, hombre! Yo se le saqué ésa por halagarlo y por ver qué resultaba. Si el gringo se hubiera entusiasmado, la mujer de Rubio y Rubio mismo se habrían hecho de la vista gorda. Tú conoces ya lo que es Rubio: con tal de sacar algo, vende hasta a su mujer...

-Bueno -dijo Mateo-. Hay que dormir ya. Tú estás rendido y mañana tenemos mucho que hacer... ¡Laura! -gritó, parándose en la puerta del cuarto.

-¡Ahí voy, señor! -respondió Laura desde la cocina.

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero aparcerero, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez, por el párroco a una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura desempeñaba en casa de Marino Hermanos el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo. Cuando José venía de Quivilca, por pocos días, a Colca, Laura solía acostarse también con él, a escondidas de Mateo. Éste, sin embargo, lo había sospechado y, más aún, últimamente, de la sospecha, pasó a la certidumbre. Pero el juego de Laura no parecía incomodar a Marino

Hermanos. Al contrario, los brazos de la criada parecían unirlos y estrecharlos más hondamente. Lo que en otros habría encendido celos, en Marino Hermanos avivó la fraternidad.

Cuando Laura entró al cuarto donde estaban los Marino, éstos la observaron de reojo y largamente: José, con apetito, y Mateo, un tanto receloso. Mientras Laura sirvió la comida, los dos hermanos no le habían hecho caso, absorbidos como estaban por los negocios. Pero, ahora, que venía el sueño, y se acercaba el instante de la cama, Laura despertó de pronto una viva atención en Marino Hermanos.

-¿Ya está lista la cama de José? -le preguntó Mateo.

-Ya, señor -respondió Laura.

-Bueno. ¿Has dado de comer al caballo?

-Sí, señor. Le he echado un tercio de alfalfa.

-Bueno. Ahora, más tarde, cuando se enfríe más, le quitas la montura y le echas otro tercio.

-Muy bien, señor.

-Y bien de mañana, anda donde el tuerto Lucas y dile que vaya a traerme la mula negra. Dile que esté aquí a lo más, a las nueve de la mañana. Sin falta. Porque tengo que ir a la chacra...

-Muy bien, señor. ¿No necesita otra cosa?

-No. Puedes ir a acostarte.

Laura hizo un gesto de sumisión.

-Buenas noches, señores -dijo, y salió inclinada.

Los hermanos Marino miraron largamente el esbelto y robusto cuerpo de Laura, que se alejaba a paso tímido, las

polleras granates cubriéndole hasta los tobillos, la cintura cadenciosa y ceñida, los hombros altos, el pelo negro y en trenzas lacias, el porte seductor.

Las camas de José y de Mateo estaban en un mismo cuarto. Una vez los dos acostados y apagada la vela, reinó en toda la casa un silencio completo. Ni uno ni otro tenían sueño, pero los dos fingieron quedar dormidos. ¿Cavilaban en los negocios? No. Cavilaban en Laura, que estaba ahora haciendo su cama en la cocina. Se oyeron de pronto unos pasos de la muchacha. Después, un leve ruido del colchón de paja al ser desdoblado. Luego, Laura, poniéndose a remendar un zapato, se compuso el pecho. ¿En qué pensaba, por su parte, Laura? ¿En ir a desensillar el caballo y echarle el otro tercio? No. Laura pensaba en Marino Hermanos.

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincias, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Mateo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de cobre y unos zapatos con taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador. Tenía veinte años. ¿Quiso alguna vez a un hombre? Nunca. Pero habría querido querer. Por su patrón sentía más bien odio, aunque este odio anduviese disfrazado, dorado o amordazado por un sentimiento de vanidad de aparecer como la querida del señor

Mateo Marino, uno de los más altos personajes de Colca. Pero, el odio existía. Íntimamente, Laura experimentaba repugnancia por su patrón, cuarentón colorado, medio legañoso, rojo, grosero, sucio, tan avaro como su hermano y que, por su parte tampoco sentía el menor afecto por su cocinera. Cuando había gente en casa de Marino Hermanos, Mateo ostentaba un desprecio encarnizado e insultante por Laura, a fin de que nadie creyese lo que todo el mundo creía: que era su querida. Y esto le dolía profundamente a Laura.

Con José, otras eran sus relaciones. Como José no podía poseerla por la fuerza y a la descubierta, puesto que su hermano estaba con ella, la venció y la retenía con la astucia y el engaño. José le hizo entender que Mateo era un tonto, que no la quería y que haría con ella, a la larga, lo que hizo con la madre de Cucho: someterla a la miseria, obligándola a escaparse con el primer venido. Le dijo, de otro lado, que él, José, en cambio, la amaba mucho y la haría su «querida de asiento» el día en que Mateo la abandonase. Además, José, contrariamente a lo que hacía Mateo —que nunca prometió a Laura nada—, le prometía siempre darle dinero, aunque nunca, en realidad, le dio nada. En resumen, José sabía engañarla, halagándola y mostrándose apasionado, cosa ésta que Laura no advirtió nunca en Mateo. El propio género de relaciones culpables que los unía, azuzaba, de una parte, a José, a no ser seco y brutal como su hermano, y de otra parte, a Laura —mujer, al fin—, a sostener y prolongar indefinidamente este juego con Marino Hermanos. En ello había también en Laura mucho de

venganza a los desprecios de Mateo. Con todo, y examinando las cosas en conjunto tampoco amaba Laura a José Marino, ni muchos menos. Ella no sabía, de otro lado, si, en el fondo, le detestaba tanto como a su hermano. Pero, en todo caso, sentía que lo que había entre ella y José era algo muy inconsistente, difuso, frágil, insípido. Muchas veces, pensándolo, Laura se daba cuenta que no sentía nada por este hombre. Y, si más lo pensaba, llegaba a aperibirse, en fin, de que le odiaba...

En esto meditaba Laura, remendando su zapato.

Los hermanos Marino, en sus camas, meditaban, el uno, José, ansiosamente, en Laura, y el otro, Mateo, con cierto malestar, en Laura y en José. Este quería ir a la cocina. Mateo no quería que José pudiera ir a la cocina. José esperaba que Mateo se quedase dormido. Aun cuando estaba convencido de que Mateo lo sabía todo, estaba también ahora convencido de que Mateo se haría el desentendido y de que tendría que quedarse, tarde o temprano, dormido. Sin embargo, las suposiciones de José no correspondían del todo a la realidad del pensamiento y la voluntad de Mateo. Por primera vez, esta noche, Mateo sentía una especie de celos vagos e imprecisos. A Mateo, en verdad, le dolía que José fuese a la cocina. ¿Por qué? ¿Por qué esta noche tales reparos y no las otras veces?

Pasó largo rato, las cosas así en la cabeza de Laura y en la doble cabeza de Marino Hermanos. Éstos oyeron luego que Laura salía a desensillar el caballo y a echarle el otro tercio de alfalfa. El ruido de sus pasos era blando, casi aterciopelado y voluptuoso, el deseo se avivó en José. Le

vino entonces ganas de tragar saliva y no lo pudo evitar. Mateo, oyendo la deglución salival de su hermano, se aseguró entonces de que éste desvelaba y sus resquemores se avivaron.

Laura volvió a la cocina y cerró de golpe la puerta. Los hermanos Marino se estremecieron. ¿Qué quería decir esa manera brusca de cerrar la puerta? José se dijo que se trataba de un signo tácito, con el cual Laura quería indicarle que pensaba en él y que la noche era propicia para los idilios. Mateo dudaba entre esto que se decía José y la idea de que, con aquel portazo, Laura trataba, por el contrario, de significarle a él, Mateo, su decisión resuelta e inalterable de guardarle fidelidad. Pero José ya no podía contener sus instintos. Se dio una vuelta violenta en la cama. Después se oyó el ruido del colchón de paja, cuando el joven cuerpo de la cocinera cayó y se alargó sobre él. El deseo poseyó entonces por igual a ambos hombres. Los lechos se hacían llamas. Las sábanas se atravesaban caprichosamente. La atmósfera del cuarto se llenó de imágenes... José y Mateo Marino se hallaron, un instante, de espaldas uno al otro, sin saberlo...

Mateo saltó de repente de su cama, y José al oírle, sintió que le subía la sangre de golpe a la cabeza. ¿Dónde iba Mateo? Un celo violento de animal poseyó a José. Mateo tiró suavemente la puerta y salió descalzo al corredor. Mateo sabía que su hermano lo estaba oyendo todo, pero él era, al fin y al cabo, el dueño oficial de esa mujer, y el deseo le tenía trastornado. José oyó luego que Mateo rasguñaba la puerta de la cocina, rasguño en el que Laura

fuese el conocido y estúpido del patrón cotidiano. Y si este nuevo contacto venía, además, apasionado, mimoso, y lo que es más importante, envuelto en las sombras de lo prohibido, se explica aún mejor por qué Laura acogía a José Marino de una manera distinta que a Mateo Marino. Laura, la campesina —lo hemos dicho ya—, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y, entre estos, el gusto del pecado.

Al entrar José en los brazos de la cocinera, del cuerpo de ésta salió una brusca y turbadora emanación. José sintió una extraña impresión y permaneció inmóvil un momento. ¿Qué olor era ése —mitad de mujer y otra mitad desconocida—, que le daba así en el olfato, desconcertándole? ¿De dónde salía? ¿Era el olor de Laura? ¿Y solamente de Laura? José pensó instantáneamente en su hermano. Un calofrío de pudor —de un pudor profundamente humano y tormentoso— le sobrecogió. Sí. Mateo acababa de pasar por allí. Sus instintos viriles retrocedieron, como retrocede o resbala un potro desbocado, al borde de un precipicio. Mas eso duró un segundo. El animal caído volvió a pararse y, desatentado y ciego, siguió su camino.

Si no olvidamos que José no hacía más que engañar a Laura y que la caricia y la promesa terminaban una vez saciados sus instintos, se comprenderá fácilmente por qué José se alejase, unos minutos más tarde, de Laura, diciéndole desdeñosamente y en voz baja:

—Y para esto he esperado horas enteras...

—¡Pero, oiga usted, don José! —le decía Laura, suplicante—. No se aleje usted, que voy a decirle una cosa...

José, incomodándose y sin acercarse a la cocinera, respondió:

-¿Qué cosa?

-Yo creo que estoy preñada...

-¿Preñada? ¡No friegues, hombre! -dijo José con una risa de burla.

-Sí, don José, sí. Yo sé que estoy preñada.

-¿Y cómo lo sabes?

-Porque tengo vómitos todas las mañanas...

-¿Y desde cuándo crees que estás preñada?

-Yo no sé. Pero estoy casi segura.

-¡Ah! -gruñó José Marino, malhumorado-. ¡Eso es una vaina! ¿Y qué dice Mateo?

-Yo no le he dicho nada.

-¿No le has dicho nada? ¿Y por qué no le has dicho?

Laura guardó silencio. José volvió a decirle:

-Responde. ¿Por qué no se lo has dicho a él?

Este *él* sonó y se irguió entre José y Laura como una pared divisoria entre dos lechos. Laura y José conocían muy bien el contenido de esa palabra. Este *él* era el padre presunto, y José decía *él* por Mateo, mientras que Laura pensaba que *él* no era precisamente Mateo, sino José. Y la cocinera volvió, por eso, a guardar silencio.

-¡Eso va ser una vaina! -repitió José, disponiéndose a partir.

Laura trató de retenerlo con un gemido:

-¡Sí, sí! Porque yo no estoy preñada de su hermano, sino de usted...

José rió en la oscuridad, mofándose:

-¿De mí? ¡Preñada de mí? ¡Quieres echarme a mí la pelota de mi hermano?...

-¡Sí! ¡Sí, don José! ¡Yo estoy preñada de usted! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé!...

Un sollozo la ahogó, José argumentaba:

-Pero si yo no he estado contigo hace ya más de un mes...

-¡Sí, sí, sí, sí! Fue la última vez. La última vez...

-¡Pero tú no puedes saber nada!... ¿Cómo vas a saberlo, cuando, muchas veces, en una misma noche, has dormido conmigo y con Mateo?...

Laura, en ese momento, sintió algo que la incomodaba. ¿Era el sudor? ¿Era la posición en que estaba su cuerpo? ¿Eran sus luxaciones? Cambió de posición y algo resbaló por el surco más profundo de su carne... Instantáneamente, cruzó por el corazón de Laura una duda compacta, tenebrosa, inmensa. En efecto. ¿Cómo iba a saber cuál de los dos Marino era el padre de su hijo? Ahora mismo, en ese momento, ella sentía oscuramente gravitar y agitarse en sus entrañas de mujer las dos sangres de esos hombres, confundidas e indistintas. ¿Cómo diferenciarlas?

-¿Pero cómo vas a saberlo? -repetía José imperiosamente.

Laura iba a responder un disparate, pero se contuvo. No. El hijo no podía ser de los dos hermanos Marino. Un hijo tiene siempre un solo padre. La cocinera, sintiéndose en el colmo de su terrible incertidumbre, lanzó un sollozo entrañable y desgarrador. José salió y cerró la puerta silenciosamente.

Al otro día, a las diez de la mañana, los hermanos Marino fueron a ver al subprefecto Luna, por el asunto de los peones. Cuando llegaron a la subprefectura, Luna acababa de afeitarse.

-Antes que nada -dijo el viejo subprefecto, en tono campechano- van a probar ustedes lo que es rico...

Sacó de la otra pieza una botella y unas copas, añadiendo alborozado:

-Adivinen ustedes de dónde viene...

-¿Del chino Chank?

-No, señor -exclamaba Luna, sirviendo él mismo el pisco.<sup>15</sup>

-¿De la vieja Mónica?

-Tampoco.

-¿De casa del juez?

-Menos.

José tomó la primera copa y dijo, saboreándose:

-¿Del cura Velarde?

-¡Eso es!

-¡Pero es estupendo!

-¡Formidable!

-¡Cojonudo!

A la tercera copa, Mateo le dijo al subprefecto:

-Necesitamos, querido subprefecto, dos gendarmes.

15. Bebida alcohólica que se hace con el mosto de la uva, y que es originaria de la ciudad del mismo nombre, al sur de Lima.

-¿Para qué, hombre?... -respondió en broma y ya algo chispo, el viejo Luna-. ¿A quién van a echar bala?...

José alegó:

-Es para ir a ver a unos peones prófugos. ¡Qué quiere usted! La Mining Society nos obliga a poner en las minas cien peones de aquí a un mes. La oficina de Nueva York exige más tungsteno. Y los cholos que tenemos «socorridos», se resisten a cumplir sus contratos y a salir para Quivilca...

El subprefecto se puso serio, argumentando:

-Pero es el caso que yo no dispongo ahora de gendarmes. Los pocos que tengo faltan para tomar a mis conscriptos. Yo también, como ustedes saben, estoy en apuros. El prefecto me obliga a llevarle para el primero del mes próximo, lo menos cinco conscriptos. ¡Y los cholos se han vuelto humo!... No tengo sino dos en la cárcel. Precisamente... -dijo, volviéndose a la puerta de su despacho, que daba sobre la plaza, y llamando en voz alta: -¡Anticona!...

-¡Su señoría! -respondió un gendarme, apareciendo al instante, cuadrándose y saludando militarmente desde la puerta.

-¿Salieron los gendarmes por los conscriptos?

-Sí, su señoría.

-¿A qué hora?

-A la una de la mañana, su señoría.

-¿Cuántos han salido?

-El sargento y tres soldados, su señoría.

-¿Y cuántos gendarmes hay en el cuartel?

-Dos, su señoría.

-¡Ya ven ustedes! -dijo el subprefecto volviéndose a Marino Hermanos-. Tengo los justos para el servicio. Nada más que los justos. ¡Esto es una broma! Porque los mismos gendarmes se hacen los rengos. No quieren secundarme. Son unos borrachos. Unos haraganes. Con tal de que me traigan los conscriptos, les he prometido ascenderlos y premiarlos, y les he dado su pisco, su coca, sus cigarros y, en fin, les he autorizado a que hagan lo que quieran con los indios. ¡Látigo o sable, no me importa! A mí lo que me importa es que traigan gente, sin pararse en mientes ni con contemplaciones...

Luna tomó una expresión de crueldad calofriante. El ordenanza Anticona volvió a saludar y se retiró con la venia del subprefecto. Éste se paseaba, pensativo y ceñudo, y Marino Hermanos estaban de pie, muy preocupados.

-¿A qué hora volverán los gendarmes con los conscriptos? -preguntó José a la autoridad.

-Supongo que en la tarde, a eso de las cuatro o cinco.

-Bueno. Entonces los gendarmes pueden ir con nosotros por los peones, en la noche, entre ocho y nueve, por ejemplo.

-Allí veremos. Porque como se han levantado tan temprano, los gendarmes van a querer descansar esta noche.

-¿Entonces? -dijo José contrariado-. Porque la Mining Society nos exige...

-De otra manera agregó Mateo-, si no se nos proporciona los gendarmes que necesitamos, nos será completamente imposible cumplir con la empresa.

Porque en el Perú, y particularmente en la sierra, a los

obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito. Más todavía. Cuando un obrero se “socorre”, es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.

—En fin —repuso el subprefecto, en tono conciliador—. Ya veremos el modo de arreglarnos y conciliar intereses. Ya veremos. Tenemos tiempo...

Los hermanos Marino, despechados, refunfuñaron a una voz:

—Muy bien. Perfectamente.

El subprefecto sacó su reloj:

—¡Las once menos cuarto! —exclamó—. A las once tenemos sesión de la Junta Conscriptora Militar...

Y precisamente, al instante, empezaron a llegar al despacho subprefectural los miembros de la Junta. El primero en llegar fue el alcalde Parga, un antiguo montonero de Cáceres, muy viejo y encorvado, astuto y ladrón empedernido. Después llegaron juntos el juez de primera instancia, doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el más rico propietario de la provincia. El doctor Ortega sufría de una forunculo-

sis permanente y, originario de Lima, llevaba ya en Colca unos diez años de juez. Una historia macabra se contaba de él. Había tenido una querida, Domitila, a quien parece llegó a querer con frenesí. Pero Domitila murió hacía un año. La gente refería que el doctor Ortega no podía olvidar a Domitila y que una noche, pocas semanas después del entierro, fue el juez en secreto, y disfrazado, al cementerio y exhumó el cadáver. Al doctor Ortega lo acompañaron en este acto dos hombres de toda su confianza. Eran éstos dos litigantes de un grave proceso criminal, a favor de los cuales falló el juez, en pago de sus servicios de esa noche. Mas, ¿para qué hizo el doctor Ortega semejante exhumación? Se refería que, una vez sacado el cadáver, el juez ordenó a los dos hombres que se alejasen, y se quedó a solas con Domitila. Se refería también que el acto solitario —que nadie vio, pero que todos hablaban—, que el doctor Ortega practicara con el cuerpo de la muerta, era una cosa horrible, espantosa... ¿Era esto cierto? ¿Era, al menos presumible? El juez, a partir de la muerte de Domitila, tomó un aire taciturno, misterioso y, más aún, extraño e inquietante. Salía poco a la calle. Se decía, asimismo, que vivía ahora con Genoveva, una hermana menor de Domitila. ¿Qué complejo freudiano y qué morbosa realidad se ocultaba en la vida de este hombre? Barbudo, medio cojo, con un algodón o venda siempre en el cuello, emponchado y recogido, cuando pasaba por la calle o asistía a un acto oficial, miraba vagamente a través de sus anteojos. La gente experimentaba, al verle, un malestar sutil e insopportable. Algunos se tapaban las narices.

El médico Riaño era nuevo en Colca. Joven de unos

treinta años, y según se decía, de familia decente de Ica, vestía con elegancia y tenía una palabra fácil y florida. Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque, en el fondo, no podía esconder un arribismo exacerbado. Soltero y bailarín, tenía locas por él a las muchachas del lugar.

En cuanto al viejo Iglesias, su biografía era muy simple: las cuatro quintas partes de las fincas urbanas de Colca, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, «Tobal», cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía. ¿Cómo adquirió Iglesias tamaña fortuna? Con la usura y a expensas de los pobres. Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravíes, marineras<sup>16</sup> y danzas populares. Una de éstas rezaba así:

*Ahora sí que te conozco  
que eres dueño de Tobal,  
con el sudor de los pobres  
que les quitaste su pan...  
con el sudor de los pobres  
que les quitaste su pan...*

Una numerosa familia rodeaba al gamonal. Uno de sus hijos, el mayor, estaba terminando sus estudios para médi-

16. Baile mestizo de la costa peruana.

co en Lima, y ya se anunciaba su candidatura a la diputación de la provincia.

El subprefecto Luna poseía una ejecutoria administrativa larga y borrascosa. Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinario. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros, prefectos y senadores, estuvo siempre bien. Sin embargo, a causa de su crueldad y falta de tino, no duraba en los puestos. Es así como había recorrido casi toda la república de subprefecto, comisario, mayor de guardias, jefe militar, etcétera. Una sola cosa daba unidad a su vida administrativa: los disturbios, motines y sucesos sangrientos que en todas partes provocaba, en razón de sus intrigas, intemperancias y vicios.

Una vez que los hermanos Marino salieron de la subprefectura, la sesión de la Junta Conscriptora Militar quedó abierta. Leyó el acta anterior el secretario del subprefecto, Boado, un joven lleno de barros en la cara, ronco, de buena letra y muy enamorado. Nadie formuló observación alguna al acta. Luna dijo luego a su secretario:

-Dé usted lectura al despacho.

Boado abrió varios pliegos y empezó a leer en voz alta:

-Un telegrama del señor prefecto del Departamento, que dice así: «Subprefecto. Colca. Requíerole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado.) Prefecto Ledesma.»

En ese momento llenó la plaza un ruido de caballería,

acompañado de un murmullo de muchedumbre. El subprefecto interrumpió a su secretario vivamente:

-¡Espérese! Allí vienen los conscriptos...

El secretario se asomó a la puerta.

-Sí. Son los conscriptos -dijo-. Pero viene con ellos mucha gente...

La Junta Conscriptora suspendió la sesión y todos sus miembros se asomaron a la puerta. Una gran muchedumbre venía con los gendarmes y los conscriptos. Eran, en su mayoría, curiosos, hombres, mujeres y niños. Observaban a cierta distancia y con ojos absortos, a dos indios jóvenes -los conscriptos- que avanzaban a pie, amarrados por la cintura al pescuezo de las cabalgaduras de los gendarmes montados. Tras de cada conscripto, venía su familia llorando. El sargento se detuvo ante la puerta de la subprefectura, bajó de su caballo, se cuadró ante la Junta Conscriptora y saludó militarmente:

-¡Traemos dos, su señoría! -dijo en voz alta y dirigiéndose al subprefecto.

-¿Son conscriptos? -preguntó Luna, muy severo.

-No, su señoría. Los dos son «enrolados».

Algo volvió a preguntar el subprefecto, que nadie oyó a causa del vocerío de la multitud. El subprefecto levantó más la voz, golpeándola imperiosamente:

-¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

-Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, su señoría.

Un viejo muy flaco, cubierto hasta las orejas con un enorme sombrero de junco, doblado el poncho al hombro, la chaqueta y el pantalón en harapos, uno de los

llanques en la mano; se abrió camino entre la multitud y llegó hasta el subprefecto.

-¡Patroncito! ¡Taita! -dijo juntando las manos lastimosamente-. ¡Suéltalo a mi Braulio! ¡Suéltalo! ¡Yo te lo pido,, taita!

Otros dos indios cincuentones, emponchados y llorosos, y tres mujeres descalzas, la liclla prendida al pecho con una espina de penca, vinieron a arrodillarse bruscamente ante los miembros de la Junta Conscriptora:

-¡Por qué, pues, taitas! ¡Por qué pues, al Isidoro! ¡Patroncitos! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Las tres indias -abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez- gemían y suplicaban arrodilladas. El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano al subprefecto. Los otros dos indios -padre y tío de Isidoro Yépez- volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero.

A los pocos instantes había ante la Subprefectura numeroso pueblo. Bajó de su cabalgadura uno de los gendarmes. Los otros dos seguían montados, y junto a ellos estaban de pie los dos «enrolados», cada uno atado a la mula de cada soldado. Braulio Conchucos tendría unos veintitrés años; Isidoro Yépez, unos dieciocho. Ambos eran yanacones de Guacapongo. Ahora era la primera vez que venían a Colca. Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanacones prestaban de ordinario a entidades o perso-

nas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o de mulas con fardos y cajones de contenido misterioso, conducir las yuntas en los barbechos y las cuadrigas de las trillas en parvas piramidales y abundantes, cuidar noches enteras una toma de agua, ensillar y desensillar bestias, segar alfalfa y alcacel, pastear enormes porcadas, caballadas o boyadas, llevar al hombro literas de personajes extraños, muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar montones de papas, amarrados a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres, para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca humedecida de un poco de cañazo o de chicha... Y, luego ser conscripto o «enrolado», es decir, ser traídos a la fuerza a Colca, para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabían estos dos yanacones de *servicio militar obligatorio*? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantía nacionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quiénes podían disfrutarlas? Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscripto o «enrolado», no sabían sino que, de cuando en cuando solían pasar por las jalcas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote. ¿A dónde se

los llevaban así? Nadie lo sabía tampoco. ¿Y hasta cuándo se los llevaban? Ningún indio concripto o «enrolado» volvió ya nunca a su tierra. ¿Morían en países lejanos, de males desconocidos? ¿Los mataban, quién sabe, otros gendarmes o sargentos misteriosos? ¿Se perdían tal vez por el mundo, abandonados en unos caminos solitarios? ¿Eran, quién sabe, felices? No. Era muy difícil ser felices. Los yanaconas no podían nunca ser felices. Los jóvenes concriptos o «enrolados», que se iban para no volver, eran seguramente desgraciados.

Braulio Conchucos, por toda familia, tenía su padre viejo y dos hermanos pequeños, una mujercita de diez y varón de ocho. Su madre murió de tifoidea. Dos hermanos mayores también murieron de tifoidea, epidemia que arrasó mucha gente hacía cuatro o cinco años en Cannas y sus alrededores. Pero el Braulio quería a la Bárbara, hija de unos vecinos vaqueros de Guacapongo, y a quien pensaba hacerla su mujer. Cuando cayeron los soldados en la choza de Braulio, a las cinco de la mañana, y todavía oscuro, los chicos se asustaron y se echaron a llorar. El padre, al partir, siguiendo al «enrolado», les decía:

-¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Váyanse onde la Bárbara!  
¡Que les den de almorzar ahí! ¡Váyanse! ¡No se queden aquí!  
¡Váyanse! ¡Yo vuelvo pronto! ¡Vuelvo con el Braulio!  
¡Vuelvo! ¡Vuelvo!

Los chicos se agarraron fuertemente a las piernas de Braulio y del viejo, llorando:

-¡No, no, taita! ¡No te vayas! ¡No nos dejes! ¡No te vayas!...

Uno de los gendarmes los tomó por los brazos y los apartó de un tirón. Pero, al soltarlos para ir a montar, los chicos se precipitaron de nuevo hacia el viejo y hacia Braulio, llorando desesperadamente e impidiéndoles moverse. El padre los apartaba, consolándolos:

-¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya está! ¡Calléense! ¡Váyanse! ¡Váyanse onde la Bárbara!

Braulio habría querido abrazarlos, pero le habían amarrado los brazos a la espalda.

El sargento, ya a caballo, vociferó con cólera:

-¡Arza, carajo, viejo cojudo! ¡Camina y no nos jodas más!...

La comitiva arrancó. Tomó la delantera el sargento al trote. Luego, un gendarme, con el otro conscripto, Isidoro Yépez, a pie y atado a su mula. Y luego, otro gendarme, y junto a él, Braulio Conchucos, también a pie y atado a su cabalgadura. Un jalón repentino y brutal tiró de la cintura a Braulio, que habría caído al suelo de no ir amarrado estrechamente al pescuezo de la bestia, y Braulio empezó a correr al paso acelerado de las mulas. Cerraba la comitiva, a retaguardia, un tercer gendarme, fumando su cigarro. Detrás, seguían las familias de los «enrolados».

En el momento de ponerse en camino la mula del gendarme que llevaba a Braulio, éste tirado por sus amarras, dio el primer paso atropellando a sus hermanos, que cayeron al suelo. Braulio pisó sobre el vientre de la mujercita. Esta permaneció sin resuellos unos segundos, tendida. El chico volvió a levantarse, medio ciego y tonteado, y siguió un trecho a Braulio y a su padre. Tropezó varias

veces, a causa de la oscuridad, en las piedras del angosto camino, hincándose en las pencas y en las zarzamoras. El tumulto se alejó rápidamente. El chico se detuvo y cesó de llorar, para oír. Un silencio absoluto imperó en torno de la choza. Luego sopló el viento unos segundos en los guirnales plantados junto al pozo. La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos:

-¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!

Entonces Juan, el chico, volvió corriendo a la choza. Los dos subieron a la barbacoa, se taparon con unas jergas y se pusieron a llorar. Las siluetas de los gendarmes, pegándole al viejo y al Braulio y amarrándolo a éste, entre gritos y vociferaciones, estaban fijas en la retina de Juan y de su hermana. ¿Quiénes eran esos monstruos vestidos con tantos botones brillantes y que llevaban escopetas? ¿De dónde vinieron? ¿A qué hora cayeron en la choza? ¿Y por qué venían por el Braulio y por el taita? ¡Y les habían pegado! ¡Les habían dado muchos golpes y patadas! ¿Por qué? ¿Serían hombres también como los demás? Juan lo dudaba, pero su hermana, tragando sus lágrimas, le decía:

-Sí. Son como todos. Como taita y como el Braulio. Yo les vi sus caras. Sus brazos también, y también sus manos. Uno me tiró las orejas, sin que yo le haga nada.

La chica volvió a gemir, y Juan, un poco sofocado y nervioso, le dijo:

-¡Cállate! ¡Ya no llores, porque van a volver otra vez a llevarnos!... ¡Cállate! ¡Son los diablos! Tienen en la cintura unas monturas. Tienen cabezas redondas y picudas. ¡Vas a ver, que van a volver!

-Hablan como todos. Dijeron: «¡Carajo! ¡No te escaparás!» «¡Viejo e mierda!» «¡Camina!» «¡Jijoputa!»... Están vestidos como el burro mojino. Andan muy fuerte. ¿Has visto por onde se fueron?

-Se fueron por la cueva, a la carrera. ¡Van a volver! ¡Vas a ver! ¡Han salido de la cueva! ¡Así decía mama! ¡Que salen de la cueva con espuelas y con látigos y en mulas relinchando y con patas con candelas!

-¡Mientes! Mama no decía así. ¡Estos son cristianos, como nosotros! ¡Vas a ver que mañana volverán otra vez y los verás que son cristianos! ¡Ahí verás! ¡Ahí verás!

Juan y su hermana guardaron silencio. Seguían preguntándose a sí mismos por qué se llevaban al Braulio y taita. ¿A dónde se los llevaban? ¿Los volverían a soltar? ¿Cuándo los soltarán? ¿Qué les harán?... Y la mujercita dijo, tranquilizándose:

-¿Y los otros? ¿Y los hombres y las mujeres que iban con ellos? ¿No ves? ¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Yo sé lo que te digo!

-Los otros -argumentaba en tono siempre febril y temeroso Juan-, los otros sí son cristianos. Pero no son sus compañeros. Los habrán sacado de sus chozas como al taita y al Braulio. Vas a ver que a todos los van a meter en la cueva ¡Vas a ver! ¡Antes que amanezca! Ahí adentro tienen su palacio con unos diablos de reyes. Y hacen sus fiestas. Mandan por gente para que sirvan a los reyes y vivan allí siempre. Unos se escapan, pero casi todos mueren adentro. Cuando están ya viejos los echan a las cande-

las para achicharrarlos vivos. Uno salió una vez y contó a su familia todo...

La hermana de Juan se había quedado dormida. Juan siguió pensando mucho rato en los gendarmes, y, cuando asomaba el día, empezó a tener frío y se durmió.

Guacapongo estaba lejos de Colca. Los gendarmes, para poder llegar a Colca a las once del día, tuvieron que andar rápido, y, con frecuencia al trote. Las familias de los «enrolados» se quedaron a menudo rezagadas. Pero los dos «enrolados», quieran o no quieran, iban al paso de las bestias. Al principio caminaron con cierta facilidad. Luego, a los pocos kilómetros recorridos, empezaron a flaquear. Les faltaban fuerzas para avanzar pareja con las bestias. Eran diestros y resistentes para correr los yanacones, mas esta vez la prueba fue excesiva.

El camino, desde Guacapongo hasta Colca, cambiaba a menudo de terreno, de anchura y de curso; pero, en general, era angosto, pedregoso, cercado de pencas y de rocas y, en su mayor parte, en zigzag, en agudos meandros, cerradas curvas, cuevas a pico y barrancos imprevistos. Dos ríos, el Patarati y el Huayal, atravesaron sin puente. La primavera venía parca en aguas, pero las del Huayal arrastraban todo el año, en esa parte, un volumen encajonado y siempre difícil y arriesgado de pasar.

Un metido de velocidad tremendo tuvo lugar entre las bestias y los «enrolados». Los gendarmes picaban sus espuelas sin cesar y azotaban a contrapunto sus mulas. El galope fue continuo, pese a la tortuosidad y abruptos acci-

dentes de la ruta. Las bestias, mientras fue de noche, se encabritaron muchas veces, resistiéndose a salvar un precipicio, un lodazal, un riachuelo o una valla. El sargento, furibundo, enterraba entonces sus espuelas hasta los talones en los ijares de su caballo y lo cruzaba de riendazos por las orejas y en las ancas, destapándose en ajos y cebollas. Se desmontaba. Sacaba de su alforja de cuero una botella de pisco, bebía un gran trago y ordenaba a los otros gendarmes que hicieran lo propio. Luego llamaba a los deudos de los «enrolados» y les obligaban a empujar al animal. Al fin, las bestias eran empujadas. Tras de un pataleo angustioso en el lodazal, hundidos hasta el pecho, volvían a salir al otro lado del camino. ¿Y los «enrolados»? ¿Cómo salvaban éstos los malos pasos? Como las bestias. Sólo que, a diferencia de ellas, los «enrolados» no ofrecían la menor resistencia. La primera vez que estuvieron ante las gradas de un acantilado a pico y en el que no había la menor traza de camino, Isidoro Yépez osó decir al gendarme que le llevaba:

-¡Cuidado, taita! ¡Nos vamos a rodar!

-¡Calla, animal! -le contestó el gendarme, dándole un bofetón en las narices.

Un poco de sangre le salió a Isidoro Yépez. A partir de ese momento, los dos «enrolados» se sumieron en un silencio completo. Los gendarmes pronto se emborracharon. El sargento quería llegar a Colca cuanto antes, porque a las once tenía una partida de dados en el cuartel con unos amigos. Las indias y los indios que seguían a Yépez y a Conchucos, desaparecían por momentos de la comitiva,

porque conocedores del terreno, y como iban a pie, abandonaban el camino real para salir más pronto por otro lado, cortando la vía a campo traviesa. Lo hacían arañando los peñascos, rodando las lajas, bordeando como cabras las cejas de las hondonadas o atravesando un río a saltos de pedrón en pedrón o a prueba de equilibrio sobre un árbol caído.

Al cruzar el Huayal, ya de día, Braulio Conchucos estuvo a punto de encontrar la muerte. Pasó tras una tenaz resistencia de su caballo, el sargento. Pasó después el gendarme que conducía a Isidoro Yépez, y, cuando la mula del segundo gendarme se vio en medio de la corriente, sus miembros vacilaron y fue arrastrada un trecho por las aguas. Estaba hundida hasta la mitad de la barriga. Las piernas del gendarme no se veían. La angustia de éste fue inmensa. Azuzaba al animal, gritándole y azotándole. El «enrolado», sumergido hasta medio pecho en el río, se mostró por su parte, impasible y tranquilo ante el peligro.

—¡Sal carajo! —le decía, poseído de horror, el gendarme—. ¡Párate bien! ¡Avanza! ¡Sal del agua! ¡Tira a la mula! ¡Tira! ¡Avanza! ¡No te dejes arrastrar!...

A una y otra orilla, los otros gendarmes lanzaban gritos de espanto y corrían enloquecidos, viendo cómo la corriente empezaba a derribar a la mula y a llevársela río abajo, con el gendarme y con el «enrolado». Sólo éste, en medio del peligro, e Isidoro Yépez, al otro lado del Huayal, permanecían mudos, serenos, inalterables. El guardia de Conchucos, en el colmo de su terror y fuera de sí, sólo atinó a abofetear a Braulio ferozmente. Conchucos, ama-

rrado, empezó a sangrar, pero no hizo nada por salir del peligro ni pronunció palabra alguna de protesta. A Isidoro Yépez le habían dado una trompada sólo por haberles advertido contra un riesgo de la ruta. ¿Para qué entonces hablar ni hacer nada? Los yanacones comprendían muy bien su situación y su destino. Ellos no podían nada ni eran nada por sí mismos. Los gendarmes, en cambio, eran todo y lo podían todo. Por lo demás, Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche; ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo no fue sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanacones mozos, y para no soltarlos nunca. ¿Qué más daba entonces perecer ahogado o de cualquiera otra suerte? Además, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez concibieron bruscamente por los gendarmes un rencor sordo y tempestuoso. De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía. Braulio Conchucos experimentaba ante el miedo del gendarme una satisfacción recóndita. ¡Y si el agua se los habría llevado, en buena hora! ¿No estaba ya viendo Braulio que la sangre que corría de su boca, se la llevaba el agua? Sintió luego un chicotazo que le cruzó varias veces la cara y ya no vio más. Un ojo se le tapó. Entonces vaciló todo su cuerpo. Durante un instante la mula y el «enrolado» temblaron como arrancados tallos, a merced de la corriente.

Pero el gendarme, loco de espanto, siguió azotando con todas sus fuerzas al animal y al yanacón. Los chicotazos llovieron sobre las cabezas de Braulio y de la mula.

-¡Carajo! -vociferaba aterrado el gendarme-. ¡Mula! ¡Mula! ¡Anda indio e mierda! ¡Anda! ¡Anda!...

Un postrero esfuerzo de la bestia y ésta alcanzó a ganar el otro borde del Huayal, con su doble carga del gendarme y de Conchucos. Reanudóse la marcha. El sol empezó a quemar. Pasado el Huayal, el camino se paró en una cuesta larga, interminable. Pero el sargento picó más espuelas y blandió más su látigo. Paso a paso subían, aunque sin detenerse, los animales, y junto a ellos, los dos «enrolados». Una que otra vez solamente se paró la comitiva. ¿Por qué? ¿Eran las mulas que ya no podían? ¿Eran mulas y «enrolados» que ya no podían?

-¡Te haces el cojudo por no caminar! -decían los gendarmes a los yanacones-. ¡Anda, carajo! ¡Anda nomás! ¡Avanza y no te cuelgues de la mula! ¡Anda o te muelo a riendazos!...

Los «enrolados» y las bestias sudaban y jadeaban. El pelambre de las mulas se encrespó, arremolinándose en mil rizos y flechas. Por el pecho y por los ijares corría el sudor y goteaba. Mascaban el freno las bestias, arrojando abundante espuma. Los cascos delanteros resbalaban en las lajas o, inmovilizados un instante, se cimbraban arqueándose y doblándose. La cabeza del animal se alargaba entonces, echando las orejas atrás, hasta rozar los belfos el suelo. Las narices se abrían desmesuradas, rojas, reseca. Pero el cansancio era mayor en Yépez y en Conchucos.

Lampiños ambos, la camisa de algodón negra de mugre, sin sombrero bajo el sol abrasador, los encallecidos pies en el suelo, los brazos atados hacia atrás, amarrados por la cintura con un lazo de cuero al pescuezo de las mulas, ensangrentados -Conchucos, con un ojo hinchado y varias ronchas en la cara-, los «enrolados» subían la cuesta cayendo y levantando. ¿Cayendo y levantando? ¡No podían ni siquiera caer! Al final de la cuesta, sus cuerpos exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De sus bocas abiertas, salían espumarajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla. Relajadas por la mortal fatiga y en desgobierno todas sus funciones, estaba defecando y orinándose el conscripto.

-¡Se está cagando este carajo! -vociferó el gendarme que le llevaba, y se tapó las narices.

Los gendarmes se echaron a reír y picaron más espuelas.

Cuando los curiosos se acercaron a Isidoro Yépez, ante la Subprefectura de Colca, también se reían y se alejaban al punto, sacando sus pañuelos. Pero cuando se acercaron a Braulio Conchucos, se quedaban viendo largamente

su rostro doloroso y desfigurado. Algunas mujeres del pueblo se indignaron y murmuraban palabras de protesta. Un revuelo tempestuoso se produjo inmediatamente entre la multitud. Los gendarmes le habían lavado la cara a Conchucos en una acequia, antes de entrar a Colca, pero las contusiones y la hinchazón del ojo resaltaron más. También los soldados reanimaron a los «enrolados», metiéndoles la cabeza largo tiempo en el agua fría. Así pudieron Yépez y Conchucos despertar de su coma y penetrar al pueblo andando.

-¡Les han pegado los gendarmes! -gritaba la muchedumbre-. ¡Veánlos cómo tienen las caras! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Qué lisura! ¡Bandidos! ¡Criminales! ¡Asesinos!...

Muchos vecinos de Colca se mostraban quemados de cólera. Una piedad unánime cundió en el pueblo. La ola de indignación colectiva llegó hasta los pies de la Junta Conscriptora Militar. El subprefecto Luna, dando un paso hacia la vereda, lanzó un grito colérico sobre la multitud:

-¡Silencio! ¿Qué quieren? ¿Qué dicen? ¿Por qué alejan?...

Se le acercó el alcalde Parga.

-¡No haga usted caso, señor subprefecto! -le dijo, tomándolo del brazo-. ¡Venga usted! ¡Venga usted con nosotros!...

-¡No, no! -gruñó violentamente el subprefecto, en quien las copas de pisco apuradas con Marino Hermanos habían producido una embriaguez furiosa.

Luna se irguió todo lo que pudo al borde de la acera y

dijo al sargento, que estaba frente a él, esperando sus órdenes:

-¡Tráigame a los «enrolados»! ¡Hágalos entrar!

-¡Muy bien, su señoría! -respondió el sargento, y transmitió la orden a los gendarmes.

Los «enrolados» fueron desatados de los pescuezos de las mulas e introducidos al despacho de la Junta Conscriptora Militar. Siempre amarrados los brazos atrás y sujetos por la cintura con el lazo de cuero, Yépez y Conchucos avanzaron penosamente, empujados y sacudidos por sus guardias. La muchedumbre, al verlos cárdenos, silenciosos, las cabezas caídas, los cuerpos desfallecientes, casi agónicos, se agitó en un solo movimiento de protesta.

-¡Asesinos! -gruñían hombres y mujeres-. ¡Ahí van casi muertos! ¡Casi muertos! ¡Bandidos! ¡Asesinos!...

Las familias de los yanocones quisieron entrar al despacho del subprefecto, tras de los «enrolados», pero los gendarmes se lo impidieron.

-¡Atrás! -gritó con sorda ira el sargento, desenvainando amenazadoramente su espada.

Una vez que Yépez y Conchucos penetraron, un cordón de gendarmes, rifle en mano, cerraron la entrada a todo el mundo. Algunas amenazas, improperios e insultos dirigieron los gendarmes al pueblo.

-¡Animales! ¡Bestias! ¡No saben ustedes lo que dicen! ¡Ni lo que hacen! ¡Imbéciles! ¡Todos ustedes no son sino unas mulas!.... ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios! ¡Ignorantes!...

La mayoría de los gendarmes eran costeños. De aquí

que se expresasen así de los serranos. Los de la costa del Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de la sierra y la montaña, y éstos devuelven el desprecio con un odio subterráneo, exacerbado.

Agolpada a la puerta de la Subprefectura, y detenida por los rifles de los gendarmes, bullía en creciente indignación la multitud. Un diálogo huracanado se produjo entre la fuerza armada y el pueblo.

-¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

-Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a piedras de sus chozas... ¡Indios salvajes! ¡Criminales!

-¡No, no! ¡Mienten!

-¡Pues, entonces, porque se me da la gana!...

-¡Asesinos! ¿Por qué los traen presos?

-¡Porque se me da la gana!

-¡Qué conscriptos ni conscriptos! ¡Cuando después se los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les sacan su platita y les quitan sus terrenitos y animalitos!... ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!...

Un gendarme lanzó un grito furibundo:

-¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!...

Levantó un rifle e hizo ademán de apuntar al azar sobre la muchedumbre, la cual respondió a la amenaza con un clamor inmenso. Apareció a la puerta del despacho subprefectural, el alcalde Parga.

-¡Señores! -dijo con un respeto protocolar, que escondía sus temores-. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Calma! ¡Calma! ¡Serenidad, señores!...

Un hombre del pueblo emergió entonces de entre la

muchedumbre y, abalanzándose sobre el alcalde Parga, le dijo muy emocionado, pero con energía:

-¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! El pueblo quiere ver en qué queda todo esto, y pide...

Los gendarmes lo agarraron por los brazos y le taparon la boca para impedirle que continuase hablando. Pero el viejo y astuto alcalde de Colca ordenó que le dejaran hablar.

-¡El pueblo, señor, pide que se haga justicia!

-¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!... -coreó la multitud-. ¡Justicia! ¡Justicia contra los que les han pegado! ¡Justicia contra los asesinos!

El alcalde palideció.

-¿Quién es usted? -se agachó a preguntar al audaz que así le habló-. ¡Pase usted! ¡Pase usted al despacho! Entre usted y ya hablaremos.

El hombre del pueblo penetró al despacho subprefectural. Pero para hacer valer los derechos ciudadanos, ¿quién era este hombre de audacia extraordinaria? La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto de esos funcionarios. Más todavía. El más abominable y escandaloso abuso de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental. La impunidad era en la historia de los delitos administrativos y comunales cosa tradicional y corriente en la provincia. Pero he

aquí que ahora ocurría algo nuevo y jamás visto. El caso de Yépez y Conchucos sacudió violentamente a la masa popular, y un hombre salido de ésta se atrevía a levantar la voz, pidiendo justicia y desafiando la ira y la venganza de las autoridades. ¿Quién era, pues, ese hombre?

Era Servando Huanca, el herrero. Nacido en las montañas del Norte, a las orillas del Marañón, vivía en Colca desde hacía unos dos años solamente. Una singular existencia llevaba. Ni mujer ni parientes. Ni diversiones ni muchos amigos. Solitario más bien, se encerraba todo el tiempo en torno a su forja, cocinándose él mismo. Era un tipo de indio puro: salientes pómulos, cobrizos, ojos pequeños, hundidos y brillantes, pelo lacio y negro, talla mediana y una expresión recogida y casi taciturna. Tenía unos treinta años. Fue uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y a los yanacones. Fue el primero asimismo que gritó a favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes contra la injusticia de los hombres. Huanca sentía que en ese dolor y en esa cólera no entraban sus intereses personales sino en

poca medida. Personalmente, él, Huanca, había sufrido raras veces los abusos de los de arriba. En cambio, los que él vio cometerse diariamente contra los trabajadores y otros indios miserables, fueron inauditos e innumerables. Servando Huanca se dolía, pues, y rabiaba, más por solidaridad o, si se quiere, por humanidad, contra los mandones —autoridades o patronos— que por causa propia y personal. También se dio cuenta de esta esencia solidaria y colectiva de su dolor contra la injusticia, por haberla descubierto también en los otros trabajadores cuando se trataba de abusos y delitos perpetrados en la persona de los demás. Por último, Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que ésta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esta voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

—¿Quién es usted? —le preguntó enfadado el subprefecto Luna a Huanca, al verle entrar a su despacho, introducido por el alcalde Parga.

-Es el herrero Huanca -respondió Parga, calmado al subprefecto-. ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡No importa! Quiere ver a los conscriptos, que dice que están muertos, y que es un abuso...

Luna le interrumpió, dirigiéndose, exasperado, a Huanca:

-¡Qué abuso ni abuso, miserable! ¡Cholo bruto! ¡Fuera de aquí!

-¡No importa, señor subprefecto! -volvió a interceder el alcalde-. ¡Déjelo! ¡Le ruego que le deje! ¡Quiere ver lo que tienen los conscriptos! ¡Que los vea! ¡Ahí están! ¡Que los vea!

-¡Sí, señor subprefecto! -añadió con serenidad el herrero-. ¡El pueblo lo pide! Yo vengo enviado por la gente que está afuera.

El médico Riaño, tocado en su liberalismo, intervino:

-Muy bien -dijo a Huanca ceremoniosamente-. Está usted en su derecho, desde que el pueblo lo pide. ¡Señor subprefecto! -dijo, volviéndose a Luna en tono protocolar-. Yo creo que este hombre puede seguir aquí. No nos incomoda de ninguna manera. La sesión de la Junta Conscriptora puede, a mi juicio, continuar. Vamos a examinar el caso de estos «enrolados»...

-Así me parece -dijo el alcalde-. Vamos, señor subprefecto, ganando tiempo. Yo tengo que hacer...

El subprefecto meditó un instante y volvió a mirar al juez y al gamonal Iglesias, y, luego, asintió.

-Bueno -dijo-. La sesión de la Junta Conscriptora Militar, continúa.

Cada cual volvió a ocupar su puesto. A un extremo del despacho, estaban Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, escoltados por dos gendarmes y sujetos siempre de la cintura por un lazo. Los yanacones mostraban una lividez mortal. Miraban con ojos lejanos y con una indiferencia calofriante y vecina de la muerte, cuanto sucedía en torno de ellos. Braulio Conchucos estaba muy agotado. Respiraba con dificultad. Sus miembros le temblaban. La cabeza se le doblaba como la de un moribundo. Por momentos se desplomaba, y habría caído, de no estar sostenido casi en peso por el guardia.

Junto a los yanacones se paró Servando Huanca, el sombrero en la mano, conmovido, pero firme y tranquilo.

Al sentarse todos los miembros de la Junta Conscriptora Militar, llegó de la plaza un vocerío ensordecedor. El cordón de gendarmes, apostado a la puerta, respondió a la multitud con una tempestad de insultos y amenazas. El sargento saltó a la vereda y esgrimió su espada con todas sus fuerzas sobre las primeras filas de la muchedumbre.

-¡Carajo! -aullaba de rabia-. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

El subprefecto Luna ordenó en un gruñido:

-¡Sargento! ¡Imponga usted el orden, cueste lo que cueste! ¡Yo se lo autorizo!...

Un largo sollozo estalló a la puerta. Eran las tres indias, abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez, que pedían de rodillas, con las manos juntas, se les dejase entrar. Los gendarmes las rechazaban con los pies y las culatas de sus rifles.

El subprefecto Luna, que presidía la sesión, dijo:

-Y bien, señores. Como ustedes ven, la fuerza acaba de traer a dos «enrolados» de Guacapongo. Vamos, pues, a proceder, conforme a la ley, a examinar el caso de estos hombres, a fin de declararlos expeditos para marchar a la capital del departamento, en el próximo contingente de sangre de la provincia. En primer lugar, lea usted, señor secretario, lo que dice la Ley de Servicio Militar Obligatorio, acerca de los «enrolados».

El secretario Boado leyó en un folleto verde:

-«Título cuarto. -De los “enrolados”. -Artículo 46: Los peruanos comprendidos entre la edad de diecinueve y veintidós años, y que no cumplieran el deber de inscribirse en el registro del Servicio Militar Obligatorio de la zona respectiva, serán considerados como “enrolados”. -Artículo 47: Los “enrolados” serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes acordadas a los conscriptos en general y contenidas en el artículo 29, título segundo de esta Ley. -Artículo 48:...»

-Basta -interrumpió con énfasis el juez Ortega-. Yo opino que es inútil la lectura del resto de la Ley, puesto que todos los señores miembros de la Junta la conocen perfectamente. Pido al señor secretario abra el registro militar, a fin de ver si allí figuran los nombres de estos hombres.

-Un momento, doctor Ortega -argumentó el alcalde Parga-. Convendrá saber antes la edad de los «enrolados».

-Sí -asintió el subprefecto-. A ver... -añadió, dirigiéndose paternalmente a Isidoro Yépez-. ¿Cuántos años tienes, tú? ¿Cómo te llamas, en primer lugar?

Isidoro Yépez pareció volver de un sueño, y respondió con voz débil y amedrentada:

-Me llamo Isidoro Yépez, taita.

-¿Cuántos años tienes?

-Yo no sé, pues, taita. Veinte o veinticuatro, quién sabe, taita...

-¿Cómo «no sé»? ¿Qué es eso de «no sé»? ¡Vamos! ¿Di, cuántos años tienes? ¡Habla! ¡Di la verdad!

-No lo sabe ni él mismo -dijo con piedad y asqueado el doctor Riaño-. Son unos ignorantes. No insista usted, señor subprefecto.

-Bueno -continuó Luna, dirigiéndose a Yépez-. ¿Estás inscrito en el Registro Militar?

El yanacón abrió más ojos, tratando de comprender lo que le decía Luna, y respondió maquinalmente:

-Escriptu, pues, taita en tus escritus.

El subprefecto renovó su pregunta, golpeando la voz:

-¡Animal! ¿No entiendes lo que te digo? Dime si estás inscrito en el Registro Militar.

Entonces Servando Huanca intervino:

-¡Señores! -dijo el herrero con calma y energía-. Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre indígena ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. Un inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como «enrolado»,

cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscribirse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo que es registro militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni gobierno?...

-¡Silencio! -gritó colérico el juez Ortega, interrumpiendo a Huanca y poniéndose de pie violentamente-. ¡Basta de tonterías!

En ese momento, Braulio Conchucos estiró el cuerpo, y tras de unas convulsiones y de un breve colapso, súbitamente se quedó inmóvil en los brazos del gendarme. El doctor Riaño acudió, le animó ligeramente y dijo con un gran desparpajo profesional:

-Está muerto. Está muerto.

Braulio Conchucos cayó lentamente al suelo.

Servando Huanca dio entonces un salto a la calle entre los gendarmes, lanzando gritos salvajes, roncocos de ira, sobre la multitud:

-¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Lo han matado los soldados! ¡Abajo el subprefecto! ¡Abajo las autoridades! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el pueblo!

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

-¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales! -aullaba el pueblo-. ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

-¡Fuego! ¡Sargento! ¡Fuego! ¡Fuego!...

La descarga de fusilería sobre el pueblo fue cerrada,

larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fue instantáneo. Luego, la descarga se hizo rala, y luego, más espaciada.

Todo no duró sino unos cuantos segundos. Al fin de la borrasca, los gendarmes quedaron dueños de la ciudad. Recorrían enfurecidos la plaza, echando siempre bala al azar. Aparte de ellos, la plaza quedó abandonada y como un desierto. Sólo la sembraban de trecho en trecho los heridos y los cadáveres. Bajo el radiante y alegre sol de mediodía, el aire de Colca, diáfano y azul, se saturó de sangre y de tragedia. Unos gallinazos revolotearon sobre el techo de la Iglesia.

El médico Riaño y el gamonal Iglesias salieron de una bodega de licores. Poco a poco fue poblándose de nuevo la plaza de curiosos. José Marino buscaba a su hermano angustiosamente. Otros indagaban por la suerte de distintas personas. Se preguntó con ansiedad por el subprefecto, por el juez y por el alcalde. Un instante después, los tres, Luna, Ortega y Parga, surgían entre la multitud. Las puertas de las casas y las tiendas volvieron a abrirse. Un murmullo doloroso llenaba la plaza. En torno a cada herido y a cada cadáver se formó un tumulto. Aunque el choque había ya terminado, los gendarmes y, señaladamente, el sargento, seguían disparando sus rifles. Autoridades y soldados se mostraron poseídos de una ira desenfrenada y furiosa, dando voces y gritos vengativos. De entre la multi-

tud, se destacaban algunos comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, funcionarios y gamonales —el viejo Iglesias a la cabeza de éstos—, y se dirigían al subprefecto y demás autoridades, protestando en voz alta contra el levantamiento del populacho y ofreciéndoles una adhesión y un apoyo decididos e incondicionales para restablecer el orden público.

—Han sido los indios, de puro brutos, de puro salvajes —exclamaba indignada la pequeña burguesía de Colca.

—Pero alguien los ha empujado —replicaban otros—. La plebe es estúpida, y no se mueve nunca por sí sola.

El subprefecto dispuso que se recogiese a los muertos y a los heridos y que se formase inmediatamente una guardia urbana nacional de todos los ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos, a fin de recorrer la población en compañía de la fuerza armada y restablecer las garantías ciudadanas. Así fue. A la cabeza de este doble ejército iban el subprefecto Luna, el alcalde Parga, el juez Ortega, el médico Riaño, el hacendado Iglesias, los hermanos Marino, el secretario subprefectural Boado, el párroco Velarde, los jueces de paz, el preceptor, los concejales, el gobernador y el sargento de la gendarmería.

En esta incursión por todas las calles y arrabales de Colca, la gendarmería realizó numerosos prisioneros de hombres y mujeres del pueblo. El subprefecto y su comitiva penetraban en las viviendas populares, de grado o a la fuerza, según los casos, apresaban a quienes se suponía haber participado, en tal o cual forma, en el levantamiento. Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsa-

bles de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares. Además de los gendarmes, se armó de rifles y carabinas un considerable sector de ciudadanos y, en general, todos los acompañantes del subprefecto, llevaban, con razón o sin ella, sus revólveres. De esta manera, ningún indio sindicado en el levantamiento pudo escapar al castigo. Se desfondaba de un culatazo una puerta, cuyos habitantes huían despavoridos. Los buscaban y perseguían entonces revólver en mano, por los techos, bajo las barbacoas y cuyeros, en los terrados, bajo los albañales. Los alcanzaban, al fin, muertos o vivos. Desde la una de la tarde, en que se produjo el tiroteo, hasta medianoche, se siguió disparando sobre el pueblo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

-Aquí, señor subprefecto -rezongaba rencorosamente el párroco-; aquí no cabe sino mano de hierro. Si usted no lo hace así, la indiada puede volver a reunirse esta noche y apoderarse de Colca, saqueando, robando, matando...

A las doce de la noche, el Estado Mayor de la guardia urbana, y, a la cabeza de él, el subprefecto Luna, estaba concentrado en los salones del Concejo Municipal. Después de un cambio de ideas entre los principales personajes allí reunidos, se acordó comunicar por telégrafo lo sucedido a la Prefectura del Departamento. El comunicado fue así concebido y redactado: «Prefecto. Cuzco.- Hoy una tarde, durante sesión Junta Conscriptora Militar provincia, fue asaltada bala y piedras Subprefectura por populacho amotinado y armado. Gendarmería restableció or-

den respetando vida intereses ciudadanos. Doce muertos y dieciocho heridos y dos gendarmes con lesiones graves. Investigo causas y fines asonada. Acompañanme todas clases sociales, autoridades, pueblo entero. Tranquilidad completa. Comunicaré resultado investigaciones proceso judicial sanción y castigo responsables triste acontecimiento. Pormenores correo. (Firmado.) Subprefecto Luna.»

Después, el alcalde Parga ofreció una copa de coñac a los circunstantes, pronunciando un breve discurso.

—¡Señores! —dijo, con su copa en la mano—. En nombre del Concejo Municipal, que tengo el honor de presidir, lamento los desgraciados acontecimientos de esta tarde y felicito al señor subprefecto de la provincia por la corrección, justicia y energía con que ha devuelto a Colca el orden, la libertad y las garantías ciudadanas. Asimismo, interpretando los sentimientos e ideas de todos los señores presentes —dignos representantes del comercio, la agricultura y administración pública—, pido al señor Luna reprima con toda severidad a los autores y responsables del levantamiento, seguro de que así le seremos más agradecidos y de que lo acompaña lo mejor de la sociedad de Colca. ¡Señores: por nuestro libertador, el subprefecto señor Luna, salud!

Una salva de aplausos premió el discurso del viejo Parga y se apuró el coñac. El subprefecto contestó en estos términos:

—Señor alcalde: Muy emocionado por los inmerecidos elogios que me habéis brindado, yo no tengo sino que agradecerlos. Verdaderamente, yo no he hecho sino cum-

plir con mi deber. He salvado a la provincia de los desmanes y crímenes del populacho enfurecido, ignorante e inconsciente. Eso es todo lo que he hecho por vosotros. Nada más señores. Yo también lamento lo sucedido. Pero estoy resuelto a castigar sin miramiento y sin compasión a los culpables. Lo que ha hecho la gendarmería no es nada. Yo les haré comprender a estos indios brutos y salvajes que así nomás no se falta a las autoridades. Yo os prometo castigarlos, hasta el último. ¡Salud!

La ovación a Luna fue resonante y viril, como su propio discurso. Muchos abrazaron al alcalde y al subprefecto, felicitándolos emocionados. Se sirvió otra copa. Pronunciaron otros discursos el juez Ortega, el cura Velarde y el doctor Riaño, todos condenando al bajo pueblo y reclamando contra él un castigo ejemplar. Los hermanos Marino y el hacendado Iglesias, expresándose mitad en discurso y mitad en diálogo, pedían con insistencia una represión sin piedad con la indiada. Iglesias dijo en tono vengativo:

-Hay que agarrar al herrero, que era el más listo, y el que empujó a los otros. Debe de haber huido. Pero hay que perseguirlo y darle una gran paliza al hijo de puta...

José Marino argumentaba:

-¡Qué paliza ni paliza! ¡Hay que meterle un plomo en la barriga! ¡Es un cangrejo! ¡Un loco de mierda!

-Yo creo que ha caído muerto en la plaza- apuntó tímidamente el secretario Boado.

El subprefecto rectificó.

-No. Fue el primero en escapar, al primer tiro. Pero hay que agarrarlo. ¡Sargento! -llamó en alta voz.

El sargento acudió y saludó, cuadrándose:

-¡Su señoría!

-¡Hay que buscar al herrero Huanca sin descanso! Hay que encontrarlo a cualquier precio. Dondequiera que se halle, hay que «comérselo». ¡Un tiro en las tripas y arreglado! ¡Sí! ¡Haga usted lo posible por traerme su cadáver! ¡Yo ya le he dicho que su ascenso a alférez es un hecho!

-Muy bien, su señoría -respondió con entusiasmo el sargento-. Yo cumpliré sus órdenes. ¡Pierda usted cuidado!

De cuando en cuando se oía a lo lejos, y en el silencio de la noche, disparos de revólver y de carabinas, hechos por los grupos de la guardia urbana, que rondaban la ciudad. En los salones municipales, las copas de coñac se repetían, y el cura Velarde, el subprefecto Luna y José Marino empezaron a dar signos de embriaguez. Una espesa humareda de cigarros llenaba la atmósfera. La reunión se hacía cada vez más alegre. Al tema del tiroteo, sucedieron muy pronto otros rientes y picarescos. En un grupo formado por el sargento, un gendarme y un juez de paz, éste exclamaba un poco borracho ya y muy colorado:

-¡Pero qué indios tan idiotas!

El sargento decía jactancioso:

-¡Ah! ¡Pero yo los he jodido! Apenas vi al herrero saltar a la plaza gritando: «¡Un muerto!» «¡Un muerto!», le di a un viejo que estaba a mi lado un soberbio culatazo en la frente y lo dejé tieso. Después me retiré un poco atrás y empecé a disparar mi rifle sobre la indiada, como una ametralladora: iran!, iran!, iran!, iran! ¡Carajo! Yo no sé

cuántos cayeron con mis tiros. Pero lo que yo sé es que no vi sino una polvareda de los diablos y vacié toda mi canana... ¡Ahé ¡Carajo! ¡Yo me he «comido», yo solamente, lo menos siete, sin contar los heridos!...

-¡Y yo! -exclamó con orgullo el gendarme-. ¡Y yo! ¡Carajo! Yo no les dejé a los indios ni siquiera menearse. Antes que tirasen ni una sola piedra, yo me había «comido» ya dos, a boca de jarro, ahí nomás, junto a mí. Uno de ellos fue una india que desde hacía rato me estaba jodiendo con que «¡patroncito, patroncito!». De un culatazo en la panza, la dejé seca... El otro se me arrodilló a pedirme perdón y a llorar, pero le quebré las costillas de un solo culatazo...

El juez de paz les oía poseído de un horror que no podía ocultar. Sin embargo, decía entusiasmado a los soldados:

-¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Indios brutos! ¡Animales! ¡Lo que debía haber hecho es «tirarse» al cholo Huanca! ¡Qué lástima de haberlo dejado vivo! ¡Caramba!

-¡Ah! -juraba el sargento, moviendo las manos-. ¡Ah! ¿Ése? ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán ustedes cómo me lo «como»! ¡Déjenlo a mi cargo! El subprefecto me ha dicho que si yo le traigo el cadáver del herrero, que cuente con mi ascenso a oficial...

Pero una conversación más importante aún se desarrollaba en ese momento entre los hermanos Marino y el subprefecto Luna. José Marino había llamado aparte a Luna, tomándole afectuosamente por un brazo:

-¡Permítame, querido subprefecto! -le dijo-. Quiero tomar una copa con usted.

Mateo Marino sirvió tres copas y los tres hombres se fueron a un rincón, copa en mano.

-¡Mire usted! -dijo José Marino en voz baja al subprefecto-. Yo, ya lo sabe usted, soy un verdadero amigo, su amigo de siempre. Yo se lo he probado varias veces. Mi simpatía por usted ha sido siempre grande y sincera. Muchas veces, sin que usted lo sepa -a mí no me gusta decir a nadie lo que yo hago por él-, muchas veces he conversado con míster Taik y Weiss en Quivilca sobre usted. Ellos le tienen mucho aprecio. ¡Ah! ¡Sí! A mí me consta. A mí me consta que están muy contentos con usted. ¡Muy contentos! Algunos de aquí -dijo, aludiendo con un gesto a los personajes allí reunidos- le han escrito a míster Taik repetidas veces contra usted...

-¡Sí! ¡Sí! -dijo sonriendo con suficiencia Luna-. Ya me lo han dicho. Ya lo sabía...

-Le han escrito chismeándolo y poniéndolo mal y diciéndole que usted no es más que un agente del diputado doctor Urteaga y que aquí no hace usted más que servir a Urteaga en contra de la Mining Society...

El subprefecto sonreía con despecho y con rabia. José Marino añadió, irguiéndose y en tono protector:

-Yo, naturalmente, lo he defendido a usted a capa y espada. Hay más todavía. Míster Taik estaba ya creyendo esos chismes y un día me hizo llamar a su escritorio y me dijo: «Señor Marino: Lo he hecho llamar a mi escritorio para hablar con usted sobre un asunto muy grave y muy

secreto. Siéntese y contéstele lo que voy a preguntarle. ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el subprefecto Luna? Hágame el favor de contestarme con entera franqueza. Porque me escriben de Colca tantas cosas contra Luna, que francamente, no sé lo que hay en todo esto de cierto. Por eso quiero que usted me diga sinceramente cómo se conduce Luna con ustedes. ¿Les presta toda clase de facilidades para el enganche de peones? ¿Los apoya y está con ustedes? Porque la Mining Society hizo nombrar a Luna subprefecto con el único fin de tener la gendarmería a nuestro servicio para lo que toca a la peonada. Usted lo sabe muy bien. El resto es de menor importancia: que Luna está siempre con los correligionarios políticos de Urteaga; que se emborracha con quien quiere, eso no significa nada.» Así me dijo el gringo. Estaba muy enojado. Yo le dije entonces que usted se portaba correctamente con nosotros y que no teníamos nada de qué quejarnos. «Porque —me dijo el gringo—, si Luna no se porta bien con ustedes, yo comunico esto inmediatamente a nuestro escritorio de Lima, para hacerlo destituir en el día. Usted comprende que nuestra empresa representa intereses muy serios en Perú y no estamos dispuestos a ponerlos a merced de nadie.» Así me dijo el gringo. Pero yo le contesté que esos chismes no eran ciertos y que usted era nuestro, completamente nuestro...

—¡Pero si todo eso es mentira! —exclamaba Luna—. Ustedes, más que nadie, son testigos de mi lealtad absoluta y de mi devoción incondicional a Míster Taik...

—¡Naturalmente! —decía José Marino, echando la barri-

ga triunfalmente-. Por eso, precisamente, lo defendí a usted en toda la línea, y míster Taik me dijo: «Bueno, señor Marino: su respuesta, que yo la creo franca, me basta.»

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -exclamó Mateo Marino.

El subprefecto Luna, emocionado, respondió a José Marino:

-Yo le agradezco muy de veras, mi querido don José. Y ya sabe usted que soy su amigo sincero, decidido a hacer por ustedes todo lo que pueda. Díganme solamente lo que quieren y yo lo haré en el acto. ¡En el acto! ¡Sí! ¡Como ustedes lo oyen!

-¡Muy bien! ¡Pero muy bien! -volvió a decir Mateo Marino-. ¡Y, por eso, señor subprefecto, bebamos esta copa!

-¡Sí, por usted! -brindó José Marino, dirigiéndose a Luna-. ¡Por nuestra grande y noble amistad! ¡Salud!

-¡Por eso! ¡Por Marino Hermanos! -decía el subprefecto-. ¡Salud! ¡Y por míster Taik y Weiss! ¡Y por la Mining Society! ¡Y por los Estados Unidos! ¡Salud!

Varias copas más tomaron los tres hombres. En una de éstas, José Marino le preguntó al subprefecto Luna, siempre aparte y en secreto:

-¿Cuántos indios han caído hoy presos?

-Alrededor de unos cuarenta.

José Marino iba a añadir, pero se contuvo. Al fin, habló así a Luna:

-¿Recuerda usted lo que le dijimos esta mañana sobre los peones?...

-Sí. Que necesitan cien peones para las minas...

-Exactamente. Pero hay una cosa: yo creo que podríamos hacer una cosa. Mire usted: como usted no tiene aún gendarmes suficientes para perseguir en el día a nuestros peones prófugos, y como usted no va a saber qué hacer con todos esos indios que están ahora presos en la cárcel, ¿por qué no nos da usted unos cuantos, para enviarlos a Quivilca inmediatamente?

-¡Ah! ¡Eso!... -exclamó el subprefecto-. Usted comprende. La cosa es un poco difícil. Porque... ¡Espere usted! ¡Espere usted!...

Luna se agarró el mentón, pensativo, y terminó diciendo a José Marino en voz baja y cómplice:

-No hablemos más. Entendidos. Se lo prometo.

Mateo Marino corrió y trajo tres copas.

-¡Señores! -exclamó copa en mano y en alta voz José Marino, dirigiéndose a todos los concurrentes-. Yo les invito a beber una copa por el señor Roberto Luna, nuestro grande subprefecto, que acaba de salvarnos de la india. Y, señores, puedo asegurarles que el gobierno sabrá premiar lo que ha hecho hoy el señor Luna en favor de Colca. Y yo propongo firmar aquí mismo todos los presentes un memorial al ministro de Gobierno, expresándole la gratitud de la provincia al señor Luna. Además, propongo que se nombre una Comisión que se encargue de organizar un homenaje al señor Luna, con un gran banquete y con una medalla de oro, obsequio de los hijos de Colca...

-¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hip, hip hip! ¡Hurra!...

Hubo un revuelo intenso en los salones municipales.

El juez, doctor Ortega, ya muy borracho, llamó a uno de los gendarmes y le dijo:

-Vaya usted a traer la banda de músicos. Despiértelos a los cholos cueste lo que cueste y dígales que el subprefecto, el juez, el alcalde, el cura, el médico y todo lo mejor de Cannas, está aquí, y que vengan inmediatamente.

El médico Riaño opuso un escrúpulo:

-¡Doctor Ortega! ¿Cree usted que debe traer la música?

-¡Pero es claro! ¿Por qué no?

-Porque como ha habido muertos hoy, la gente va a decir...

-¿Pero qué gente? ¿Los indios? ¡Qué ocurrencia! ¡Vaya usted, vaya nomás! -volvió a decir el juez al gendarme.

Y el gendarme fue a traer la música corriendo.

A la madrugada, los salones municipales estaban convertidos en un local de fiestas. La banda de músicos tocaba valeses y marineras entusiastas, y una jarana delirante se produjo. Muchos se habían retirado ya a dormir, pero los que quedaron -una quincena de personas- se encontraban completamente ebrios. Bailaban entre hombres. Los más dados a la marinera eran el cura Velarde y el juez Ortega. El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenamozas. Pero alguien aseguró que no se podía ir, porque el padre de las indias había caído herido en la plaza.

Tomados del brazo, el alcalde Parga, el subprefecto

Luna y los hermanos Marino, discutían acaloradamente. El alcalde balbuceaba, bamboleándose de borracho:

-¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

-¡No sólo de Colca -argumentaba Mateo Marino-, sino del Departamento! ¡Ellos mandan! ¡Qué carajo! ¡Viva míster Taik, señores!...

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales, explicaba entusiastamente a sus amigos:

-¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres, los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas! ¡Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo con dólares de Nueva York! ¡Ah! ¡Eso es una cosa formidable! ¡Y van a ver ustedes que la guerra europea no terminará, mientras no entren en ella los Estados Unidos! ¡Acuérdense de lo que les digo! ¡Pero es claro! ¡Ese Wilson es cojonudo! ¡Qué talento! ¡Qué discursos que pronuncia! ¡El otro día leí uno!... ¡Carajo! ¡No hay que dudar!...

José Marino adujo enérgicamente:

-¡Pero, sobre todo, la Mining Society! ¡Es el más grande Sindicato minero en el Perú! ¡Tiene minas de cobre en el Norte, minas de oro y plata en el Centro y en el Sur! ¡Por todas partes! ¡Míster Weiss me decía en Quivilca lo que es la Mining Society! ¡Qué enorme empresa! ¡Oh!

¡Sólo les digo que los socios de la Mining son los más grandes millonarios de los Estados Unidos! ¡Muchos de ellos son banqueros y son socios de otros mil Sindicatos de minas, de azúcar, de automóviles, de petróleo! ¡Mister Taik y Weis solamente, disponen de fortunas colosales!...

—¡Bueno, señores! —dijo, acercándose el cura Velarde del brazo del juez Ortega—. ¿De qué se trata?

—¡Aquí —respondió con orgullo Mateo Marino—, aquí, hablando de los yanquis!

—¡Ah! —exclamó el cura—. ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. ¡Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fui al Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agachársele!...

Mateo Marino ordenó a los músicos en alta voz:

—¡Un «ataque»! ¡Un «ataque»! ¡Un «ataque»!

Los músicos, que estaban en el corredor e ignoraban de lo que se hablaba dentro de los salones, tocaron un «ataque» fogoso, rítmico y algo monótono. Un vocerío confuso y ensordecedor se produjo en los salones. Todos tenían una copa en la mano y todos hablaban a gritos y a la vez:

—¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la Mining Society! ¡Vivan los norteamericanos! ¡Viva Wilson! ¡Viva míster Taik! ¡Viva míster Weiss! ¡Viva Quivilca! ¡Viva, señores, el subprefecto de la provincia! ¡Viva el alcalde! ¡Viva el juez de primera instancia! ¡Viva el señor Iglesias! ¡Viva

Marino Hermanos! ¡Abajo los indios! ¡Abajo!...

En medio de la bulla, y entre las notas entusiastas del «ataque», sonaron varios tiros de revólver. El juez Ortega y el cura Velarde sacaron sus pañuelos y se pusieron a bailar. Los músicos, al verlos, pasaron a tocar, sin solución de continuidad, la fuga de una marinera irresistible. Los demás rodearon al cura y al juez, haciendo palmas y dando gritos estridentes y frenéticos.

El día empezó a rayar tras de los cerros nevados y lejanos de los Andes.

\* \* \*

Al día siguiente, el doctor Riaño hizo la autopsia de los cadáveres. Tres de los heridos habían muerto a la madrugada. Algunos de los cadáveres fueron enterrados por la tarde.

El subprefecto Luna, a eso de la una del día, y todavía en su cama, recibió, entre su correo matinal, la respuesta telegráfica del prefecto. El telegrama decía: «Subprefecto Luna. Colca. - Deplorando sucesos, felicítolo actitud ante atentado indiada y restablecimiento orden público. (Firmado.) Prefecto Ledesma.» Luna empezó a leer sus cartas y periódicos. Súbitamente, con una sonrisa de satisfacción, llamó a su ordenanza Anticona:

-¡Anticona!

-Su señoría.

-Vaya usted a llamar al señor José Marino. Dígale que le estoy esperando y que venga inmediatamente.

-Muy bien, su señoría.

A los pocos momentos, José Marino entraba al dormitorio del subprefecto, contento y sonriente:

-¿Qué tal? ¿El sueño, ha sido bueno?

-Sí -dijo Luna con gesto de fatiga-. Pase usted. Siéntese. Las copas a mí me hacen siempre mucho daño. La vejez. ¡Qué quiere usted!

-¡Yo, no! ¡Yo he dormido como un chanco!<sup>17</sup>

-Bueno, mi querido Marino. ¡Acabo de recibir telegrama del prefecto! ¡Mire usted!...

El subprefecto le tendió el telegrama y José Marino leyó mentalmente.

-¡Estupendo! -exclamaba Marino-. ¡Estupendo! ¡Ya ve usted, ya se lo decía yo ayer! ¡Naturalmente! El prefecto y el ministro tienen que aprobar lo que ha hecho. Además, yo voy a escribirle en seguida a míster Taik contándole lo que ha pasado y diciéndole que lo recomiende a usted inmediatamente al Cuzco y a Lima, a fin de que se apruebe lo de ayer y no lo muevan de Cannas.

-¡Eso es! ¡Eso es! ¡Bueno! Esto lo dejo al cuidado suyo. En cuanto a los indios que están presos, me parece que usted puede tomar unos quince para las minas. Ahí también acabo de leer en el periódico la entrada de los Estados Unidos a la guerra europea.

-¿Sí? -preguntó José Marino, alborotado.

-¡Sí, sí, sí! Acabo de leerlo en el periódico.

-Entonces, míster Taik ya debe también saberlo a estas

17. Cerdo.

horas y habrá redobrado los trabajos de las minas. Tiene que enviar inmediatamente a Mollendo, para ser embarcado a Nueva York, un gran lote de tungsteno.

-Por eso, justamente, lo he llamado, para decirle que, en vista del apuro de peones en que está la Mining Society, disponga usted, hoy mismo, si lo quiere, de quince indios de los que tengo ahora en la cárcel.

-¿No es posible tomar de ahí unos veinte?

-Por mi parte, yo lo haría con mucho gusto. Ya sabe usted que yo estoy aquí para servirles a ustedes, y eso es lo único que me interesa. Yo sé que mientras míster Taik esté contento y satisfecho de mí, no tengo nada que temer. Pero ya les he dicho ayer que yo necesito también lo menos cinco «conscriptos» antes de fin de mes. De los indios que hay en la cárcel, tengo que tomar también tres que me faltan para completar mi contingente. Yo no puede quedar mal con el prefecto. Póngase usted en mi lugar. Además, no conviene ir muy lejos en esto de los indios para Quivilca. Hay que desconfiarse de Riaño y del viejo Iglesias. Si el viejo Iglesias llega a saber que yo les he dado a ustedes veinte indios para Quivilca, él va a querer también otros tantos para su hacienda, y, como siempre está escribiéndose con Urteaga, puede indisponerme con el gobierno...

Pero si tenemos a míster Taik con nosotros...

-Sí, sí; pero siempre es bueno estar bien con el diputado...

-¡No, no, no! Yo le aseguro, además, que el viejo Iglesias no tiene por qué saberlo. Quivilca está lejos. Una

vez que los indios estén en las minas, nadie sabrá de ellos nada, ni dónde están ni qué es lo que hacen, ni nada.

-¿Y las familias de los indios? ¿Y si van a Quivilca?

-Muy bien; pero usted se lo impide, no se moverán ni harán nada. Además, a todo el mundo hay que decirles que se les ha puesto en libertad y que los indios han huido después de miedo. Haciéndolo así, si se llega a saber que algunos de ellos están en las minas, se puede decir que ellos mismos se habían ido a Quivilca, de miedo al juicio por los sucesos de ayer...

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Las calles estaban desiertas. Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca. Allí se formó el grupo completo de los veinte indios prometidos por Luna a Marino Hermanos, y a las cuatro de la mañana fue la partida para las minas de tungsteno. Los veinte indios iban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Custodiaban el desfile, a caballo, José y Mateo Marino, un gendarme y cuatro hombres de confianza, pagados por los hermanos Marino. Los siete guardias de los indios iban armados de revólveres, de carabinas y de abundante munición.

La marcha de estos forzados, para evitar encuentros

azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados.

Nadie dijo a estos indios nada. Ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿A dónde se les estaba llevando? Quién sabe al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca. ¡Pero si ellos no habían hecho nada! ¡Pero quién sabe! ¡Quién sabe! O tal vez los estaban llevando a ser concriptos. ¿Pero también los viejos podían ser concriptos? ¡Quién sabe! Y, entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Sería que estaban ayudando al subprefecto? ¿O acaso se los estaban llevando a botarlos lejos, en algún sitio espantoso, por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos así, tan lejos? ¡Quién sabe! ¡Pero ni un poco de cancha! ¡Ni un puñado de trigo o de harina de cebada! ¡Y ni siquiera una bola de coca! Cuando ya fue de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed. ¡Pero ni siquiera un poquito de chicha! ¡Ni un poco de cañazo! ¡Ni un poco de agua! ¿Y las familias? ¡La pobre Paula, embarazada! ¡El Santos, todavía tan chiquito! ¡El taita Nico, que se quedó almorzando en el corral! ¡La mama Dolores, tan flacuchita la pobre y tan buena! ¡Y los rocotos amarillos, grandes ya! ¡El tingo de maíz, verde, verde! ¡Y el gallo cenizo; para llevarlo a Chuca!... ¡Ya todo iba quedando lejos!... ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

### III

Pocas semanas después, el herrero Huanca conversaba en Quivilca con Leónidas Benites y el apuntador y ex amante de la finada Graciela. Era de noche. Estaban en el rancho del apuntador, situado en el campamento obrero, pero muy a las afueras de Quivilca, cerca ya de las quebradas de «Sal si puedes». En el único cuarto del rancho miserable, donde el apuntador vivía solo, ardía, junto a la cama, un candil de kerosene. Por todo mueble, un burdo banco de palo y dos troncos de alcanfor para sentarse. En los muros de cercha, empapelados de periódicos, habían pegado con goma unas fotografías arrancadas de «Variedades»; de Lima. Los tres hombres hablaban misteriosamente y en voz baja. Con frecuencia, callaban y aguaitaban con cautela entre los magueyes de la puerta hacia la rúa desierta y hundida en el silencio de la puna. ¿Qué insólito motivo había podido juntar en un ambiente semejante a estos hombres tan distintos unos de otros? ¿Qué inaudito acontecimiento había sacudido a Benites, al punto de agitarlo y arrastrarlo hasta el humilde apuntador y, lo que era más

extraño, hasta Servando Huanca, el herrero rebelde y taciturno? ¿Y cómo, de otra parte, había ido a parar Huanca a Quivilca, después de los sucesos sangrientos de Colca?

-¿Estamos, entonces, de acuerdo? -preguntó vivamente Huanca a Benites y al apuntador.

Benites parecía vacilar, pero el apuntador, en tono de plena convicción, respondía:

-¡Ya lo creo! ¡Yo estoy completamente convencido!

Servando Huanca volvió a la carga sobre Benites.

-Pero, vamos a ver, señor Benites. ¿Usted no está convencido de que los gringos y los Marino son unos ladrones y unos criminales y que viven y se enriquecen a costa de la vida y la sangre de los indios?

-Completamente convencido -dijo Benites.

-¿Entonces? Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en todas las minas y en todos los países del mundo: en el Perú, en la China, en la India, en Africa, en Rusia...

Benites interrumpió...

-Pero no en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, porque allí los obreros y la gente pobre está muy bien...

-¿«La gente pobre está muy bien»? ¿Qué es eso de que «la gente pobre está muy bien»? Si es pobre, no puede entonces estar bien...

-Es decir, que los patrones de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de los Estados Unidos no son tan malos ni explotan tanto a sus compatriotas como hacen con los indígenas de los otros países...

Muy bien, muy bien. Los patrones y millonarios fran-

ceses, yanquis, alemanes, ingleses, son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero son también muy ladrones y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patronos y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y campesinos? Se han levantado contra los patronos, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el gobierno, y los han botado, y ahora hay otro gobierno...

-Sí. Sí. Sí he leído en «El Comercio» -decía Benites-. Pero se han levantado sólo contra el zar. No contra los patronos y ricos hacendados, porque hay siempre patronos y millonarios... Sólo han botado al zar.

-¡Sí; pero ya van a ver ustedes!...

-¡Claro! -dijo Benites entusiasmándose-. Hay en el nuevo gobierno de Rusia un gran hombre, que se llama... Que se llama...

-¡Kerensky! -dijo Huanca.

-Ése, ése, Kerensky. Y ése dicen que es muy inteligente, un gran orador y muy patriota, y que va a hacer justicia a los obreros y a los pobres...

Servando Huanca se echó a reír, repitiendo con zumba:

-Sí; porque es muy inteligente y honrado y muy patriota...

-Será otro zar, y nada más! -dijo enérgicamente el

herrero—. Los inteligentes nunca hacen nada de bueno. Los que son inteligentes y no están con los obreros y con los pobres, sólo saben subir y sentarse en el gobierno y hacerse, ellos también, ricos y no se acuerdan más de los necesitados y de los trabajadores. Yo he leído, cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un sólo hombre en todo el mundo, que se llama Lenin, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patronos y hacendados criminales. ¡Ese sí que es un gran hombre! ¡Y van a ver! Dicen que es ruso y que los patronos de todas partes no le pueden ver ni pintado, y han hecho que los gobiernos lo persigan para fusilarlo...

El agrimensor decía incrédulo:

—No hará tampoco nada. ¿Qué va a hacer, si lo persiguen para fusilarle?

—¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondidido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese Kerensky y lo va a botar y va a poner en el gobierno a los obreros y a los pobres. ¡Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patronos, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el gobierno!

Benites sonreía con escepticismo. El apuntador, en cambio, oía con profunda unción al herrero.

—Eso —dijo Benites muy preocupado—, eso es muy

difícil. Los indios y los peones no pueden ser gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además, hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales —abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores— no pueden hacer nada, y no podrán, no podrán, ¡y no podrán nunca! Segundo, que los obreros así estuviesen preparados para gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros sólo ponen su trabajo...

—Muy bien. ¡Pero entendámonos, señor Benites! ¡Ya les he dicho que!...

—Sí. De acuerdo. Estamos acordes en que deben gobernar sólo los que...

—¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón.

Benites protestó:

—¡No, señor! ¡No, señor!...

—¡Sí, señor! ¡Sí! —decía el herrero enardecido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —decía también con ímpetu el apuntador—. Los médicos, los ingenieros y todos esos que se las dan de señoritos inteligentes, son unos ladrones y esquilman a los indios y a los pobres. ¡Sí! ¡Sí! ¡Usted mismo —añadió irritado el apuntador, dirigiéndose a boca de jarro al agrimensor—, usted mismo y el profesor Zavala y el ingeniero Rubio tomaron parte en la muerte de la Graciela en el bazar!...

-¡No, señor! ¡Está usted equivocado! -argumentaba en tono amedrentado Benites.

-¡Sí! ¡Sí! -decía el apuntador, desafiando al agrimensor-. Usted es un hipócrita, que sólo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más. Usted y Rubio fueron los primeros con el coche Marino, en quitarles sus chacras, sus animales y sus granos a los soras, robándoles y metiéndoles después en la mina, para hacerlos morir entre las máquinas y la dinamita como perros... Usted quiere ahora engañarnos y decir que quiere ponerse con nosotros cuando no es cierto. Usted se irá con los gringos y con los Marinos apenas le vuelvan a llamar y a dar un puesto. Y entonces, usted será el primero en traicionarnos y decir a los patrones lo que estamos haciendo y lo que estamos diciendo aquí. ¡Sí! ¡Así son los ingenieros y todos los profesores y doctores, y curas, y todos, todos! ¡No hay que creerles a ustedes nada! ¡Nada! ¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Traidores! ¡Hipócritas! ¡Sinvergüenzas!...

-¡Basta! ¡Basta! ¡Calle! -le dijo afectuosamente Huanca al apuntador, interponiéndose entre éste y Leónidas Benites-. ¡Ya está! No se gana nada con ponerse así. Hay que ser serenos. ¡Nada de alborotos ni de atolondramientos! El revolucionario debe ser tranquilo...

-¡Además -decía Benites, pálido y suplicante-, yo no he hecho nada de eso! Yo les juro por mi madre que yo no me metí en nada para la muerte de la Rosada.

-¡Bueno, bueno! -dijo serenamente Huanca-. ¡Deje-

mos eso ya! ¡Vamos al grano! Yo le decía a usted –añadió dirigiéndose a Benites– que los curas y los doctores también son enemigos de los indios y los trabajadores. ¿Qué es lo que pasó aquella vez en Colca? ¡Entre el subprefecto, el médico, el juez de primera instancia, el alcalde y el sargento, y el gamonal Iglesias, y los soldados dieron muerte a más de quince pobres indios! ¡El tuerto Ortega fue el más malo y el más cruel! ¿Y el cura Velarde? ¿No estuvo con todos ellos recorriendo el pueblo, revolver en mano, y persiguiendo a balazos a los indios inocentes?... ¿Y el profesor García?...

El apuntador, con la cara encendida por el rencor, se paseaba nerviosamente en el rancho. Leónidas Benites oía a Huanca, cabizbajo y como presa de hondas luchas interiores. Una aguada incertidumbre suscitaban en su espíritu los alegatos del herrero. Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual, son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Sin embargo, Benites acogía esta noche la opinión en contrario de Servando Huanca, con extraña atención, con respeto y hasta con simpatía. ¿Por qué? Verdad es que místers Taik y Weiss le habían arrojado de su puesto de agrimensor y que José Marino rompió también con él la sociedad de cultivo y cría. Verdad es que Benites odiaba ahora, a causa de estos daños, a los patrones yanquis tanto como a los patrones peruanos –encarnados estos últimos en las personas de Marino Hermanos.

Pero -se decía en conciencia-, de aquí a ponerse en tratos con Huanca, para mover a los peones contra la Mining Society y -lo que era más grave- para provocar así nomás un levantamiento de las masas contra el orden social y económico reinante, medía, en realidad, un gran abismo... ¡Y si las pretensiones del herrero no fuesen más que ésas! ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de los salarios a la peonada, buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia medical y farmacéutica, remuneración por accidentes del trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos y, por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patronos y jornaleros, poderosos y desvalidos!... Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!... No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquél y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad. Pongamos por caso que muchos intelectuales fuesen pícaros y explotadores del pueblo. Pero, juzgando las cosas en el terreno estrictamente científico y técnico, para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y

jornaleros el día en que se pusieran a la cabeza del gobierno? ¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían! De esto estaba completamente convencido Leónidas Benites. Y justamente, por estarlo, no podía explicarse el agrimensor por qué seguía oyendo y discutiéndole a Huanca, un hombre chiflado y ante quien él, Benites, aparecía nada menos que como enemigo y explotador de la clase obrera y campesina.

-Pero, Huanca -le argumentó Benites-, no diga usted disparates. Nosotros, los intelectuales, estamos lejos de ser enemigos de la clase obrera. Todo lo contrario: yo, por ejemplo, soy el primero en venir a hablar con ustedes espontáneamente y sin que nadie me obligue y hasta con peligro de que lo sepan los gringos y me boten de Quivilca...

El apuntador le respondió violentamente:

-Pero yo le apuesto que si mañana le vuelven a dar su puesto los gringos, usted no vuelve más a buscarnos y, si hay una huelga, será usted el primero en echarles bala a los peones...

-¡Sí! ¡Sí! -dijo Servando Huanca-. Los obreros no debemos confiarnos de nadie, porque nos traicionan. Ni de doctores, ni de ingenieros, ni menos de curas. Los obreros estamos solos contra los yanquis, contra los millonarios y gamonales del país, y contra el gobierno, y contra los comerciantes, contra todos ustedes, los intelectuales...

Leónidas Benites se sintió profundamente herido por estas palabras del herrero. Herido, humillado y hasta triste. Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en

su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas. Benites había también visto muchos atropellos, robos, crímenes e ignominias practicados contra los indios por los yanquis, las autoridades y los grandes hacendados del Cuzco, de Colca, de Accoya, de Lima y de Arequipa. Sí. Ahora los recordaba Benites. Una vez, en una hacienda de azúcar de los valles de Lima, Leónidas Benites se hallaba de paseo, invitado por un colega universitario, hijo del propietario de ese fundo, senador de la República éste y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Este hombre, célebre en la región por su despotismo sanguinario con los trabajadores, solía levantarse de madrugada para vigilar y sorprender en falta a los obreros. En una de sus incursiones nocturnas a la fábrica, le acompañaron su hijo y Leónidas Benites. La fábrica estaba en plena molienda y eran las dos de la mañana. El patrón y sus acompañantes se deslizaron con gran sigilo junto al trapiche y a las turbinas, dieron la vuelta por las máquinas *wrae* y descendieron por una angosta escalera a la sección de las centrífugas. En un ángulo del local, se detuvieron a observar, sin ser vistos, a los obreros. Benites vio entonces una multitud de hombres totalmente desnudos, con un pequeño taparrabo por toda vestimenta, agitarse febrilmente y en diversas direcciones delante de enormes cilindros que despedían estampidos isócronos y ensordecedores. Los cuerpos de los obreros estaban, a causa del sofocante calor, bañados de sudor, y sus ojos y sus caras tenían una expresión angustiosa y lívida de pesadilla.

-¿Qué temperatura hace aquí? -preguntó Benites.

-Unos 48 a 50 grados -dijo el patrón.

-¿Y cuántas horas seguidas trabajan estos hombres?

-De seis de la tarde a seis de la mañana. Pero ganan una prima.

El patrón dijo esto y añadió, alejándose en puntillas en dirección a los obreros desnudos, pero sin que éstos pudiesen verlo:

-Un momento. Espéreme aquí. Un momento...

El patrón avanzó a paso rápido, agarró un balde que encontró en su camino y lo llenó de agua fría en una bomba. ¿Qué iba a hacer ese hombre? Uno de los obreros, desnudo y sudoroso, estaba sentado, un poco lejos, en el borde del rectángulo de acero. Acodado en sus rodillas, apoyaba en sus manos la cabeza inundada de sudor. Dormía. Algunos de los otros obreros advirtieron al patrón y, como de ordinario, temblaron de miedo. Y fue entonces que Leónidas Benites vio con sus propios ojos estupefactos una escena salvaje, diabólica, increíble. El patrón se acercó en puntillas al obrero dormido y le vació de golpe el balde agua fría en la cabeza.

-¡Animal! -vociferó el patrón, haciendo esto-. ¡Harángán! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Robándome el tiempo!... ¡A trabajar! ¡A trabajar!...

El cuerpo del obrero dio un salto y se contrajo luego por el suelo, en un temblor largo y convulsivo como un pollo en agonía. Después se incorporó de golpe, lanzando una mirada larga, fija y sanguinolenta en el vacío. Vuelto en sí, y aún atontado un poco, reanudó su trabajo.

Aquella misma madrugada murió el obrero.

Benites recordó esta escena, como un relámpago, mientras Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

—Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera cómo podremos entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... ¡Escoja usted, señor Benites!... ¡Escoja usted!...

Un silencio profundo guardaron los tres hombres. El herrero y el apuntador miraban fijamente a Benites, esperando su respuesta. El agrimensor seguía meditabundo y agachado. El peso de los argumentos de Huanca le estaban trayendo por tierra. Ya no podía. Ya se sentía casi vencido, por mucho que no alcanzaba a explicarse esa su testaruda inclinación de ahora hacia la causa de los indios. No se daba cuenta Benites, o no quería darse cuenta, de que si ahora estaba con esos dos obreros en el rancho, era sólo porque había caído en desgracia con los yanquis y con Marino Hermanos. ¿Cómo no tuvo antes lástima de los obreros y yanacones, cuando era agrimensor de la Minig Society y alternaba, en calidad de amigo, con místers Taik y Weiss? Tipo clásico del pequeño-burgués criollo y del estudiante peruano, dispuesto a todas las complacencias con los grandes y potentados y a todos los arribismos y

cobardías de su clase, Leónidas Benites, al perder su puesto en las minas y verse arrojado de los pies de sus patronos y cómplices, cayó en un abatimiento moral inmenso. Su infortunio era tan completo, que se sentía el más pequeño y desgraciado de los hombres. Vagaba ahora sólo y como un sonámbulo, cada día más escuálido y timorato, por los campamentos obreros y por los roquedales de Quivilca. Por las noches, no podía dormir y, con frecuencia, lloraba en su cama. Una gran crisis nerviosa le devoraba. Alguna vez, le vinieron muy negros pensamientos y, entre éstos, la idea del suicidio. Para Benites, la vida sin un puesto y sin una situación social, no valía la pena de ser vivida. Su temple moral, su temperatura religiosa, en fin, todo su instinto vital cabía a las justas entre un sueldo y un apretón de manos de un magnate. Perdidos o desplazados estos dos polos fundamentales de su vida, la caída fue automática, tremenda, casi mortal. Cuando tuvo noticias de quién era Huanca y de su llegada oculta a Quivilca, tuvo el agrimensur un súbito sacudimiento moral. Antes de buscar a Huanca, sus reflexiones fueron muchas y desgarradoras. Vaciló varios días entre suplicar y esperar de los yanquis la piedad, o ir a ver a Huanca. Hasta que, una noche, su desesperación fue tan grande que ya no pudo más y fue a buscar al herrero.

Por su parte, Servando Huanca no quiso, al comienzo, descubrirle sus secretos propósitos. El apuntador había puesto a Huanca al corriente de toda la situación de los obreros, patronos y altos empleados de la Mining Society y le había hablado muy mal de Leónidas Benites. Sin

embargo, la insistencia dramática y angustiosa del agrimensor por ponerse al lado de los peones y, en particular, la circunstancia de haber sido Benites despedido de la empresa, pesaron en el ánimo y la táctica de Huanca, y se puso en inteligencia con el agrimensor. Quizás éste —pensaba para sí el herrero— le traía un secreto, una confidencia, un documento o cualquier arma estratégica de combate, sorprendida y agarrada a los manejos íntimos de la empresa y de sus directores.

—¿Pero en qué puede usted ayudarnos? —le había preguntado Huanca a Benites, desde el primer momento.

—¡Ah! —había respondido gravemente el agrimensor—. Ya le diré después... ¡Yo tengo en mis manos una cosa formidable!... ¡Ya se lo diré otro día!

Servando Huanca aguardaba con ansiedad esta revelación del agrimensor, y de aquí su campaña tenaz y ardiente por ganarlo totalmente a la causa de los peones. Además, el herrero tenía prisa en ver claro y orientarse cuanto antes en lo tocante a los lados flacos de la Mining Society y de los gringos, para iniciar inmediatamente sus trabajos de propaganda y agitación entre las masas. Ya por impulso propio, los obreros empezaron a dar signos prácticos de descontento y de protesta. No había entonces tiempo que perder. Huanca volvió a decir ahora al agrimensor, con un calor creciente:

—¡Escoja usted! ¡Y escoja usted con sinceridad, con franqueza y sin engañarse a usted mismo! ¡Abra bien los ojos! ¡Piénselo! ¡Usted mismo me dice que le dan asco y pena y rabia los crímenes y robos de los Marino! ¡Usted

mismo está convencido de que, en buena cuenta, la Mining Society no hace más que venir al Perú a sacar nuestros metales, para llevárselos al extranjero! ¿Entonces?... ¿Y a usted mismo, por qué lo han botado de su puesto? ¿Por qué? ¿Usted cumplía con su deber? ¿Usted trabajaba? ¿Entonces?

-¡Porque Taik se deja llevar de los chismes de Marino! -respondió en una queja infinita Benites-. ¡Por eso! ¡Porque Marino me detesta! ¡Sólo por eso! ¡Pero yo sabré vengarme! ¡Por esta luz que nos alumbra! ¡Yo me vengaré!...

Huanca y el apuntador, impresionados por el juramento rencoroso de Benites, se lo quedaron mirando.

-¡Eso es! -dijo después Huanca a Benites-. ¡Hay que vengarse! ¡Hay que vengarse de las injusticias de los ricos! ¡Pero que esto no se quede en simples palabras! ¡Hay que hacerlo!

El apuntador dijo, por su parte, con rabia:

-¡Y yo!... ¡Y yo!... ¡A mí me han de pagar lo que hicieron con la Graciela! ¡Ah! ¡Por éstas!... ¡Gringos, jijos de puta!...

Los tres hombres estaban caldeados. Una atmósfera dramática, sombría y de conspiración reinó en el rancho. Leónidas Benites se acercó a la puerta, miró afuera por las rendijas y se volvió a los otros.

-¡Yo tengo cómo fregar a la Mining Society! -les dijo en voz baja-. Mister Taik no es un yanqui. ¡Es alemán! ¡Yo tengo las pruebas: una carta de su padre, escrita en Hannover! Se le cayó del bolsillo una noche en el bazar, estando borracho...

-¡Muy bien! -dijo a Benites el herrero-. Muy bien. Lo que importa es que usted esté decidido a ponerse a nuestro lado y a luchar contra los gringos. ¡Hay mil maneras de joderlos!... ¡Las huelgas por ejemplo! Ya que usted quiere ayudarnos y usted mismo me ha buscado para hablar sobre estas cosas, yo quisiera saber si usted puede o no ayudarme a mover a los peones.

Tras de un largo silencio de los tres, cargado de una gran tensión nerviosa, Benites, abrumado por las verdades claras y sencillas del herrero, dijo enérgicamente:

-¡Bueno! ¡Yo estoy con los peones! ¡Cuenten conmigo!... ¡La carta de míster Taik está a disposición de ustedes!...

-¡Muy bien! -dijo con firmeza Huanca-. Entonces, mañana, en la noche, hay que traer con engaños aquí al arriero García, al mecánico Sánchez y al sirviente de los gringos. Usted -añadió, dirigiéndose a Benites-, usted me trae también mañana la carta de míster Taik. Y creo que mañana seremos seis. Hoy empezamos ya entre tres. ¡Buen número!...

Unos instantes después, salió del rancho Leónidas Benites, cuidando de no ser visto. Minuto más tarde, salió, tomando idénticas precauciones, Servando Huanca. Segó a la derecha, a paso lento y tranquilo, y se alejó, perdiéndose ladera abajo, por «Sal si puedes». Sus pisadas se apagaron de golpe a la distancia.

Dentro del rancho, el apuntador trancó su puerta, apagó el candil y se acostó. No acostumbraba desvestirse, a causa del frío y de la miseria del camastro. No podía

dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero, sobre «trabajo», «salario», «jornada», «patrones», «obreros», «máquinas», «explotación», «industria», «productos», «reivindicaciones», «conciencia de clase», «revolución», «justicia», «Estados Unidos», «política», «pequeña burguesía», «capital», «Marx», y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta. La había querido mucho. La mataron los gringos, José Marino y el comisario. Recordándola ahora, el apuntador se echó a llorar.

El viento soplaba afuera, anunciando tempestad.

# PACO YUNQUE

*La cólera que quiebra al hombre en niños,  
que quiebra al niño, en pájaros iguales,  
y al pájaro, después, en huevecillos;  
la cólera del pobre  
tiene un aceite contra dos vinagres.*

*La cólera que al árbol quiebra en hojas,  
a la hoja en botones desiguales  
y al botón, en ranuras telescópicas;  
la cólera del pobre  
tiene dos ríos contra muchos mares.*

*La cólera que quiebra al bien en dudas,  
a la duda, en tres arcos semejantes  
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;  
la cólera del pobre  
tiene un acero contra dos puñales.*

*La cólera que quiebra al alma en cuerpos,  
al cuerpo en órganos desemejantes  
y al órgano, en octavos pensamientos;  
la cólera del pobre  
tiene un fuego central contra dos cráteres.*

París, 26 de octubre de 1937.

Cuando Paco Yunque y su madre llegaron a la puerta del colegio, los niños estaban jugando en el patio. La madre le dejó y se fue. Paco, paso a paso, fue adelantándose al centro del patio, con su libro primero, su cuaderno y su lápiz. Paco estaba con miedo, porque era la primera vez que venía a un colegio y porque nunca había visto a tantos niños juntos.

Varios alumnos, pequeños como él, se le acercaron y Paco, cada vez más tímido, se apegó a la pared y se puso colorado. ¡Que listos eran todos esos chicos! ¡Que desenvueltos! Como si estuviesen en su casa. Gritaban. Corrían. Reían hasta reventar. Saltaban. Se daban de puñetazos. Eso era un enredo.

Paco estaba también atolondrado porque en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez. En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces oyó hablar hasta a cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y

más todavía con la acequia, cuando crecía... Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí que esto del colegio era una bulla fuerte, de muchos. Paco estaba asordado.

Un niño rubio y gordo, vestido de blanco, le estaba hablando. Otro niño, más chico, medio ronco y con blusa azul, también le hablaba. De diversos grupos se separaban los alumnos y venían a ver a Paco; haciéndole muchas preguntas. Pero Paco no podía oír nada, por la gritería de los demás. Un niño trigueño, cara redonda y con una chaqueta verde muy ceñida en la cintura, agarró a Paco por un brazo y quiso arrastrarlo. Paco no se dejó. El trigueño volvió a agarrarlo con más fuerza y lo jaló.<sup>18</sup> Paco se pegó más a la pared y se puso más colorado.

En ese momento sonó la campana y todos entraron a los salones de clase.

Dos niños—los hermanos Zúmiga— tomaron de una y otra mano a Paco y le condujeron a la sala del primer año. Paco no quiso seguirlos al principio, pero luego obedeció, porque vio que todos hacían lo mismo. Al entrar al salón, se puso pálido. Todo quedó repentinamente en silencio y este silencio le dio miedo a Paco. Los Zúmiga le estaban jalando, el uno para un lado y el otro para otro lado cuando de pronto le soltaron y le dejaron solo.

El profesor entró. Todos los niños estaban de pie, con la mano derecha levantada a la altura de la sien, saludando en silencio y muy erguidos.

18. Por halar, en general, tirar.

Paco, sin soltar su libro, su cuaderno y su lápiz, se había quedado parado en medio del salón, entre las primeras carpetas de los alumnos y el pupitre del profesor. Un remolino se le hacía la cabeza. Niños. Paredes amarillas. Grupos de niños. Vocerío. Silencio. Una tracalada de sillas. El profesor. Ahí, solo, parado, en el colegio. Quería llorar. El profesor le tomó de la mano y lo llevó a instalar en una de las carpetas delanteras, junto a un niño de su mismo tamaño. El profesor le preguntó:

-¿Cómo se llama usted?

Con voz temblorosa, Paco respondió muy bajito:

-Paco.

-¿Y su apellido? Diga usted su nombre.

-Paco Yunque.

-Muy bien.

El profesor volvió a su pupitre y, después de echar una mirada muy seria sobre todos los alumnos, dijo con voz de militar:

-¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los niños ya estaban sentados.

El profesor también se sentó y durante unos momentos escribió en unos libros. Paco Yunque tenía aún en la mano su libro, su cuaderno y su lápiz. Su compañero de carpeta le dijo:

-Pon tus libros, como yo, en la carpeta.

Paco Yunque seguía aturdido y no le hizo caso. Su compañero le quitó entonces sus cosas y las puso en la carpeta. Después, le dijo alegremente:

-Yo también me llamo Paco. Paco Fariña. No tengas pena. Vamos a jugar con mi tablero. Tiene torres negras. Me lo ha comprado mi tía Susana. ¿Dónde está tu familia, la tuya?

Paco Yunque no respondía nada. Este otro Paco le molestaba. Como éste eran seguramente todos los demás niños: habladores, contentos y no les daba miedo el colegio. ¿Por qué eran así? Y él, Paco Yunque, ¿por qué tenía tanto miedo? Miraba a hurtadillas al profesor, al pupitre, al muro que había detrás del profesor y al techo. También miró de reojo, a través de la ventana, al patio, que estaba ahora abandonado y en silencio. El sol brillaba afuera. De cuando en cuando, llegaban voces de otros salones de clase o ruidos de carretas que pasaban por la calle.

-¡Qué cosa extraña era estar en el colegio! Paco Yunque empezaba a volver un poco de su aturdimiento. Pensó en su casa y en su mamá. Le preguntó a Paco Fariña:

-¿A qué hora nos iremos a nuestras casas?

-A las once. ¿Dónde está tu casa?

-Por allá.

-¿Está lejos?

-Sí... No...

Paco Yunque no sabía en qué calle estaba su casa, porque acababan de traerlo, hacía pocos días del campo y no conocía la ciudad.

Sonaron unos pasos de carrera en el patio y apareció a la puerta del salón Humberto, el hijo del señor Dorian Grieve, un inglés, patrón de los Yunque, gerente de los ferrocarriles de la The Peruvian Corporation y alcalde del

pueblo. Precisamente a Paco Yunque le habían hecho venir del campo para que acompañase al colegio a Humberto y para que jugara con él, pues ambos tenían la misma edad. Sólo que Humberto acostumbraba venir tarde al colegio y esta vez, por ser la primera, la señora Grieve le había dicho a la madre de Paco:

-Lleve usted ya a Paco al colegio. No sirve que llegue tarde el primer día. Desde mañana, esperará a que Humberto se levante y los llevará usted juntos a los dos.

El profesor, al ver a Humberto Grieve, le dijo:

-¿Hoy otra vez tarde?

Humberto, con gran desenfado, respondió:

-Me he quedado dormido.

-Bueno -dijo el profesor-. Que ésta sea la última vez. Pase a sentarse.

Humberto Grieve buscó con la mirada donde estaba Paco Yunque. Al dar con él, se le acercó y le dijo imperiosamente:

-Ven a mi carpeta conmigo.

Paco Fariña le dijo a Humberto Grieve:

-No. Porque el señor lo ha puesto aquí.

-¿Y a ti qué te importa? -le increpó Grieve violentamente, arrastrando a Yunque por un brazo a su carpeta.

-¡Señor! -gritó entonces Fariña-, Grieve se está llevando a Paco Yunque a su carpeta.

El profesor cesó de escribir y preguntó con voz enérgica:

-¡Vamos a ver! ¡Silencio! ¿Qué pasa ahí?

Fariña volvió a decir:

-Grieve se ha llevado a su carpeta a Paco Yunque.

Humberto Grieve, instalado ya en su carpeta con Paco Yunque, le dijo al profesor:

-Sí, señor. Porque Paco Yunque es mi muchacho. Por eso.

El profesor lo sabía esto perfectamente y le dijo a Humberto Grieve:

-Muy bien. Pero yo le he colocado con Paco Fariña, para que atienda mejor las explicaciones. Déjelo que vuelva a su sitio.

Todos los alumnos miraban en silencio al profesor, a Humberto Grieve y a Paco Yunque.

Fariña fue y tomó a Paco Yunque por la mano y quiso volverlo a traer a su carpeta, pero Grieve tomó a Yunque por el otro brazo y no le dejó moverse.

El profesor le dijo otra vez a Grieve:

-¡Grieve! ¿Qué es eso?

Humberto Grieve, colorado de cólera, dijo:

-No señor. Yo quiero que Yunque se quede conmigo.

-¡Déjelo, le he dicho!

-No, señor.

-¿Cómo?

-No.

El profesor estaba indignado y repetía, amenazador:

-¡Grieve! ¡Grieve!

Humberto Grieve tenía bajos los ojos y sujetaba fuertemente por el brazo a Paco Yunque, el cual estaba aturdido y se dejaba jalar como un trapo por Fariña y por Grieve. Paco Yunque tenía ahora más miedo a Humberto Grieve

que al profesor, que a todos los demás niños y que al colegio entero. ¿Por qué Paco Yunque le tenía tanto miedo a Humberto Grieve? Porque este Humberto Grieve solía pegarle a Paco Yunque.

El profesor se acercó a Paco Yunque, le tomó por el brazo y le condujo a la carpeta de Fariña. Grieve se puso a llorar, pataleando furiosamente en su banco.

De nuevo se oyeron pasos en el patio y otro alumno, Antonio Geldres -hijo de un albañil- apareció a la puerta del salón. El profesor le dijo:

-¿Por qué llega usted tarde?

-Porque fui a comprar pan para el desayuno.

-¿Y por qué no fue usted más temprano?

-Porque estuve alzando a mi hermanito y mamá está enferma y papá se fue a su trabajo.

-Bueno -dijo el profesor, muy serio-. Párese ahí... Y, además, tiene usted una hora de reclusión.

Le señaló un rincón, cerca de la pizarra de ejercicios.

Paco Fariña se levantó entonces y dijo:

-Grieve también ha llegado tarde, señor.

-Miente, señor -respondió rápidamente Humberto Grieve-. Yo no he llegado tarde.

Todos los demás alumnos dijeron en coro:

-¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Grieve ha llegado tarde!

-¡Psch! ¡Silencio! -dijo, malhumorado, el profesor y todos los niños se callaron.

El profesor se paseaba pensativo.

Fariña le decía a Yunque en secreto:

-Grieve ha llegado tarde y no lo castigan. Porque su

papá tiene plata. Todos los días llega tarde. ¿Tú vives en su casa? ¿Cierto que eres su muchacho?

Yunque respondió:

-Yo vivo con mi mamá...

-¿En la casa de Humberto Grieve?

-Es una casa muy bonita. Ahí está la patrona y el patrón. Ahí está mi mamá. Yo estoy con mi mamá.

Humberto Grieve, desde su banco del otro lado del salón, miraba con cólera a Paco Yunque y le enseñaba los puños, porque se dejó llevar a la carpeta de Paco Fariña.

Paco Yunque no sabía qué hacer. Le pegaría otra vez el niño Humberto, porque no se quedó con él, en su carpeta. Cuando saldría del colegio, el niño Humberto le daría un empujón en el pecho y una patada en la pierna. El niño Humberto era malo y pegaba pronto, a cada rato. En la calle. En el corredor también. Y en la escalera. Y también en la cocina, delante su mamá y delante la patrona. Ahora le va a pegar, porque le estaba enseñando los puñetes y le miraba con ojos blancos. Yunque le dijo a Fariña:

-Me voy a la carpeta del niño Humberto.

Y Paco Fariña le decía:

-No vayas. No seas zonzo. El señor te va a castigar.

Fariña volteó a ver a Grieve y este Grieve le enseñó también a él los puños, refunfunando no sé qué cosas a escondidas del profesor.

-¡Señor! -gritó Fariña-. Ahí, ese Grieve me está enseñando los puñetes.

El profesor dijo:

-¡Psch! ¡Psch! ¡Silencio!... Vamos a ver... Vamos a

-Eso es -dijo el profesor.

El niño flacucho y pálido dijo:

-Porque los peces tienen sus mamás en el agua y sacándolos se quedan sin mamás.

-¡No! ¡No! ¡No! -dijo el profesor-. Los peces mueren fuera del agua porque no pueden respirar. Ellos toman el aire que hay en el agua, y cuando salen, no pueden absorber el aire que hay afuera.

-Porque ya están como muertos -dijo un niño.

Humberto Grieve dijo:

-Mi papá también tiene plata.

-Mi papá también -dijo otro chico.

Todos los niños dijeron que sus padres tenían mucho dinero. Paco Yunque no decía nada y estaba pensando en los peces que morían fuera del agua.

Fariña le dijo a Paco Yunque:

-Y tú, ¿tu papá no tiene plata?

Paco Yunque reflexionó y se acordó haberle visto una vez a su mamá con unas pesetas<sup>19</sup> en la mano. Yunque le dijo a Fariña:

Mi mamá tiene también mucha plata.

-¿Cuánto? -le preguntó Fariña.

-Como cuatro pesetas.

Paco Fariña dijo al profesor en alta voz:

-Paco Yunque dice que su mamá tiene también mucha plata.

-¡Mentira, señor! -respondió Humberto Grieve-. Paco

19. Monedas de veinte centavos de sol.

Yunque miente, porque su mamá es la sirvienta de mi mamá y no tiene nada.

El profesor tomó la tiza y escribió en la pizarra, dando la espalda a los niños.

Humberto Grieve, aprovechando de que no le veía el profesor, dio un salto y le jaló de los pelos a Yunque, volviéndose a la carrera a su carpeta. Yunque se puso a llorar.

-¿Qué es eso? -dijo el profesor, volviéndose a ver lo que pasaba.

Paco Fariña dijo:

-Grieve le ha tirado de los pelos, señor.

-No, señor -dijo Grieve-. Yo no he sido. Yo no me he movido de mi sitio.

-¡Bueno! ¡Bueno! -dijo el profesor- ¡Silencio! ¡Cállese, Paco Yunque! ¡Silencio!

Siguió escribiendo en la pizarra y después preguntó a Grieve:

-Si se le saca del agua, ¿qué sucede con el pez?

-Va a vivir en mi salón -contestó Grieve.

Otra vez se reían de Grieve todos los niños. Este Grieve no sabía nada. No pensaba más que en su casa y en su salón y en su papá y en su plata. Siempre estaba diciendo tonterías.

-Vamos a ver, usted, Paco Yunque -dijo el profesor-. ¿Qué pasa con el pez, si se le saca del agua?

Paco Yunque, medio llorando todavía por el jalón de pelos que le dio Grieve, repitió de una tirada lo que dijo el profesor:

-Los peces mueren fuera del agua porque les falta aire.

-¡Eso es! -decía el profesor-. Muy bien.

Volvió a escribir en la pizarra.

Humberto Grieve aprovechó otra vez de que no podía verle el profesor y fue a darle un puñetazo a Paco Fariña en la boca y regresó de un salto a su carpeta. Fariña, en vez de llorar como Paco Yunque, dijo a grandes voces al profesor:

-¡Señor! Acaba de pegarme Humberto Grieve.

-¡Sí señor! ¡Sí, señor! -decían todos los niños a la vez.

Una bulla tremenda había en el salón.

El profesor dio un puñetazo en su pupitre y dijo:

-¡Silencio!

El salón se sumió en un silencio completo y cada alumno estaba en su carpeta, serio y derecho, mirando ansiosamente al profesor. ¡Las cosas de este Humberto Grieve! ¡Ya ven lo que estaba pasando por su cuenta! ¡Ahora habrá que ver lo que iba a hacer el profesor, que estaba colorado de cólera! ¡Y todo por culpa de Humberto Grieve!

-¿Qué desorden era ése? -preguntó el profesor a Paco Fariña.

Paco Fariña, con los ojos brillantes de rabia, decía:

-Humberto Grieve me ha pegado un puñetazo en la cara, sin que yo le haga nada.

-No, señor -dijo Humberto Grieve-. Yo no le he pegado.

El profesor miró a todos los alumnos sin saber a qué atenerse. ¿Quién de los dos decía la verdad? ¿Fariña o Grieve?

-¿Quién lo ha visto? -preguntó el profesor a Fariña.

-¡Todos, señor! Paco Yunque también lo ha visto.

-¿Es verdad lo que dice Fariña? -le preguntó el profesor a Yunque.

Paco Yunque miró a Humberto Grieve y no se atrevió a responder, porque si decía que sí, el niño Humberto le pegaría a la salida. Yunque no dijo nada y bajó la cabeza.

-Yunque no dice nada, señor, porque Humberto Grieve le pega, porque es su muchacho y vive en su casa.

El profesor preguntó a los otros alumnos:

-¿Quién otro ha visto lo que dice Fariña?

Todos los niños respondieron a una voz:

-¡Yo, señor! ¡Yo, señor! ¡Yo, señor!

El profesor volvió a preguntar a Grieve:

-Entonces ¿es cierto, Grieve, que le ha pegado usted a Fariña?

-No, señor. Yo no le he pegado.

-¡Cuidado con mentir, Grieve! Un niño decente como usted, no debe mentir.

-¡No, señor! No le he pegado.

-Bueno. Yo creo en lo que usted dice. Yo sé que usted no miente nunca. Bueno. ¡Pero tenga usted mucho cuidado en adelante!

El profesor se puso a pasear, pensativo, y todos los alumnos seguían circunspectos y derechos en sus bancos.

Paco Fariña gruñía a media voz y como queriendo llorar:

-No le castigan porque su papá es rico. Le voy a decir a mi mamá...

El profesor le oyó y se plantó enojado delante de Fariña y le dijo en alta voz:

-¿Qué está usted diciendo? Humberto Grieve es un buen alumno. No miente nunca. No molesta a nadie. Por eso no lo castigo. Aquí todos los niños son iguales, los hijos de ricos y los hijos de pobres. Yo los castigo, aunque sean hijos de rico. Como usted vuelva a decir lo que está diciendo del padre de Grieve, le pondré dos horas de reclusión. ¿Me ha oído usted?

Paco Fariña estaba agachado. Paco Yunque también. Los dos sabían que era Humberto Grieve quien les había pegado y que era un mentiroso.

El profesor fue a la pizarra y siguió escribiendo.

Paco Fariña le preguntaba a Paco Yunque:

-¿Por qué no le dijiste al señor que me ha pegado Humberto Grieve?

-Porque el niño Humberto me pega.

-¿Y por qué no se lo dices a tu mamá?

-Porque si le digo a mi mamá, también me pega y la patrona se enoja.

Mientras el profesor escribía en la pizarra, Humberto Grieve se puso a llenar de dibujos su cuaderno.

Paco Yunque estaba pensando en su mamá. Después se acordó de la patrona y del niño Humberto. ¿Le pegaría al volver a la casa? Yunque miraba a los otros niños y éstos no le pegaban a Yunque ni a Fariña, ni a nadie. Tampoco lo querían agarrar a Yunque en las otras carpetas, como quiso hacerlo el niño Humberto. ¿Por qué el niño Humberto era así con él? Yunque se lo diría ahora a

su mamá y si el niño Humberto le pegaba, se lo diría al profesor. Pero el profesor no le hacía nada al niño Humberto. Entonces, se lo diría a Paco Fariña. Le preguntó a Paco Fariña:

-¿A ti también te pega el niño Humberto?

-¿A mí? ¡Qué me va a pegar a mí! ¡Le pego un puñetazo en el hocico y le echo sangre! ¡Vas a ver! ¡Como me haga alguna cosa! ¡Déjalo y verás! ¡Y se lo diré a mi mamá! ¡Y vendrá mi papá y le pegará a Grieve y a su papá también, y a todos!

Paco Yunque le oía asustado a Paco Fariña lo que decía. ¿Cierto sería que le pegaría al niño Humberto? ¿Y que su papá vendría a pegarle al señor Grieve? Paco Yunque no quería creerlo, porque el niño Humberto no le pegaba a nadie. Si Fariña le pegaba, vendría el patrón y le pegaría a Fariña y también al papá de Fariña. Le pegaría el patrón a todos. Porque todos le tenían miedo. Porque el señor Grieve hablaba muy en serio y estaba mandando siempre. Y venían a su casa señores y señoras que le tenían miedo y obedecían siempre al patrón y a la patrona. En buena cuenta, el señor Grieve podía más que el profesor y más que todos.

Paco Yunque miró al profesor, que escribía en la pizarra. ¿Quién era el profesor? ¡Por qué era tan serio y daba miedo? Yunque seguía mirándolo. No era el profesor igual a su papá ni al señor Grieve. Más bien se parecía a otros señores que venían a la casa y hablaban con el patrón. Tenía un pescuezo colorado y su nariz parecía moço de pavo. Sus zapatos hacían rissss-rissss-rissss, cuando caminaba mucho.

Yunque empezó a fastidiarse. ¿A qué hora se iría a su casa? Pero el niño Humberto le iba a dar una patada, a la salida del colegio. Y la mamá de Paco Yunque le diría al niño Humberto: «No, niño. No le pegue usted a Paquito. No sea usted malo.» Y nada más le diría. Pero Paco tendría colorada la pierna de la patada del niño Humberto. Y Paco se pondría a llorar. Porque al niño Humberto nadie le hacía nada. Y porque el patrón y la patrona le querían mucho al niño Humberto, y Paco Yunque tenía pena porque el niño Humberto le pegaba mucho. Todos, todos, todos le tenían miedo al niño Humberto y a sus papás. Todos. Todos. Todos. El profesor también. La cocinera. Su hija. La mamá de Paco. El Venancio, con su mandil. La María que lava las bacinicas

Quebró ayer una bacinica en tres pedazos grandes. ¿Le pegaría también el patrón al papá de Paco Yunque? ¡Qué cosa fea esto del patrón y del niño Humberto! Paco Yunque que quería llorar. ¿A qué hora acabaría de escribir el profesor en la pizarra?

—¡Bueno! —dijo por fin el profesor, cesando de escribir—. Ahí está el ejercicio escrito. Ahora, todos sacan sus cuadernos y copian lo que hay en la pizarra. Hay que copiarlo completamente igual.

—¿En nuestros cuadernos? —preguntó tímidamente Paco Yunque.

—Sí, en sus cuadernos —le respondió el profesor—. ¿Usted sabe escribir un poco?

—Sí, señor. Porque mi papá me enseñó en el campo.

—Muy bien. Entonces, todos a copiar.

Los niños sacaron sus cuadernos y se pusieron a copiar el ejercicio que el profesor había escrito en la pizarra.

-No hay que apurarse -decía el profesor-. Hay que escribir poco a poco, para no equivocarse.

Humberto Grieve preguntó:

-¿Es, señor, el ejercicio escrito de los peces?

-Sí. A copiar todo el mundo.

El salón se sumió en el silencio. No se oía el ruido de los lápices. El profesor se sentó a su pupitre y también se puso a escribir en unos libros.

Humberto Grieve, en vez de copiar su ejercicio, se puso otra vez a hacer dibujos en su cuaderno. Lo llenó completamente de dibujos de peces, de muñecos y de cuadritos.

Al cabo de un rato, el profesor se paró y preguntó:

-¿Ya terminaron?

-Ya señor -respondieron todos a la vez.

-Bueno -dijo el profesor-. Pongan al pie sus nombres bien claros.

En ese momento sonó la campana del recreo.

Una gran algazara volvieron a hacer todos los niños y salieron corriendo al patio.

Paco Yunque había copiado su ejercicio muy bien y salió al recreo con su libro, su cuaderno y su lápiz.

Ya en el patio, vino Humberto Grieve y agarró a Paco Yunque por un brazo, diciéndole con cólera:

-Ven a jugar al *melo*.

Lo echó de un empujón al medio y le hizo derribar su libro, su cuaderno y su lápiz.

Yunque hacía lo que le ordenaba Grieve, pero estaba colorado y avergonzado de que los otros niños viesen cómo lo zarandeaba el niño Humberto. Yunque quería llorar.

Paco Fariña, los dos Zúmiga y otros niños rodeaban a Humberto Grieve y a Paco Yunque. El niño flacucho y pálido recogió el libro, el cuaderno y el lápiz de Yunque, pero Humberto Grieve se los quitó a la fuerza, diciéndole:

-¡Déjalos! ¡No te metas! Porque Paco Yunque es mi muchacho.

Humberto Grieve llevó al salón de clase las cosas de Paco Yunque y se las guardó en su carpeta. Después, volvió al patio a jugar con Yunque. Le cogió del pescuezo y le hizo doblar la cintura y ponerse a cuatro manos.

-Estáte quieto así - le ordenó imperiosamente-. No te muevas hasta que yo te lo diga.

Humberto Grieve se retiró a cierta distancia y desde allí vino corriendo y dio un salto sobre Paco Yunque, apoyando las manos sobre sus espaldas y dándole una patada feroz en las posaderas. Volvió a retirarse y volvió a saltar sobre Paco Yunque, dándole otra patada. Mucho rato estuvo jugando Humberto Grieve con Paco Yunque. Le dio como veinte saltos y veinte patadas.

De repente se oyó un llanto. Era Yunque que estaba llorando de las fuertes patadas del niño Humberto. Entonces salió Paco Fariña del ruedo formado por los otros niños y se plantó ante Grieve, diciéndole:

-¡No! ¡No dejes que saltes sobre Paco Yunque!

Humberto Grieve le respondió amenazándolo:

-¡Oye! ¡Oye! ¡Paco Fariña! ¡Paco Fariña! ¡Te voy a dar un puñetazo!

Pero Fariña no se movía y estaba tieso delante de Grieve y le decía:

-¡Porque es tu muchacho, le pegas y lo saltas y lo haces llorar! ¡Sáltalo y verás!

Los dos hermanos Zúmiga abrazaban a Paco Yunque y le decían que ya no llorase y le consolaban, diciéndole:

-¿Por qué te dejas saltar así y dar de patadas? ¡Pégale tú también! ¡Pégale! ¡Sáltalo tú también! ¿Por qué te dejas? ¡No seas zonzo! ¡Cállate! ¡Ya no llores! ¡Ya nos vamos a ir a nuestras casas!

Paco Yunque estaba siempre llorando y sus lágrimas parecían ahogarle.

Se formó un tumulto de niños en torno a Paco Yunque y otro tumulto en torno a Humberto Grieve y a Paco Fariña.

Grieve le dio un empujón brutal a Fariña y lo derribó al suelo. Vino un alumno más grande, del segundo año, y defendió a Fariña, dándole a Grieve un puntapié. Y otro niño del tercer año, más grande que todos, defendió a Grieve, dándole una furiosa trompada al alumno de segundo año. Un buen rato llovieron bofetadas y patadas entre varios niños. Eso era un enredo.

Sonó la campana y todos los niños volvieron a sus salones de clase.

A Paco Yunque lo llevaron por los brazos los dos hermanos Zúmiga.

Una gran gritería había en el salón del primer año,

cuando entró el profesor. Todos se callaron.

El profesor miró a todos muy serio y dijo como un militar:

-¡Siéntense!

Un traqueteo de carpetas y todos los alumnos estaban ya sentados.

Entonces el profesor se sentó en su pupitre y llamó por lista a los niños para que le entregasen sus cuartillas con los ejercicios escritos sobre el tema de los peces. A medida que el profesor recibía las hojas de los cuadernos, las iba leyendo y escribía las notas en unos libros.

Humberto se acercó a la carpeta de Paco Yunque y le entregó su libro, su cuaderno y su lápiz. Pero antes, había arrancado la hoja del cuaderno en que estaba el ejercicio de Yunque y puso en ella su firma.

Cuando el profesor dijo: «Humberto Grieve», Grieve fue y presentó el ejercicio de Paco Yunque, como si fuera suyo.

Y cuando el profesor dijo: «Paco Yunque», Yunque se puso a buscar en su cuaderno la hoja en que escribió su ejercicio y no la encontró.

-¿La ha perdido usted? -le preguntó el profesor-. ¿O no la ha hecho usted?

Pero Paco Yunque no sabía lo que se había hecho la hoja de su cuaderno y, muy avergonzado, se quedó en silencio y bajó la frente.

-Bueno -dijo el profesor, y anotó en unos libros la falta de Paco Yunque.

Después siguieron los demás entregando sus ejercicios.

Se volvió el director a los demás alumnos y les dijo:

-Todos ustedes deben hacer lo mismo que Humberto Grieve. Deben ser buenos alumnos como él. Deben estudiar y ser aplicados como él. Deben ser serios, formales y buenos niños como él. Y si así lo hacen, recibirá cada uno un premio al fin del año y sus nombres serán también inscritos en el Cuadro de Honor del Colegio, como el de Humberto Grieve. A ver si la semana que viene, hay otro alumno que dé una buena clase y haga un buen ejercicio, como el que ha hecho hoy Humberto Grieve. Así lo espero.

Se quedó el director callado un rato. Todos los alumnos estaban pensativos y miraban a Humberto Grieve con admiración. ¡Qué rico Grieve! ¡Qué buen ejercicio había escrito! ¡Ése sí que era bueno! ¡Era el mejor alumno de todos! ¡Llegando tarde y todo! ¡Y pegándole a todos! ¡Pero ya lo estaban viendo! ¡Le había dado la mano el director! ¡Humberto Grieve, el mejor de todos los del primer año!

El Director se despidió del profesor, hizo una venia a los alumnos, que se pararon para despedirlo, y salió.

El profesor dijo después:

-¡Siéntese!

Un traqueteo de carpetas y todos los niños estaban ya sentados.

El profesor le ordenó a Grieve:

-Váyase a su asiento.

Humberto Grieve, muy alegre, volvió a su carpeta. Al pasar junto a Paco Fariña, le echó la lengua.

El profesor subió a su pupitre y se puso a escribir en unos libros.

Paco Fariña le dijo en voz baja a Paco Yunque:

-Mira al señor, que está poniendo tu nombre en su libro, porque no has presentado el ejercicio. ¡Míralo! Te van a dejar ahora recluso y no vas a ir a tu casa. ¿Por qué has roto tu cuaderno? ¿Dónde lo pusiste?

Paco Yunque no contestaba nada y estaba con la cabeza agachada.

-¡Anda! -le volvió a decir Paco Fariña-. ¡Contesta! ¿Por qué no contestas? ¿Dónde has dejado tu ejercicio?

Paco Fariña se agachó a mirar la cara de Paco Yunque y le vio que estaba llorando. Entonces le consoló, diciéndole:

-¡Déjalo! ¡No llores! ¡Déjalo! ¡No tengas pena! ¡Vamos a jugar con mi tablero! ¡Tiene torres negras! ¡Déjalo! ¡Yo te regalo mi tablero! ¡No seas zonzo! ¡Ya no llores!

Pero Paco Yunque seguía llorando agachado.

## ÍNDICE

El tungsteno .....	13
Paco Yunque .....	151

CESAR VALLEJO, poeta, narrador, ensayista, dramaturgo y periodista peruano, nació en Santiago de Chuco el 16 de marzo de 1892 y murió en París el 15 de abril de 1938. Su merecida fama de poeta oscureció –hasta hace algunos años– sus cualidades de narrador y ensayista.

A los 31 años abandona el Perú y se dirige a Francia. A su patria no regresará jamás. Amargado y pobre, viajará por España y la Unión Soviética. Testigo excepcional, la obra de Vallejo registra elementos claves de la vida política de España, en cuya capital escribió y publicó, en 1931, la novela El Tungsteno. El cuento Paco Yunque, también escrito en Madrid, fue editado en fecha muy posterior.

Ambas obras constituyen una extraordinaria muestra del realismo social en nuestras letras. La obra narrativa de Vallejo se completa con Escalas melografiadas, 1923; Fabla salvaje, 1923; Hacia el reino de los Sciris, 1944; y Cuentos cortos, publicados en 1967, en el libro Novelas y cuentos completos.